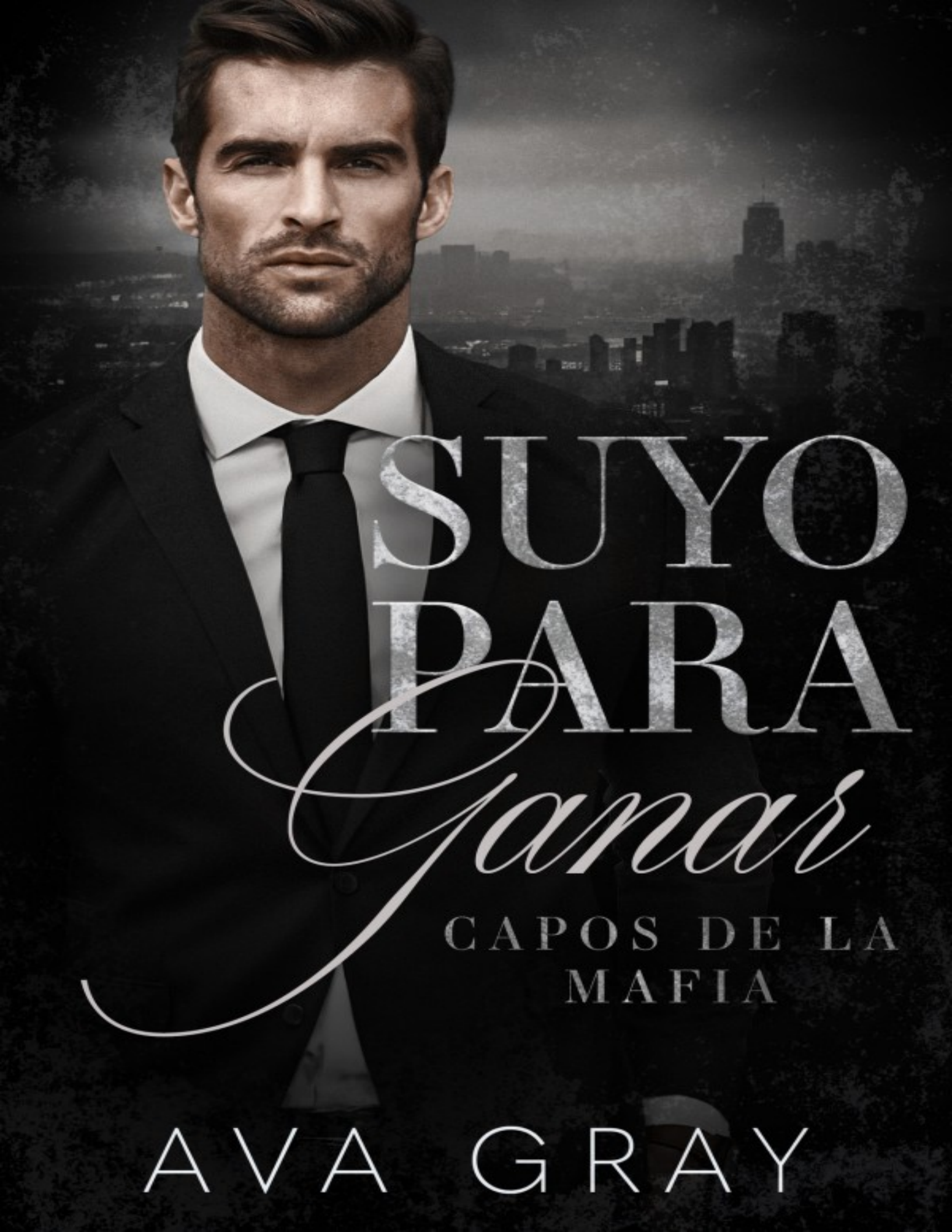

SUYO
PARA
Ganar
CAPOS DE LA
MAFIA
AVA GRAY

SUYO PARA GANAR

AVA GRAY

Copyright © 2026 by Ava Gray

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

 Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Gabriella
2. Enzo
3. Gabriella
4. Enzo
5. Gabriella
6. Enzo
7. Gabrielle
8. Enzo
9. Gabriella
10. Enzo
11. Gabriella
12. Enzo
13. Gabriella
14. Enzo
15. Gabriella
16. Enzo
17. Gabriella
18. Enzo
19. Gabriella
20. Enzo
21. Gabriella
22. Enzo
23. Gabriella
24. Enzo
25. Epílogo

También por Ava Gray

SINOPSIS

Se ve obligado a trabajar con una mujer a la que no puede resistirse, y es solo cuestión de tiempo que la cosa se ponga *al rojo vivo.*

ENZO

Gabriella Bianche entra con paso firme en una reunión y logra impresionar a la mesa de las Cinco Familias. No hay un solo hombre allí que no quede prendado de la princesa de la mafia de fuerte carácter… incluido yo.

Pero después de una noche apasionada juntos, Gabriella deja claro que eso es todo lo que quiere: un rollo de una noche. La sensual belleza de pelo oscuro busca impresionar, no seducir.

Entonces, ¿por qué me vuelve loco estar cerca de ella? Nunca he estado tan loco por una mujer, y menos por una de una familia semirrival.

La sangre tira mucho, pero Gabriella no puede ser tan mala como algunos de los suyos. Y aunque lo fuera, ya es demasiado tarde para mí, porque estoy oficialmente *obsesionado.*

GABRIELLA

La familia de Enzo Rossi es conocida por sus vinos sicilianos… y por sus lazos con la mafia. Traducción: tendré que luchar con uñas y dientes para establecer mi dominio en la empresa que ahora dirigimos juntos.

Si soy capaz de mantener las bragas puestas cerca de mi compañero y capo, claro. Porque hay algo oscuro y excitante en Enzo que hace que me sea imposible mantenerme alejada.

Pero ya tomé mi decisión: nunca podremos ser más que un rollo de una noche. Es más seguro así.

Solo que no creo que Enzo haya pillado la indirecta.

Y no creo que yo tenga la determinación para mantener a mi enemigo fuera de mi cama…

Suyos para ganar **es el tercer libro de la serie Capos de la Mafia. Es una novela autoconclusiva completa con estos tropos: de enemigos a amantes, romance en el trabajo, mafia, embarazo sorpresa y ¡mucho más!**

1

GABRIELLA

El día que murió mi primo Rocco Bianche, no derramé ni una sola lágrima. Vale, era un psicópata controlador y ávido de poder que maltrataba y asesinó a una mujer. Bueno, a una que yo sepa, al menos. Aunque no me sorprendería que hubiera habido otras. Así que, sí, no merecía que lo lloraran. Al menos no yo.

Poseer el apellido Bianche es algo poderoso en esta ciudad. Mi familia es una de las cinco familias reinantes y tras la muerte de Rocco, me invitaron a formar parte de las reuniones. No puedo explicar el honor que supone sentarme a esa mesa en algún lugar secreto y ser parte del proceso de toma de decisiones. Ser tratada como una igual que tiene algo importante que decir en lugar de ser ignorada y despachada por ser simplemente una mujer joven a la que nadie toma en serio. Porque así es como solía ser.

Supongo que, si soy sincera, sigue siendo una batalla cuesta arriba para que me escuchen. Pero estoy trabajando duro e intentando con todas mis fuerzas encajar en el club de los chicos. Me dejo la piel, más que cualquiera que conozca, porque quiero que me traten con respeto. Y siempre he creído firmemente que el respeto es algo que se gana, no se regala.

Echando un vistazo a mi elegante reloj Gucci, me doy cuenta de que casi es hora de irme. Hoy vine a la oficina muy temprano porque tenía mucha investigación que hacer sobre una empresa que estoy considerando seriamente comprar. Normalmente, la recomendaría y alguien más de mi familia revisaría mis notas y decidiría si seguir adelante con la compra o no. Pero esto es diferente. Por primera vez, estoy considerando actuar por mi cuenta y comprar una empresa yo sola. Es una jugada arriesgada, especialmente si no puedo revitalizar Holloway Corp. Pero, después de estudiar detenidamente su estructura de negocio, estoy bastante segura de que puedo darle la vuelta a las cosas, aumentar sus ingresos y hacer que la empresa vuelva a tener éxito.

Demostrar mi valía es algo con lo que he luchado durante toda mi vida. Tras perder a mi padre hace cinco años, solo quedamos mi madre y yo. A ella le importan un bledo las responsabilidades y la presión que vienen con nuestro apellido, pero a mí sí. He ocupado el lugar de mi padre y hago todo lo posible para mostrar a las otras familias mafiosas de Nueva York que soy una fuerza a tener en cuenta.

Además de ser mujer en un mundo de hombres, también soy bastante atractiva, lo que no siempre juega a mi favor. A veces, cuando estoy hablando en una reunión, puedo sentir a los hombres mirándome fijamente. Y no es porque estén tan interesados en mis ideas o en lo que estoy diciendo. Es más bien como si estuvieran comprobando mis tetas, lo que me enfurece a todos los niveles. Todo lo que siempre he querido es ser tratada como una igual. No pido privilegios ni favores especiales. Y, a pesar de no tener un pene entre las piernas, solo quiero una oportunidad justa. Ser tomada en serio como el resto de los hombres en la sala.

Cerrando mis carpetas y cuadernos, reúno toda la investigación que he realizado sobre Holloway Corp. y la guardo en el cajón de mi escritorio. Por muy aterrador que sea, me inclino por comprar la empresa. El propietario y director general tiene sesenta y cinco años y planea jubilarse pronto. No ha dedicado mucho tiempo ni esfuerzo

a su negocio en los últimos años y creo que por eso está en apuros. Aunque no le culpo. Durante mi investigación, también descubrí que Doug Holloway perdió a su esposa el año pasado. Quizás se dio cuenta de que la vida es algo más que trabajar. O quizás esté listo para tumbarse en una playa en algún lugar y disfrutar de su jubilación.

Personalmente, no creo que jamás me canse de trabajar. Me da una sensación de propósito y me permite mostrar mi inteligencia. A pesar de lo rápido que algunas personas pueden juzgarme cuando nos conocemos, tengo un Máster en Empresariales y una cabeza condenadamente inteligente sobre mis hombros. Aun así, me encuentro constantemente teniendo que demostrar mi valía trabajando más duro y yendo más allá para que me tomen en serio. Es frustrante, pero ¿qué puedo hacer?

Trabajar más duro. Esa siempre parece ser la respuesta a la que vuelvo.

Poniéndome de pie, me estiro, giro el cuello para quitar las tensiones y luego alcanzo mi bolso. Solo es un poco más de la una de la tarde, pero ya he completado una jornada de ocho horas. A veces mi cerebro tiene problemas para desconectarse por la noche, así que tiendo a levantarme temprano y empezar a trabajar inmediatamente. Esta mañana, por ejemplo, ya estaba despierta, duchada y lista a las 4:45 de la madrugada. Me preparé el café y vine directamente a la oficina. No siempre es así, pero nunca llegaré aquí después de las 8 de la mañana. No es que tenga que impresionar a nadie. Solo somos mi asistente ejecutiva y yo.

Después de alisar mi falda, me abrocho la chaqueta del traje y salgo de mi oficina. Mi asistente, Trista, levanta la mirada y sonríe. —¿Te vas a tu reunión secreta?

Las comisuras de mi boca se elevan. —Así es, así que voy a necesitar que mantengas el fuerte.

—Sabes que sí. —Anota algo rápidamente y me mira de nuevo a través de sus gafas—. ¿Debo esperarte de vuelta en un par de horas?

—Puede que trabaje en casa después de la reunión, pero te lo haré saber.

—Vale, me parece bien.

—Gracias, Trista. —Mientras me dirijo al ascensor, agradezco a mi buena estrella tener una asistente tan competente y fiable. Trista mantiene mi agenda organizada y me recuerda cada pequeña cosa que necesito hacer. Es una auténtica salvavidas y no podría sobrevivir sin ella.

Después de que mi padre muriera, heredé Gabana Holdings LLC, una combinación de mi nombre, Gabriella, y el de mi madre, Ariana. Aunque a mi madre nunca le interesó aprender cómo funcionaba la empresa, a mí siempre me fascinó. Incluso cuando era solo una niña, me encantaba venir a la oficina con mi padre y sentarme en su regazo mientras revisaba los informes de la empresa. Como es una sociedad de cartera, no tenemos empleados reales. Así que siempre éramos solo mi padre y yo. Cuando crecí, él me asignaba un trabajo —uno real— y una vez que lo completaba, lo revisábamos juntos. Me encantaba nuestro tiempo juntos y aprendí mucho de él. Perderlo por el cáncer fue devastador. Creo que una de las razones por las que me esfuerzo tanto es porque quiero que esté orgulloso de mí y de lo que estoy logrando. Nada es más importante que asegurarme de tomar las decisiones correctas y continuar haciendo de Gabana Holdings LLC un éxito.

¿Significa eso que mi vida amorosa se ha visto afectada? Sí, eso sería quedarse corto. El trabajo me mantiene ocupada las 24 horas del día, los 7 días de la semana, así que no hay tiempo para nada más. ¿Me arrepentiré de ello algún día? ¿Quizás cuando tenga sesenta años y esté sola?

No, no lo creo. Siempre tendré mi trabajo... y un vibrador en caso de que surja la necesidad. Además, las dos veces que he tenido sexo con un hombre de carne y hueso, me quedé moviendo la cabeza y completamente insatisfecha. Como, ¿eh? ¿Eso es todo? ¿Eso es lo mejor que puedes hacer? Una completa pérdida de mi precioso tiempo. Después de dos encuentros decepcionantes, decidí que estoy a cargo de mis propios orgasmos al igual que estoy a cargo de todo lo demás en mi vida.

El ascensor baja rápidamente al garaje, la puerta se abre y salgo. Mi mirada se dirige directamente a mi Dodge Hellcat negro estacionado en el extremo opuesto del garaje, tan lejos de los otros coches como pude conseguir. Es la compra más extravagante que me he permitido. Pero trabajo duro y pensé que me merecía un capricho. Así que el año pasado, me lo compré por mi vigésimo octavo cumpleaños. Con los tacones resonando por el pavimento, admiro su elegante belleza de ébano. Es puro músculo americano y me encanta.

Después de entrar, lo arranco y el motor cobra vida con un rugido. No sé mucho de coches, pero sé que este es la hostia y siempre me ha gustado la marca y el modelo. Es gracioso porque ni siquiera me he comprado mi propia casa todavía. Vivo en un buen apartamento en el centro, pero sigo pagando el alquiler cada mes. Por alguna razón, no quiero estar atada a una casa en propiedad. La idea de estar atrapada en algún lugar, especialmente en un sitio que no me gusta mucho, no me sienta bien. Además, me gusta estar cerca del apartamento de mi madre, que está a solo un par de manzanas. Claro, papá lo compró, así que está todo pagado. Pero, por alguna razón, no encuentro un lugar que me guste lo suficiente como para comprarlo y no necesito ese tipo de compromiso en mi vida. Ni con una casa ni con un hombre.

Aunque hay *un* hombre que ha conseguido despertar mi curiosidad. Si soy sincera, no muchos lo hacen. Pero Enzo Rossi, un hijo de una de las otras cinco familias, es como la hierba gatera para mi entrepierna polvorosa. Es poderoso, inteligente, sofisticado y el

hombre más atractivo que jamás haya visto. No estoy segura si me atrae más su inteligencia o la forma en que sus trajes de diseño a medida se ajustan tan bien a su cuerpo perfecto. Porque es delicioso en todas las formas más tentadoras.

Extremadamente alto, delgado y con músculos en todos los lugares correctos, Enzo tiene el pelo oscuro, grueso y ojos aún más oscuros. Ojos que he pillado mirándome en más de una ocasión. Pero eso es probablemente porque soy la única mujer que ha sido invitada a asistir a las reuniones. Aparte de su hermana Carlotta, pero ella rara vez va. A veces, le echo miraditas a escondidas y, cada vez, mi estómago da vueltas locas y me muerdo el labio inconscientemente como una niña inexperta.

Claro, tal vez no tenga mucha experiencia en lo que respecta a relaciones y sexo. Pero, apostaría Gabana Holdings LLC a que Enzo es tan hábil en la cama como parece que sería. La forma en que se comporta, siempre con tanta confianza, es algo que me excita enormemente. Es un hombre que sabe lo que quiere y va a por ello, obteniéndolo finalmente.

Hierba gatera de verdad.

Soltando un suspiro tembloroso, espero que esté en la reunión de hoy. Últimamente, hemos estado jugando a un pequeño juego. O, más bien, volviéndonos más atrevidos, diría, porque la semana pasada pasamos toda la reunión follándonos con la mirada. Mi mente estaba como loca y apenas podía concentrarme por todas las miradas ardientes que me lanzaba. Y yo no estaba mucho mejor. Le animaba como una absoluta provocadora, esperando excitarle tanto como él me excitaba a mí. Seguía batiendo mis pestañas, lamiéndome los labios y jugando con mi largo pelo oscuro. Aunque, hubiera preferido estar jugando con Enzo... pasando mis dedos por su pelo, deslizando mis manos bajo su chaqueta, desabrochando su cinturón mientras nos besamos hasta el olvido.

Para cuando terminó esa reunión, mis bragas parecían el río Hudson.

He oído los rumores, así que sé que trabaja tan duro como yo. No sale mucho y está constantemente trabajando, algo con lo que puedo identificarme fácilmente. Dicen que se le puede encontrar en su oficina con más frecuencia que en cualquier otro lugar y que no está involucrado en una relación seria. Aparte de su trabajo, por supuesto. Como yo, el trabajo parece ser lo único a lo que estamos seriamente comprometidos.

Mmm, seríamos perfectos juntos, pienso con una pequeña sonrisa soñadora. Puede que no nos veamos mucho porque siempre estaríamos trabajando, pero eso está bien. Ese es el tipo de relación que podría manejar.

Cada vez que las Cinco Familias se reúnen, es en un nuevo lugar y no se revela hasta un par de horas antes de la reunión. Hoy se celebra en un viejo almacén abandonado en el borde de Brooklyn cerca de los muelles. Me lleva más tiempo llegar allí del que me hubiera gustado, pero ¿qué puedo hacer? El tráfico en Nueva York es una mierda y no es para los débiles de corazón.

Estacionando mi Hellcat, lo apago y miro alrededor del aparcamiento. Veo muchos coches caros y lujosos, incluido el Jaguar azul medianoche que sé que pertenece a Enzo Rossi. Está estacionado justo frente a la puerta, ni siquiera en un sitio. Apretando mis muslos, bajo la visera, compruebo mi aspecto en el espejo y rápidamente me aplico más brillo de labios.

Estoy emocionada de ver a Enzo. Pero también necesito mantenerme profesional en esta reunión y prestar más atención que la semana pasada. Ser tomada en serio es importante para mí. Mucho más importante que coquetear con algún hombre, aunque sea un hombre increíblemente atractivo, que está sentado al otro lado de la mesa.

Salgo de mi coche, lo cierro y camino hacia la puerta donde dos enormes y fornidos ejecutores montan guardia. Asienten, sabiendo exactamente quién soy, y uno de ellos me abre la puerta. Me deslizo más allá de ellos, levanto la barbilla y camino con confianza hacia la

gran mesa redonda donde los representantes de cada una de las cinco familias mafiosas de Nueva York están empezando a sentarse. Una rápida mirada a mi reloj me indica que comenzaremos momentáneamente. *Justo a tiempo.*

Bajándome a un asiento, miro a mi alrededor para ver quién está aquí, esperando contra toda esperanza que mis primos Tommaso y Romeo no asistan. Nunca estamos de acuerdo y les encanta socavarme en cada oportunidad que tienen. Desafortunadamente, los veo charlando en la esquina y reprimo un suspiro. Me dejan mal sabor de boca y cruzo los brazos, recostándome en mi silla, sin querer lidiar con ellos.

Las Cinco Familias están compuestas por Los Rossi, Los Bianchi, Los DeLuca, Los Caparelli y Los Milano. Pero, para mí está claro que Miceli Rossi es el que está al mando. No hace mucho, se metió en un lío bastante grande con la mesa y casi lo expulsan. Mató a mi primo Rocco, pero por una buena razón: por robar a su esposa. Aun así, la gente estaba enfadada y lista para echar a Miceli. Yo fui el voto decisivo y decidí que no se iba a ninguna parte. Supongo que se podría decir que Miceli me debe una, y tengo guardado ese as bajo la manga para más tarde.

Hay cinco hermanos Rossi en total, pero Miceli no es el que me interesa. Mi mirada se desvía hacia Enzo, que se acerca rodeado de sus hermanos. *Mmm, ese hombre sabe llevar un traje como nadie*. Estoy en serio peligro de babear. Sus oscuros ojos se encuentran con los míos y su boca se eleva muy ligeramente mientras se sienta frente a mí. Mantengo su mirada, parpadeo lentamente, y luego dirijo mi atención a Miceli, que comienza la reunión.

Técnicamente, todos somos enemigos, siempre intentando invadir los territorios y negocios de los demás. Supuestamente, nuestros abuelos hicieron un acuerdo verbal hace muchísimo tiempo para ceñirnos a nuestras propias áreas, pero eso se acabó. Miceli y sus hermanos sugirieron que sería en el mejor interés de las Cinco Familias crear una alianza sólida. En lugar de que solo se reunieran

los jefes de familia, cualquiera de la familia es bienvenido a asistir a las reuniones clandestinas y votar en las decisiones que necesitan ser tomadas. Ayuda a distribuir y equilibrar mejor el poder, dijeron. Además, al crear esta Alianza, todos estamos trabajando juntos para proteger los mejores intereses de todos, en lugar de trabajar unos contra otros. No sé nada de todo eso, pero me gusta el hecho de que estoy sentada aquí ahora, mientras que antes, no se me permitía ser parte de los procedimientos.

Además, ya sabes lo que dicen. Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca.

Durante la siguiente hora, discutimos una variedad de temas y sigo mirando a Enzo. Y él sigue mirándome a mí. No puedo evitarlo. Hay una atracción, una química innegable entre nosotros, y no estoy segura de cómo manejarla. Me encantaría arrastrarme por la mesa, agarrar sus solapas y tirar de él para un beso ardiente, pero no creo que sea una posibilidad muy real. Pero, estoy imaginando cómo sería besarle. ¿Sería lento y suave? ¿Estaría lleno de pasión y necesidad? Estaría dispuesta a apostar mi último euro a que Enzo es un hombre que sabe cómo besar a una chica hasta dejarla sin sentido. Y nunca me han besado hasta dejarme sin sentido, así que consideradme condenadamente interesada.

A medida que la reunión llega a su fin, se torna hacia algo por lo que siento bastante pasión: ayudar a las pequeñas empresas. Pero, en este caso, el grupo está discutiendo sobre aumentar los alquileres en algunos de los barrios, lo que sé que dañará y, muy probablemente, cerrará algunas de las tiendas familiares más pequeñas. Sé que necesito hablar y lo hago sin dudarlo.

—He pasado años trabajando estrechamente con pequeñas empresas en crecimiento y startups en etapas iniciales en una variedad de capacidades... —empiezo y luego me interrumpen groseramente.

—Eso es genial, Gabriella —interrumpe Tommaso, con voz goteando condescendencia—, pero no queremos salvarlas. Queremos echarlas.

—Un par de hombres se ríen y aprieto los dientes, sintiendo que mis mejillas se encienden por cómo acaba de faltarme al respeto delante de todos. Dios, quiero darle un puñetazo en la cara. Pensarías que mi primo estaría de mi lado o al menos me apoyaría, pero no. Es un imbécil de proporciones épicas.

—No tiene sentido mantener estos pequeños negocios cuando podemos encontrar nuevos inquilinos que pueden permitirse pagar más cada mes —dice Tommaso, ignorándome antes de que pueda apenas decir una palabra. Dios, quiero darle una bofetada en toda su cara engreída.

Por alguna razón, miro a Enzo y veo que un músculo se flexiona en su mejilla. Una vez que Tommaso termina de hablar, Enzo dice: —Me gustaría escuchar lo que ella tiene que decir. Sobre las pequeñas empresas.

Mi corazón retumba y quiero inclinarme sobre la mesa y besarle. Justo en sus hermosos labios.

Me aclaro la garganta mientras todos los ojos se centran en mí. —Bueno, una cosa que he aprendido es que los propietarios de pequeñas empresas tienen una cosa importante en común: la pasión. Y son especialmente apasionados por lo que están construyendo y tratando de hacer crecer. En lugar de cerrarlos, sugiero que les ayudemos a tener éxito, lo que, a su vez, es bueno para el barrio.

Mi atención parpadea hacia Miceli. —Continúa —me anima.

Sintiendo una oleada de confianza, continúo: —En comparación con las grandes empresas o negocios establecidos, las pequeñas empresas y startups en etapas iniciales están en desventaja cuando se trata de crecer y escalar. Puede ser fácil iniciar un nuevo negocio, pero mantenerlo en funcionamiento no lo es. Casi una de cada cinco fracasa en el primer año. Para el quinto año, el cincuenta por ciento de las pequeñas empresas fracasa.

A mi lado, Romeo bosteza ruidosamente y hago todo lo posible por ignorarle. Ojalá pudiera decir que mis primos me apoyan estando aquí, pero no lo hacen en absoluto.

—¿Y cómo les ayudaríamos? —pregunta Enzo, fijando sus ojos en los míos.

—Bueno, hay muchas razones por las que los negocios fracasan, pero tanto los obstáculos financieros como los errores de marketing están muy arriba en la lista. Para lograr el crecimiento, las pequeñas empresas necesitan las mismas cosas que tienen las corporaciones más grandes, lo más importante, acceso a datos y capital financiero e ingresos.

—Así que, corrígeme si me equivoco, pero ¿lo que estás sugiriendo es que ayudemos a estas pequeñas empresas a tener éxito y luego subamos su alquiler? —pregunta Enzo, con ojos oscuros brillantes.

—Exactamente —digo y le sonrío—. De lo contrario, no podrán pagar el alquiler más alto y, lo más probable, es que el edificio acabe vacío. Entonces nadie cobra.

Varias cabezas asienten y me siento un poco más erguida, mi pecho hinchándose ligeramente. Me están escuchando de verdad y se siente muy bien.

—Gracias por tu perspectiva —dice Miceli—. Sugiero que todos lo piensen y podemos discutir cómo ayudar a los negocios existentes con más profundidad la próxima semana.

Oh, Dios mío, quiero gritar de emoción porque, por primera vez, me han escuchado. Sintiéndome empoderada y más que feliz, le envío a Enzo una sonrisa agradecida. Una sonrisa muy agradecida, y ligeramente sexy.

2

ENZO

Escuchar a Gabriella Bianche hablar y ver la pasión en su rostro mientras expone la importancia de ayudar a las pequeñas empresas me dice varias cosas. Una, es una mujer inteligente que tiene buena cabeza para los negocios. Dos, se preocupa por la gente y por ayudarles. Y, tres, me gustaría estirarme por encima de la mesa, arrastrarla hacia mí y descubrir qué otras cosas le apasionan.

La triste verdad es que hace mucho tiempo que una mujer no me llama la atención y me cautiva tan profundamente. He visto a Gabriella en todas las reuniones este último mes y, no creo que sea mi imaginación, pero nuestro coqueteo es cada vez más intenso. Por supuesto, somos sutiles al respecto. Tenemos que serlo. Los Rossi y los Bianche tienen una historia jodida y nunca se han llevado muy bien.

Sin embargo, creo que podría llevarme bastante bien con Gabriella. Cada vez que la miro, me imagino tomándola en mis brazos y besándola. Preguntándome cómo se sentiría tener todas esas curvas exuberantes presionadas contra mí. Quiero saber cómo sabe y se siente, cómo huele. Los sonidos que haría cuando se corra con mi polla.

Mierda. Estar empalmado durante casi toda la reunión está empezando a volverse realmente molesto, y muy rápido. Necesito hacer algo con mi creciente obsesión... y mi pobre y muy solitaria polla.

Sé que su familia no es más que problemas y que no se puede confiar en ellos. Especialmente después de lo que pasó entre Miceli y Rocco. La parte lógica de mi cerebro sabe que debería mantenerme alejado de ella. Sin embargo, la mitad inferior de mi cuerpo no está de acuerdo con eso. Es una tentación a la que no quiero resistirme: absolutamente impresionante con su largo cabello oscuro y los ojos color caramelo más llamativos. Cuando la luz les da justo en el ángulo correcto, juro que parecen toffee derretido. Más que eso, me encanta lo feroz que puede ser, siempre defendiéndose y devolviendo constantemente los golpes a sus primos, que nunca la apoyan. Son idiotas y me siento mal porque tenga que lidiar con ellos, pero verla en acción, haciéndoles parecer los tontos que son, es magnífico. Erección instantánea.

Aparte de nuestras interacciones limitadas en las reuniones con los otros miembros de las Cinco Familias, Gabriella es una completa desconocida. Una a quien quiero conocer mejor. Creo que podría estar volviéndose más obvio para los demás, especialmente para mis hermanos, que no puedo apartar mi atención de ella. Y solo está empeorando.

Después de que termina la reunión, salgo con mis hermanos. Podemos ser un grupo escandaloso y ahora mismo se están burlando de mí por Gabriella porque son un puñado de capullos.

Angelo me da un codazo. —¿Qué pasa contigo y la señorita Bianche?

—Nada —respondo inmediatamente. Mi hermano menor es un mujeriego que nunca ha tenido una relación seria en su vida. Aunque no debería juzgarlo tan duramente porque yo tampoco las he tenido. No realmente. Tiendo a mantener las cosas ligeras y casuales, y normalmente veo a una mujer —traducción, me acuesto con una mujer— hasta que me presiona para tener algo más.

Entonces me largo y desaparezco más rápido que un ladrón en la noche. No tengo tiempo para todo eso. Y, aunque dejo las cosas muy claras desde el principio, algunas mujeres piensan que son especiales y creen que pueden cambiarme.

Bueno, no quiero cambiar. Me encanta trabajar y, aparte de mi familia inmediata, mi trabajo es lo más importante de mi vida. Quizás algún día eso cambie y dirija mi atención hacia el matrimonio y una familia, pero, honestamente, lo dudo. Aunque veo lo felices que son Miceli y Vin con sus esposas, sé que mantener feliz a una mujer es un trabajo de mierda. Y no del tipo de trabajo que generalmente disfruto.

—No podía quitarte los ojos de encima, Enzo. ¿Hay algo que deberíamos saber?

Miro a Miceli y frunzo el ceño. —Solo que voy a volver a la oficina para hacer más inversiones que os harán aún más ricos —manejo todas las carteras de inversión de mi familia y tienen más riquezas que el Rey Midas—. Además, todos sabemos que los Bianche son problemáticos.

—Eso es quedarse corto —gruñe Miceli.

Vin resopla. —La subestimación del año. De todos modos, volviendo a la señorita Bianche...

—Oh, por el amor de Dios, ¿quieres dejarlo ya? Nunca he hablado con ella fuera de nuestras reuniones —en el momento en que las palabras salen de mi boca, veo a Gabriella apoyada en su Dodge Hellcat negro, con los brazos y los tobillos cruzados, observándome atentamente. No estoy seguro de qué es más sexy: ella o el coche. *Ya, claro.* Gabriella se ve más estilizada que la brillante máquina en la que reposa su perfecto trasero. Tan sexy, de hecho, que tomo una respiración profunda y ligeramente temblorosa, incapaz de apartar mi mirada de ella.

—Vaya, vaya, vaya —ronronea Angelo—. Parece que alguien te está esperando.

—Vete a la mierda, Ang —murmuro y sonrío como un idiota.

—Ve a por ella, tío.

—Os veo luego —digo y ellos se ríen. Los ignoro y me dirijo hacia donde la encantadora señorita Bianche espera pacientemente. Normalmente, tengo una línea suave lista para usar pero, por alguna razón, mi lengua de repente se traba y todo lo que puedo hacer es mirar fijamente sus ojos empapados de caramelo. Nunca me pongo nervioso y he hablado con algunos de los empresarios y empresarias más importantes del mundo. He almorzado en yates con la realeza, he sido invitado a estrenos de películas y he codeado con peces gordos de Hollywood, e incluso he asistido a una cena benéfica con el Presidente de los Estados Unidos. He tenido conversaciones profundas con algunas de las mentes más brillantes de este siglo y nunca me he quedado sin palabras.

Sin embargo, Gabriella Bianche me deja completamente perdido y me cuesta forzar un simple hola. Su boca se curva, aparentemente divertida.

Joder. Parece que se me enciende una bombilla en la cabeza y me golpea con fuerza: estoy encaprichado con ella.

—Quería darte las gracias —dice ella—. No es frecuente que la gente me defienda como tú lo has hecho ahí dentro.

—De nada —digo, notando cómo su pelo brilla bajo la luz del sol—. Realmente me interesaba lo que tenías que decir. Creo que apoyar a las pequeñas empresas también es importante.

Su sonrisa se ensancha. —¿En serio? Eso es interesante. Pensaba que eras un tiburón.

—Puedo serlo —admito, acercándome más y captando un aroma de su perfume en la brisa. Es sensual, con olor a miel, y todo mi cuerpo

responde. Me llena el deseo de conocerla mejor—. Gabriella —murmuro, probando su nombre en mi lengua, sin siquiera pretender hacerlo en voz alta.

—¿Sí? —Ella levanta una ceja juguetona.

Me aclaro la garganta. —¿Es así como te llaman todos? O, ¿tienes algún apodo?

—Todo el mundo me llama Gabriella. Aunque mi padre solía llamarme Bri.

Sé que su padre murió y asiento. —¿Erais cercanos? —Ella asiente, sin ofrecer más información—. Bri te queda bien.

—¿Tú crees? —pregunta con coquetería.

—Es corto, directo al grano, todo negocios.

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Y es lo más fantástico que he visto jamás. El arco de su cuello es elegante y los botones de su chaqueta amenazan con abrirse contra la curva de sus pechos llenos. De repente, estoy salivando y el deseo de llevarme a Gabriella a casa conmigo casi me supera.

—Eres muy interesante, ¿lo sabías? —murmura.

—¿Lo soy? —Ahora es mi turno de ser evasivo.

Sus ojos color caramelo me estudian intensamente. —No eres exactamente fácil de leer, tampoco. Y soy muy buena leyendo a las personas.

—Yo también.

—¿Ah sí? Bueno, como estoy teniendo problemas para descifrarte, voy a tener que ser directa.

—¿Tú? ¿Directa? Estoy conmocionado —bromeo.

Una nube oscura pasa por su hermoso rostro. —¿Qué? ¿Una mujer no debe expresar su opinión?

—Al contrario. Me encanta que expreses tu opinión. Y cuando lo haces, tus comentarios son más inteligentes e interesantes que los de todos los demás juntos.

Si no me equivoco, sus pómulos altos se tornan de un ligero tono rosado y me encanta.

—Gracias —dice suavemente y me alegra que reconozca mi sinceridad—. Lo aprecio. No siempre ha sido fácil para mí.

—¿El qué? —pregunto, queriendo que amplíe esa afirmación.

—Hacerme cargo después de la muerte de mi padre. Que la gente, especialmente los hombres, me tomen en serio y escuchen las palabras que salen de mi boca en lugar de mirarme los pechos.

Si ella va a ir por ahí, yo también lo haré. Aunque estoy tentado de mirar hacia abajo, mantengo mi mirada nivelada y fija en la suya. —No quiero sonar como un cerdo machista, pero estoy seguro de que tus increíbles pechos han sido un escollo para muchos hombres.

Sus labios carnosos se curvan de nuevo. —Son bastante fantásticos.

Una risa brota de mi garganta. Dios, es desvergonzada y me encanta. Justo cuando me pregunto si debería invitarla a tomar algo, ella me lo pregunta primero.

—¿Tienes tiempo para tomar una copa?

De nuevo, me da ese parpadeo lento y sexy que hace que mi corazón tropiece en mi pecho. —Curioso porque justo iba a preguntarte lo mismo.

—Entonces vamos. Yo conduzco —se aparta del lateral del Hellcat y solo puedo negar con la cabeza mientras camina hacia el lado del conductor. No, no camina. Se contonea como una jefa con esos tacones altísimos.

Una vez que su exquisito trasero está fuera de vista, mi atención se desplaza hacia su coche y abro la puerta. —Bien. Esperaba poder dar un paseo en esta belleza —al deslizarme dentro, observo cómo lo enciende y luego se abrocha el cinturón de seguridad.

—Mejor abróchate el cinturón, señor Rossi.

Alcanzo el cinturón y lo encajo en su lugar. —¿Eres una conductora agresiva, señorita Bianche?

—Puedo serlo.

Pisa el acelerador y salimos disparados del aparcamiento. Curvo una mano alrededor del asiento y apoyo la otra en el salpicadero. Agresiva es quedarse corto. Diablos, maneja esta bestia como una conductora de escenas de acción. Es impresionante.

—¿Dónde aprendiste a conducir? —pregunto, agarrándome un poco más fuerte a mi asiento mientras tomamos una curva cerrada.

—Me enseñó el amigo de mi padre. Richard Petty —me mira y sonríe con suficiencia.

Mis cejas se disparan. —¿El Rey? ¿Richard "El Rey" Petty, el piloto más exitoso en la historia de la NASCAR? —pregunto con incredulidad.

—Así es. El tío Rich era muy amigo de mi padre.

No estoy seguro de qué decir, así que simplemente asiento, maravillado por esta mujer.

—No te preocupes, prometo devolverte de una pieza.

De nuevo, estallo en carcajadas. Gabriella definitivamente sabe cómo mantenerme en vilo. Es como un soplo de aire fresco comparada con todas las otras mujeres que he conocido.

—He visto ese cochecito elegante que conduces —dice—. Seguro que también puede ir bastante rápido.

—Sí, claro, pero nunca recibí instrucciones personales de conducción de Richard Petty —me giro y la miro—. Quizás puedas enseñarme algunos trucos.

—Oh, estoy segura de que podría enseñarte bastantes trucos.

Su tono bajo y sexy hace que mi polla se alargue contra mi cremallera. *Joder.* Quizás si las copas van bien, podrían llevarnos a cenar. Luego, si las cosas van realmente bien, tal vez pueda llevarla a mi casa para una noche caliente porque estoy bastante seguro de que Bri y yo incendiaríamos las sábanas. El apodo le va bien y decido que voy a empezar a usarlo.

—Entonces, ¿adónde vamos? —pregunto, mirando de nuevo por el parabrisas.

—¿Has estado alguna vez en Maximilian's?

—Me encanta ese sitio.

—Me lo imaginaba. Es donde se reúnen todos los magnates de los negocios.

No tardamos mucho en llegar y Gabriella se detiene frente al aparcacoches. Salimos y, mientras entramos en el restaurante, me siento realmente genial teniendo a esta hermosa e inteligente mujer a mi lado. Estoy tentado de poner mi mano en su espalda, para que todos sepan que es mía, pero eso sería mentira. Apenas la conozco. Sin embargo, me muero por saber más sobre ella.

Nos sentamos en una mesa de esquina que es relativamente privada y nos permitirá hablar sin demasiadas interrupciones. O eso espero. Mucha gente que conozco viene aquí después del trabajo y se reúne. Pero, no quiero hablar con ninguno de ellos esta noche. Todo lo que quiero hacer es centrar toda mi atención en Gabriella.

Después de pedir las bebidas, permito que mi mirada recorra su rostro. Nunca me había sentido tan atraído por una mujer antes.

Todo en ella es perfecto, justo mi tipo, y espero con ansias pasar esta noche con ella.

—Bueno, tengo que admitir que la razón por la que te invité aquí es puramente egoísta.

—¿Quieres mi cuerpo? —bromeo y ella se ríe.

—En realidad, quiero explorar tu mente.

Y justo así mi erección se desinfla. Lo último que quiero es una aburrida reunión de negocios con Gabriella. *Maldita sea.*

3

GABRIELLA

La mirada de decepción que cruza el rostro de Enzo es casi cómica. Sus hombros caen ligeramente y un músculo se tensa en su mandíbula. Si tuviera que adivinar, diría que está interesado en algo más que sólo negocios. Bueno, yo también lo estoy, pero no necesita saberlo de inmediato. Y desde luego, no necesita saber que estoy aquí sentada contemplando la posibilidad de tener un rollo de una noche con él. Siempre he creído que es importante que una mujer mantenga las cartas cerca para tener ventaja. Pero estoy a punto de romper mis propias reglas.

—No es la única razón por la que te invité a tomar algo —admito, y él se anima—. Pero, lo primero es lo primero. No dejes que se te suba a la cabeza, pero sé lo exitoso y talentoso que eres cuando se trata de hacer inversiones inteligentes. Me gustaría pedirte tu opinión personal sobre un asunto.

—¿Qué asunto? —pregunta mientras el camarero nos trae las bebidas.

Doy un sorbo a mi martini de espresso y él bebe su whisky. Nos observamos por encima del borde de nuestras copas, como dos oponentes a punto de enfrentarse. Quizás debería ser más cautelosa

con la información que le doy. Decidiendo mantener en secreto el nombre de la empresa, dejo mi copa y considero cuidadosamente mis siguientes palabras.

—Hay una empresa particular que estoy considerando adquirir. El director general se jubila y el negocio no va muy bien, lo que significa que puedo comprarla a bajo precio.

Él asiente, escuchando atentamente.

—Continúa.

—Bueno, si logro incorporar mis ideas, creo que puedo darle la vuelta a la situación. Podría ser una inversión sólida y una gran adición a mi holding.

—¿Qué es lo que te hace dudar?

Me lanzo a contarle todo, compartiendo la historia de la empresa, su historial, básicamente todo excepto el nombre de la compañía. Comparto datos financieros y estadísticas. Comparto mis ideas sobre cómo puedo cambiar el guion y convertir las pérdidas en ganancias. Pero, sobre todo, comparto lo que más me frena: el miedo a fracasar y la humillación que acompañará ese fracaso.

—Esta sería mi primera adquisición real por mi cuenta sin ninguna guía —confieso, terminando mi segundo martini—. Hasta ahora, solo he estado gestionando lo que mi padre hizo con la ayuda de mi tío Sal.

Soy mucho más habladora después de un par de copas y Enzo es tan fácil de hablar. Escucha atentamente y me hace sentir importante... digna de su atención indivisa. Y eso realmente me gusta.

—Es mucha presión —coincide—, especialmente con tu familia observando y lista para criticar cada uno de tus movimientos. — Levanta una mano, llamando al camarero.

No estoy segura de poder soportar otro martini con el estómago vacío, así que me alegra oírle pedir comida.

—Pensé que deberíamos absorber algo del alcohol —dice, y me río.

—Probablemente sea buena idea. —Estoy completamente relajada y desinhibida. La conversación fluye sin esfuerzo y tenía razón al pedir la opinión de Enzo porque el hombre tiene una mente brillante para los negocios. Es como si estuviera sentada en una clase magistral mientras comparte algunos de sus consejos y trucos. Y absorbo hasta la última gota de su sabiduría, tomando mentalmente notas.

Durante las dos horas siguientes, hablamos de trabajo, pero también coqueteamos descaradamente. Él ha acercado su silla alrededor de la pequeña mesa y ahora estamos sentados uno al lado del otro. De vez en cuando, me toca la mano o el brazo y una descarga eléctrica me recorre.

—Entonces, ¿cuál es tu opinión final sobre mi posible adquisición? —pregunto, recostándome en mi silla y estudiando la línea afilada de su mandíbula cincelada. Estaba bien afeitada antes, pero ahora puedo ver la oscura sombra de barba de las cinco creciendo y eso me hace apretar los muslos. El hombre es demasiado sexy para su propio bien. Pensamientos sobre su barba incipiente raspando el interior de mi muslo han empapado mis bragas.

—Después de todo lo que me has contado, diría que parece un muy buen trato y una inversión sólida. —Me observa atentamente—. Yo lo haría.

Le envío una sonrisa pícara.

—Tal vez lo haga.

Durante un largo momento, nos miramos fijamente y puedo sentir mi corazón latiendo en mis oídos. Entonces la atención de Enzo cae sobre mis labios. Antes de que pueda registrar lo que está sucediendo, se inclina, coloca una gran mano en mi pierna y me besa. Es exactamente como imaginé que sería. Enzo es el tipo de

hombre que no juega y sabe lo que quiere, y ahora mismo, claramente quiere besarme intensamente.

Suspirando en su boca, él no duda y aprovecha la oportunidad para deslizar su lengua entre mis labios. Se mueve contra la mía, explorando mi boca y enviando hormigueos por mi columna. Oh, Dios mío, cómo besa este hombre.

Como estamos en público, lo corta antes de lo que me hubiera gustado. Un suspiro tembloroso escapa de entre mis labios y sé que me iré a casa con él esta noche. Todo lo que tiene que hacer es hacerme una seña.

—Si no estás ocupada, deberías venir a mi casa a tomar el postre. Tengo unos cannoli caseros. Si te interesa...

Oh, diablos, sí que me interesa. Pero no los cannoli.

—Vamos. —Agarro mi bolso y busco dentro para sacar mi cartera cuando él me mira con ojos entrecerrados.

—Ni se te ocurra, Bri —dice, sacando su tarjeta de crédito. Por supuesto, es un Amex negro.

—Pero yo te invité —insisto—. Debería pagar yo.

—¿Qué tal si me lo pagas de otra manera? —sugiere, con voz baja y ronca.

Mientras el camarero coge su tarjeta, siento que mi corazón se acelera anticipando lo que está por venir.

—¿Tienes alguna sugerencia? —pregunto, con voz demasiado entrecortada.

—¿Qué tal si empezamos con otro beso?

Me lamo los labios.

—Vale, pero fuera —murmuro. El camarero no puede volver lo suficientemente rápido y tan pronto como Enzo firma, ambos nos

levantamos de un salto y prácticamente salimos corriendo del restaurante. Entrego mi ticket al aparcacoches y mientras recoge el coche, Enzo pone sus manos a ambos lados de mi cara, inclina mi cabeza hacia atrás y me besa profundamente.

Oh, Dios. Mis rodillas amenazan con ceder y nos besamos y besamos hasta que escucho el rugido del motor de mi Hellcat mientras se detiene junto a nosotros.

—Continuará —murmura seductoramente y mi clítoris pulsa en respuesta—. ¿Puedo conducir?

A estas alturas, Enzo Rossi puede hacer lo que quiera. Me siento como plastilina en sus manos y cuando asiento, intercambia una propina por la llave con el aparcacoches. Enzo abre la puerta del pasajero y me deslizo dentro, desabotonándome la chaqueta y luchando por respirar profundamente. Estoy lista para lanzarme sobre él, así que espero que no viva demasiado lejos.

Enzo empuja el asiento hacia atrás para acomodar sus ridículamente largas piernas y luego ajusta el espejo. Parece estar completamente en casa tras el volante de mi bebé y sonríe mientras hace rugir el potente motor.

—Mejor abróchate el cinturón, señorita Bianche —dice, haciendo eco de mi anterior afirmación hacia él.

Una vez que lo hago, gira el volante, pisa el acelerador y salimos disparados.

—¿Dónde vives? —pregunto, recostándome en el cómodo asiento. Nunca he sido pasajera en mi propio coche antes.

—Hudson Yards.

—Oh, junto al muelle.

—Es un loft en un almacén reformado.

—Qué bien. —Solo puedo imaginar lo genial que debe ser su lugar. El hombre tiene dinero para quemar y tengo curiosidad por ver cómo es su casa. Aunque si es como yo, probablemente pasa más tiempo en la oficina que allí.

El tráfico no está demasiado mal y llegamos a su casa en bastante buen tiempo. Después de aparcar en el garaje subterráneo, me doy cuenta de que su Jaguar está ahí.

—Dejamos tu coche en el almacén donde tuvimos nuestra reunión antes hoy.

—Sí. Pero le envié un mensaje a mi asistente y él fue a recogerlo y lo trajo de vuelta aquí.

Él. Ese pequeño detalle no escapa a mi atención y me gusta el hecho de que Enzo tenga un asistente masculino. Aunque no es asunto mío, hace que lo respete aún más. También confirma el hecho de que Enzo trabaja cuando va a la oficina. No está allí tratando de ligar con alguna mujer mucho más joven que trabaja para él.

—Ah, bueno, fue muy amable por su parte.

Enzo alcanza mi mano y me tira hacia el ascensor.

—Vamos, Bri, los cannoli esperan.

No puedo negar la pequeña emoción que me recorre y me apresuro para mantener el ritmo de sus largas zancadas. Aunque no estoy buscando una relación, Enzo me tiene muy curiosa y me hace preguntarme todo tipo de cosas perversas. Una vez que estamos dentro de la cabina, me atrae hacia sus brazos y me besa de nuevo. No puedo evitar derretirme contra él y tener mi primera impresión de cómo nuestros cuerpos se amoldan juntos. Absolutamente perfectos. Tampoco se me escapa notar que está duro como el infierno y, si tengo que adivinar, extremadamente bien dotado.

Sí, voy a pasar la noche con él. Mi decisión está definitivamente tomada. Pero solo una noche, sin ataduras. Podemos compartir algo de placer juntos y luego cuando llegue la mañana, me voy. No puedo permitirme enredarme con un hombre ahora, especialmente con uno tan astuto como Enzo Rossi.

Cuando las puertas del ascensor se abren silenciosamente, Enzo levanta la cabeza, me da una sonrisa diabólica y luego me guía hasta su puerta. Después de desbloquearla, me lleva adentro y miro alrededor de su lugar. Es impresionante. Absolutamente enorme con techos abovedados y un gran loft. Me encanta cómo es todo de concepto abierto y paseo admirando el diseño, la disposición y sus habilidades decorativas. O, su capacidad para contratar a un buen decorador, que probablemente sea más exacto.

—Vamos —dice, tirando de mí hacia la cocina.

Está justo enfrente y ocupa toda una esquina del apartamento.

—Este lugar es increíble —murmuro, sentándome en un taburete de la isla con encimera de granito.

—Me gusta —dice, abriendo la nevera de acero inoxidable y sacando un tupperware—. Cuando estoy aquí, de todos modos.

—Supongo que eres como yo y pasas la mayor parte de tu tiempo en la oficina o viajando a reuniones.

—Sí. Demasiado cierto. —Abre el tupperware y me ofrece un tenedor —. No hay nada mejor que los cannoli caseros.

Hundo un tenedor y doy un bocado.

—Está delicioso. ¿Lo hiciste tú mismo?

—Claro que sí. Mi madre enseñó a todos sus hijos. Dijo que si somos sicilianos, entonces deberíamos saber cómo hacer cannoli.

—Tu madre suena como una mujer muy inteligente. —Doy otro bocado y gimo, captando la atención de Enzo. Sus ojos marrones

oscuros se centran en mi boca y él deja caer su tenedor, extiende la mano y hace girar mi taburete para quedar frente a él. Él sigue de pie y sus manos caen sobre mis rodillas, empujando lentamente mi falda hacia arriba, lo que le permite colocarse entre mis piernas. Trago el cannoli y él toma mi cara, se inclina y me besa.

Agarro las solapas de su chaqueta de traje, con las manos aferradas al caro material, mi anticipación y emoción creciendo mientras le devuelvo el beso. Nuestras bocas se funden, las lenguas exploran, y mi sexo comienza a latir. Ha pasado un tiempo desde que estuve con un hombre. Años. Simplemente nunca han sido capaces de satisfacerme, pero tengo la sensación de que Enzo sabrá exactamente cómo tocarme, cómo hacer que me rinda. Si sus habilidades en la cama son aunque sea la mitad de buenas que sus habilidades en la sala de juntas, entonces voy a tener el orgasmo de mi vida esta noche.

Liberando mi boca, jadeando por aire, me quito la chaqueta, dejándola caer al suelo. Enzo hace lo mismo y agarro su corbata, tirando de él contra mí para otro beso. Es apasionado y húmedo, y el deseo estalla entre nosotros. Sus manos agarran mi cintura, luego una se desliza por mi costado, rodeando mi pecho y apretando.

Un gemido se escapa de mi garganta y me arqueo, ofreciéndole más. Su rostro desciende, lamiendo y chupando mi cuello, mientras alcanza mi otro pecho. Hace una pausa al besar mi garganta y susurra:

—Tienes razón. Son jodidamente fantásticos.

—Te lo dije —murmuro, perdida en las sensaciones mientras él desabotona mi camisa y desliza una mano dentro de mi sujetador. Sus dedos juguetean con mi pezón y creo que voy a perder la cabeza. Nadie ha tenido nunca el poder de hacerme revolucionar así, y estoy lista para mover esta fiesta al dormitorio. Necesito sentir el cuerpo desnudo de Enzo presionado contra el mío. Quiero saber qué se siente cuando empuja profundamente dentro de mí. Estoy bastante segura de que será épico.

Sacando su camisa de la cintura del pantalón, deslizo mis manos bajo la tela, dejando que mis dedos exploren los profundos surcos de sus cálidos abdominales. Dios, hablando de abdominales de acero. Se siente tan bien y me muero por más.

Echándome hacia atrás, parpadeo, tratando de orientarme, y trago con dificultad. El deseo y la necesidad me están mareando.

—¿Dónde está tu dormitorio?

Sus labios se curvan.

—¿Tienes prisa?

Deslizo mi mano sobre el frente de sus pantalones y aprieto su dura longitud.

—Dime que tú no, señor Rossi.

Él gime.

—Estás acostumbrada a hacer las cosas a tu manera, ¿verdad?

Aprieto su miembro de nuevo como respuesta.

—Bueno, yo también —dice con voz ronca, retrocediendo y fuera de mi alcance—. Quítate la ropa.

Mi corazón truena mientras me deslizo fuera del taburete. Normalmente no hago lo que la gente me dice que haga, al menos no de inmediato porque tengo mente propia. Y un poco de rebeldía. Pero me siento traviesa y, al mismo tiempo, tengo el impulso de obedecerle. Después de desabotonar los últimos botones de mi camisa, la dejo caer. Luego me quito lentamente la falda y me quedo ante Enzo solo en sujetador y bragas a juego de satén rosa pálido. Su mirada baja, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, luego viaja perezosamente hacia arriba.

—Quítatelo todo, Bri —ordena, con voz ronca—. Excepto los tacones. Déjalos puestos.

Mientras me observa, desabrocho mi sujetador y lo dejo deslizar por mis brazos. Su ardiente mirada absorbe mi desnudez y puedo ver cuánto se abulta el frente de sus pantalones. Estoy a punto de quitarme las bragas cuando él da un paso adelante.

—Espera, déjame a mí.

Contengo la respiración mientras sus dedos enganchan los bordes elásticos y las baja lentamente. Luego agarra mi cintura y me levanta, sentando mi trasero en la fría encimera de la isla. Apartando los taburetes, separa mis piernas, sus ojos oscuros enfocándose en mi área más íntima. No puedo moverme, no puedo respirar, mientras sus manos se deslizan por mis muslos, forzándolos a separarse más. Cuando sus dedos llegan a mi centro, trazan ligeramente mi hendidura y echo la cabeza hacia atrás, al borde de explotar. Ni siquiera estoy segura de cómo es eso posible. Apenas me ha tocado.

—Te sientes tan bien —murmura y desliza un dedo dentro de mí—. Tan jodidamente hermosa.

Un segundo dedo se une al primero y los está moviendo dentro y fuera, estudiando mi rostro. Mi boca se abre y mis caderas se arquean, ofreciéndole mejor acceso. Su pulgar gira sobre mi clítoris, acariciando suavemente y luego presionando más fuerte. Todo el tiempo, presta mucha atención a mis reacciones, evaluando a qué respondo y luego tocándome como a un violín.

Sus dedos hacen tijeras, estirándome, y me dejo caer sobre mis codos.

—Estás tan estrecha... tan jodidamente mojada.

Estoy respirando con dificultad, frotándome sin vergüenza contra su mano, y mi mundo se inclina levemente. Me está tocando como nadie lo ha hecho antes. Mis encuentros sexuales anteriores han sido rápidos e insatisfactorios. Pero Enzo se está tomando el tiempo para entender mi cuerpo y me muerdo el labio, observándolo.

—Voy a hacer que te corras, Bri —promete, sacando sus dedos y lamiéndolos para limpiarlos—. Pero en mi boca. Porque necesito saborearte más.

Oh, Dios mío. Mi sexo está palpitando, doliendo por él, y apenas puedo formar una frase coherente. Enzo agarra mis piernas, me arrastra hasta el borde y las levanta sobre sus hombros. Dejo escapar un chillido de sorpresa, mis tacones golpeando su espalda. Luego me da una sonrisa malvada antes de enterrar su cara entre mis piernas.

Santa María, Madre de Dios. Lo repito mentalmente una y otra vez, a veces en español, a veces en italiano, mientras Enzo me lame hasta el frenesí. Su lengua se siente extraña ahí abajo porque nunca antes había dejado que nadie me hiciera sexo oral. Tal vez es una cuestión de poder y no me gusta no sentirme en control, así que por eso nunca dejé que un hombre lo hiciera antes. Cualquiera que sea la razón, ahora no estoy segura de qué hacer, así que deslizo una mano por su espeso cabello y tiro de él tan fuerte que debe dolerle. Pero él no cede y en el momento en que chupa mi clítoris entre sus labios y lo succiona, grito y clavo mis tacones en su espalda.

Olas de placer me atraviesan. Intensas y sublimes. Siento cómo toda la tensión que he estado cargando se desmorona y se derrite mientras mis caderas se mecen contra su rostro y hago un suave sonido zumbante en la parte posterior de mi garganta. El orgasmo me inunda mientras miro al alto techo, apretando mis muslos contra su cabeza. Él sigue lamiendo y chupando suavemente, bajándome lentamente de un clímax épico. Uno como nunca antes había experimentado. Demonios, nunca supe que el sexo podía ser así y, técnicamente, aún no lo hemos hecho.

Mientras ese pensamiento cruza por mi confuso cerebro, miro hacia arriba y me doy cuenta de que Enzo se está desnudando. Y, Jesucristo, tiene el cuerpo más impresionante que he visto jamás. Mi mirada baja hacia el enorme miembro que se yergue y se me hace la boca agua. Lo necesito dentro de mí. Ahora.

Extiendo la mano, envolviéndolo con mis ávidos dedos, pasando mi mano arriba y abajo por su longitud. Su cabeza cae hacia atrás y me maravillo de cómo crece aún más. Puedo sentirlo pulsando, tan caliente y grande, y lo aprieto con fuerza. Soltando su miembro, me deslizo fuera de la encimera y salto. Enzo me atrapa y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura.

—Fóllame, Enzo —siseo, y me froto contra él.

Su boca se estrella contra la mía y nos besamos con fuerza. Todo se siente tan desesperado, tan necesitado. Empieza a caminar hacia una pequeña escalera y casi tropieza, pero su agarre sobre mí solo se aprieta más. Me río, besando el lado de su cuello, frotándome contra él.

—Nos vas a matar a los dos si sigues haciendo eso —advierte—. Cristo, Bri, déjame subir las escaleras antes de...

Froto mi sexo empapado contra la gruesa cabeza de su miembro tenso y él se congela momentáneamente.

—Ah, mierda, déjame buscar un condón. Espera...

Quiero gritar de frustración cuando me levanta y aleja, dejando mis tacones en el suelo. Pero sé que tiene razón. *Protección, Bri. No seas idiota. No tienes idea de dónde ha estado su polla ni con cuántas mujeres ha estado.*

El hecho de que yo esté limpia y prácticamente virgen no significa que él también lo esté. De hecho, estoy segura de que es un mujeriego. ¿Cómo no iba a serlo? Es demasiado suave, demasiado atractivo. Y, esta noche, es todo mío.

—Date prisa —siseo y me dejo caer en su gran cama—. Antes de que cambie de opinión.

¡Ja! Como si eso fuera a pasar alguna vez.

4

ENZO

Me río ante su vana amenaza. —Cariño, no cambiarías de opinión porque preferirías tenerla en la boca.

Gabriella sonríe con picardía, pero no contradice mi afirmación. En su lugar, se estira en mi cama como una gata y me doy cuenta de lo bien que se ve tumbada allí, sobre mis mantas, mis sábanas, mis almohadas. Como si perteneciera a ese lugar.

Camino hacia la mesita de noche, abro el cajón y cojo un preservativo. Da pena decirlo, pero hace tiempo que no necesitaba uno. Sin embargo, esta noche planeo usar varios. Rasgando el paquete con los dientes, me lo coloco sobre el pene palpitante y luego me subo a la cama. El colchón se hunde bajo mi peso y me arrastro hasta Gabriella, subiéndome encima de ella y besándola apasionadamente. Ella emite ese adorable ruidito. La sensación de nuestros cuerpos, piel contra piel, es indescriptible. Celestial podría ser una buena palabra.

Acomodándome entre sus piernas, rodeo mi miembro con la mano, lo alineo con su sexo empapado y comienzo a deslizarme dentro. *Joder.* Está caliente, apretada y húmeda. Sus piernas me rodean,

clavando los talones en mi trasero mientras me atrae más profundamente. Acogiendo mi miembro hasta la empuñadura.

Algo sucede en el momento en que nuestros cuerpos se conectan y, por un instante, ninguno de los dos se mueve. Ni siquiera sé cómo describir lo que estoy sintiendo. Unidos íntimamente, mirándonos a los ojos, nuestros rostros están tan cerca que nuestras respiraciones se entrelazan. Huele a cannoli bañado en miel y un gruñido escapa de mi garganta mientras mis caderas comienzan a moverse.

A veces me gusta hablar sucio durante el sexo, a veces no. Depende de mi estado de ánimo. Ahora mismo, creo que no podría decir ni una palabra aunque mi vida dependiera de ello. Todo mi control desaparece y estoy tan absorto en el momento, en la sublime sensación de nuestros cuerpos meciéndose juntos, que temo no durar mucho más. Pero me niego a decepcionarla.

Decidido a hacerla llegar antes que yo, alcanzo entre nuestros cuerpos, encuentro su clítoris y hago todo lo que he aprendido que le gusta. Gabriella se arquea bajo mi cuerpo y sé que está cerca. Sus paredes internas comienzan a contraerse alrededor de mi miembro y voy a estallar en unos diez segundos como un maldito géiser.

—¡Oh, Dios! —grita ella, con espasmos en su sexo, y mis ojos se ponen en blanco cuando mi liberación me golpea un segundo después de la suya.

—Cristo —articulo con dificultad, endureciéndome y vaciándome con un estremecimiento. Respirando con dificultad, me dejo caer hasta que nuestros cuerpos quedan pegados, y deposito un suave y prolongado beso a lo largo de la curva de su cuello y hombro. Creo que ese es uno de los puntos más sexys en una mujer. Su pulso va a mil por hora y disfruto de nuestra conexión un momento más antes de salir.

Dejándome caer a un lado, ruedo sobre mi espalda e intento procesar lo que acaba de ocurrir. Durante un momento aturdido, no puedo recuperar el aliento. He tenido buen sexo antes. Diablos, sexo

fantástico. Pero esto ha superado cualquier otra experiencia. Durante un largo minuto, miro fijamente al techo, completamente perdido. Nunca me he sentido tan destrozado pero tan satisfecho al mismo tiempo. Mirando a Gabriella, veo que su pecho todavía sube y baja con fuerza. Estoy bastante seguro de que lo que acaba de pasar entre nosotros también la ha dejado sin aliento.

Deslizándome fuera de la cama, me cuesta mantener el equilibrio mientras camino hacia el baño contiguo para tirar el preservativo. Cuando lo agarro, algo no parece estar bien. Creo que la punta podría haberse roto y se desliza mucho más fácilmente de lo que debería. *Mmm.* Lo levanto y lo examino rápidamente. Sí, el maldito anillo en la parte superior se ha roto. Aunque eso no debería ser un problema. *¿Verdad?*

Bah, no pasa nada, me aseguro a mí mismo y lo tiro a la papelera. Nada se salió, lo que significa que nada entró. Además, apenas estoy empezando con la encantadora mujer que me espera en la cama. Lo último que quiero hacer es asustarla con una falsa alarma de embarazo. *Aunque eso es remotamente posible*, me digo. Todo mi jugo seguía en la bolsa.

Vuelvo al dormitorio y me deslizo de nuevo en la cama. Antes de que pueda decir una palabra, Gabriella se abalanza sobre mí y me río. Sus brazos rodean mi cuello y comienza a repartir besos por todo mi rostro.

—Gracias —murmura.

—¿Por qué? —me río.

—Por tomarte el tiempo para asegurarte de que estoy... bueno, ya sabes. También satisfecha.

Me aparto y frunzo el ceño. —Por supuesto. ¿Con qué clase de capullos te has acostado?

—Con egoístas, supongo. —Sus mejillas se vuelven carmesí—. En realidad, solo he dormido con dos hombres, sin contarte a ti, y no

podrían encontrar mi punto G ni aunque les diera instrucciones escritas a mano.

—¿Estás diciendo que nunca has tenido un orgasmo durante el sexo? ¿Ni siquiera con sexo oral? —No puedo creer que no haya estado con mejores parejas.

Ahora sus pómulos marcados arden aún más rojos. —Yo, eh, nunca había tenido a nadie practicándome sexo oral antes de esta noche.

Tengo que apretar los dientes para asegurarme de que no se me caiga la mandíbula. —¿Estás diciendo que soy el primero? ¿Nadie más ha puesto su boca en ti?

Ella niega con la cabeza y su largo pelo oscuro cae sobre sus hombros. No puedo superar lo hermosa que es... y sorprendentemente inocente. —Solo tú.

Su honestidad e inocencia tocan una fibra primitiva en lo más profundo de mí y el impulso de poseerla me abruma a todos los niveles. *Mía.*

—¿Y te gustó? —pregunto, con voz grave y seductora. Ella asiente, casi tímidamente, y sonrío con picardía—. Bien, porque voy a hacerlo de nuevo.

Agarrando sus piernas, tiro rápido, dejándola caer de espaldas en un movimiento veloz y ella suelta un gritito. Presiono un beso en su vientre y levanto la mirada para ver que me observa atentamente. —Sigue mirando, Bri. Mira cómo voy a lamerte y chuparte hasta darte múltiples orgasmos.

Mi boca se desliza entre sus exuberantes muslos y me pongo manos a la obra. No pasa mucho tiempo hasta que está retorciéndose y gritando mi nombre. Y me encanta.

De hecho, me encanta todo de mi noche con Gabriella. Esperaba que fuera mucho más experimentada de lo que es. Tal vez porque parece tan increíblemente competente cuando la veo en las

reuniones. La forma en que se sienta tan recta y aparenta ser tan regia, y las cosas inteligentes que salen de su boca. Pero empiezo a darme cuenta de que no es tan intrépida como aparenta. Esta noche depositó mucha confianza en mí al compartir un poco sobre su falta de experiencia y también cuando me pidió consejo sobre la empresa que le interesa adquirir.

Desafortunadamente, nuestro tiempo juntos pasa demasiado rápido. He usado dos preservativos más, ambos en perfecto estado a diferencia del cuestionable primero, y finalmente nos quedamos dormidos bien pasadas las tres de la madrugada. Mi cuerpo nunca ha estado tan saciado y su suave respiración me arrulla hasta dormirme.

La próxima vez que abro los ojos, me encuentro estirándome hacia sus suaves curvas, pero no siento nada. Solo las sábanas frías. Al girarme, veo que su lado de la cama está vacío y me incorporo, preguntándome si está en el baño o se ha ido. La idea de que se haya marchado sin despedirse me molesta. Mucho.

Sé que nunca nos prometimos nada y esperaba que esto fuera solo una aventura de una noche. Aun así, me levanto de la cama y voy a echar un vistazo al baño vacío. *Maldita sea.* Pasándome una mano por el pelo despeinado, agarro unos pantalones cortos, me los pongo y bajo corriendo las escaleras. Una rápida mirada por mi casa confirma el hecho de que Gabriella se ha ido.

No estoy seguro de qué esperaba, pero supongo que tenía la esperanza de al menos prepararle un café y quizás despedirme con un beso. El hecho de que se haya escabullido mientras yo seguía durmiendo no me sienta bien. Normalmente, sería un alivio. Lo último que querría es tener a una mujer pegajosa rondando por mi casa después de que hayamos concluido nuestro asunto.

Pero Gabriella es cualquier cosa menos típica o normal. La noche que pasamos juntos... Joder, fue alucinante. En serio, diferente a cualquier cosa que haya experimentado antes. Decir que estoy

decepcionado porque se escabulló es quedarse corto. De hecho, cuanto más lo pienso, más molesto me voy poniendo.

Estoy acostumbrado a ser quien toma las decisiones y da las órdenes, tanto dentro como fuera de la sala de juntas y del dormitorio. Pero ella se tomó la libertad de decidir lo que era mejor. Sí, vale, lo entiendo y quizás estoy siendo un poco hipócrita. Supongo que, si soy sincero, mis sentimientos están un poco heridos. Porque claramente no valía más que una noche de sexo.

Joder. Me siento utilizado.

Apretando los dientes, subo pisando fuerte las escaleras y me doy una ducha. Necesito enjuagarme cada último rastro del aroma de Gabriella. Mientras me enjabono, se me ocurre una idea. Un plan bastante diabólico, en realidad, que me mantendrá en la vida de Gabriella un poco más. Por supuesto, también la enfadará hasta el límite, así que es un riesgo atrevido por mi parte. Pero si hay algo que sé, es que vivo para arriesgarme y no hay nada que disfrute más que un buen desafío.

Y Gabriella Bianche es un desafío como ningún otro al que me haya enfrentado antes.

Para cuando cierro el agua, salgo y me seco, sé exactamente lo que tengo que hacer. Sacudiendo mi cabeza mojada, me pongo unos cómodos pantalones de chándal y bajo las escaleras. Después de preparar una humeante taza de espresso, camino hasta mi despacho con pasos decididos.

La brillante luz del sol entra a raudales por las grandes ventanas mientras me siento en mi escritorio, abro mi portátil y me preparo para hacer algunas investigaciones serias. Aunque Gabriella tuvo mucho cuidado de no mencionar el nombre de la empresa que le interesa comprar, puedo encontrar cualquier cosa si me esfuerzo. También tengo el asistente más competente del mundo y lo llamo primero.

—Buenos días, Marco —digo alegremente, tambaleando mis dedos sobre el escritorio. Aunque es domingo, Marco sabe que debe estar disponible todos los días y prácticamente a cualquier hora.

—Es un poco temprano —refunfuña.

—¿Lo es? —Finjo no darme cuenta—. Bueno, arriba y brilla. Tengo un trabajo para ti.

—Un segundo. —Puedo oírlo moviéndose y espero pacientemente—. Vale, ¿qué puedo hacer por ti? —pregunta, sonando un poco más alerta y como su habitual yo sin tonterías y dispuesto a ayudarme en todo.

—Hay una empresa en venta sobre la que quiero saberlo todo porque podría estar interesado en adquirirla. —¿Es un movimiento cabrón ir a espaldas de Gabriella, usar toda la información que me dio y adelantarme a ella? Claro. Pero soy un hombre de negocios ante todo y por lo que me contó, esta podría ser una oportunidad que no quiero dejar pasar. Si hay dinero que ganar, quiero saber más.

—¿Qué empresa? —pregunta Marco.

—No estoy seguro —admito.

—Lo siento, no te sigo —dice, sonando confundido—. ¿Cómo puedes comprar la empresa si no sabes...

—Tengo detalles —le interrumpo, cogiendo un bolígrafo. Mi mente recuerda todo cuando se trata de detalles, especialmente sobre un negocio. Y también cuando se trata de la forma en que Bri gemía y se retorcía mientras mi boca lamía y chupaba su dulce y virginal sexo.

Mierda. Sacudo la cabeza para aclararme y me concentro en anotar todas las cosas específicas que me dijo: la historia de la empresa, su trayectoria, finanzas, estadísticas. Mientras las anoto, las comparto con Marco. Tiene mucho con lo que trabajar y tengo absoluta fe en

que podrá averiguar de qué empresa se trata, esa que tanto le interesa a Gabriella.

Después de colgar con Marco, empiezo a buscar información sobre Gabriella y su empresa, la cual heredó de su padre, Gabana Holdings LLC. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que es una combinación ingeniosa de su nombre y el nombre de su madre. Me sumerjo en un pozo sin fondo, encontrando todos los jugosos detalles que estoy buscando: cómo su padre falleció de cáncer y ella, como hija única, heredó Gabana Holdings LLC. Es una sociedad de cartera o corporación paraguas, lo que simplemente significa que es una empresa matriz que compra y controla los intereses de propiedad de otras empresas. Curioso por saber cuántas filiales poseen, profundizo más.

Menos de dos horas después, sé tanto sobre Gabriella Bianche y Gabana Holdings LLC que parecería que la conozco desde hace años. Todavía estoy tomando notas cuando suena mi teléfono y veo el nombre de Marco parpadeando en la pantalla.

—¿Qué tienes para mí? —pregunto, yendo directo al grano.

—La empresa es Holloway Corp. —me informa sin preámbulos. Marco es directo y va al grano. No pierde el tiempo y esa es una de las cualidades que lo convierte en un activo tan valioso.

—¿Holloway Corp., eh? —Inmediatamente lo escribo en mi buscador y aparecen un montón de enlaces—. Vale, buen trabajo, Marco. Te llamaré luego.

Corto la llamada y me sumerjo profundamente en Holloway Corp. Después de hacer unos cálculos rápidos, no me lleva mucho tiempo llegar a la misma conclusión que Gabriella. Sería una jugada increíblemente inteligente comprar la empresa.

Sé que Gabriella la quiere —al menos está considerando comprarla— pero ahora yo también. Mi cerebro sabe que es una buena jugada y podría generar un flujo constante de ingresos una vez que se

aborden y resuelvan los problemas iniciales. Este es el tipo de cosas por las que vivo y alimenta mi ambición y deseo de ganar todo el dinero que pueda. Es importante para mí cuidar de mi familia y todas mis decisiones comerciales inteligentes han llenado las arcas de los Rossi. Diablos, están rebosantes y somos multimillonarios. Por supuesto, no puedo llevarme todo el mérito. Tenemos un viñedo muy exitoso en Sicilia y producimos algunos de los vinos más deliciosos del mercado. Vin recientemente asumió la dirección de las operaciones diarias en Rossi Vineyard con su esposa, Hannah, y el negocio nunca ha ido mejor gracias a su liderazgo.

Sí, nunca he sido de los que se alejan de un desafío o de un potencial beneficio. Soltando un largo suspiro, decido ir también tras Holloway Corp. Cogiendo mi teléfono, marco el número de teléfono privado y personal de Doug Holloway, cortesía de Marco, y me preparo para organizar una reunión con el actual director ejecutivo.

Aunque esto es un negocio como cualquier otro, una parte de mí se siente ligeramente mal. Casi como un traidor. Pero, ¿sabes qué? Tengo todo el derecho a hacer una oferta también. Tal vez Gabriella debería haber mantenido sus planes un poco más en secreto y no haberme confiado tanto como lo hizo. Eso es un gran error por su parte y sería un tonto si ignorara una potencial fuente de ingresos.

Después de concertar una reunión con Doug, me informa que hay otra parte interesada, y sonrío con suficiencia. Maldita sea, puedo ser un cabrón despiadado. ¿Qué puedo decir? Es la combinación de sangre mafiosa y multimillonaria que corre por mis venas. Quiero lo que quiero y nada, ni siquiera una tentadora con aroma a miel, puede disuadirme.

Además, todo vale en el amor y en los negocios. Y que gane el mejor, ya sea hombre o mujer.

5

GABRIELLA

Hoy es el gran día y nunca he estado más preparada para una reunión. He repasado todas mis notas más veces de las que puedo contar, hasta el más mínimo detalle, y estoy lista para deslumbrar a Doug Holloway con mi presentación.

Después de levantarme muy temprano, ducharme y aplicarme cuidadosamente un maquillaje ligero, me recojo mi espeso pelo oscuro en un moño sensato en la base de mi nuca. Mientras me pongo un elegante traje de diseñador, noto un moratón en mi cadera. Cortesía de Enzo Rossi y sus enormes manos.

Una pequeña emoción recorre mi cuerpo y no puedo evitar recordar nuestra noche juntos. Fue el encuentro sexual más increíble que he tenido jamás y le daré el mérito que se merece. Enzo es un amante generoso y experimentado que me tocó de una manera que ningún otro hombre lo había hecho antes. Me hace desear más. Pero sé que eso no es posible. Ninguno de los dos tiene tiempo para una relación. Tenemos imperios que dirigir.

Aunque, sin embargo...

La idea de una noche más con él resulta tremendamente atractiva. Apretando los labios, diciéndome a mí misma que lo olvide, alcanzo

mi frasco de perfume, una delicia sensual de miel, y me rocío. Involucrarme demasiado con Enzo es una mala decisión por varias razones. No puedo olvidar que nuestras familias también se odian. Eso es un impedimento bastante importante.

La idea de una aventura secreta es bastante tentadora, pero soy demasiado inteligente para eso. Lo último que quiero hacer es enamorarme de un hombre que no está disponible. Un corazón roto —el mío— no está en mi lista de cosas por hacer.

Me detengo frente al espejo y me aliso el pelo recogido con la mano. Después de aplicarme un poco de brillo de labios, me pongo los tacones y me siento lista para conquistar cualquier cosa.

Desafortunadamente, no tenía ni idea de que mi aventura de una noche estaba a punto de volver para atormentarme en forma de un imponente némesis.

El trayecto hasta Holloway Corp. tarda aproximadamente lo que esperaba, teniendo en cuenta que la oficina está en el centro de Manhattan. Después de dejar mi Hellcat con el aparcacoches, me detengo cuando veo un Jaguar azul medianoche muy familiar aparcado junto a la acera, cerca de la entrada principal. Me paro a medio paso, mis dedos se tensan alrededor de mi maletín y frunzo el ceño. *¿Es ese el coche de Enzo?*, me pregunto. No, no puede ser. ¿Qué estaría haciendo aquí? No tiene asuntos aquí. Aun así, una sensación ligeramente desagradable me llena el estómago. Apartándola a un lado, entro en el edificio, subo al ascensor y lo tomo directamente hasta la planta quince.

La empresa de Doug consta de unos diez empleados y la oficina en sí es pequeña, pero está en un buen edificio y zona. Es una empresa tecnológica, lo que es un terreno nuevo para mí, pero estoy realmente emocionada por expandir mis conocimientos y aprender más sobre cómo hacerla exitosa de nuevo. Como empresa holding, mi propósito principal es poseer acciones de otras compañías y poder compartir decisiones estratégicas, pero limitar las responsabilidades compartidas. En otras palabras, si una filial va

bien, me beneficio de los dividendos. Y, a la inversa, si les va mal o incluso se declaran en bancarrota, Gabana Holdings LLC no se ve afectada. Es una situación en la que todos ganan.

Cuando la puerta del ascensor se desliza para abrirse, levanto la barbilla, echo los hombros hacia atrás y me preparo para ganarme la aprobación de Doug y su empresa. Aunque últimamente ha estado un poco descuidada y su negocio no ha ido muy bien, puedo darle la vuelta a todo eso con algunas ideas realmente buenas que tengo. En este caso, mi empresa tendría el cien por cien de la filial, Holloway Corp. Normalmente, solo poseemos suficientes acciones para controlarla. Pero tengo un buen presentimiento sobre esta. La quiero toda. Y, hasta donde yo sé, soy la única preparada para hacer una oferta. Si él está listo para vender, yo estoy lista para comprar.

Mi confianza está en su punto más alto cuando entro en la pequeña oficina donde Doug está hablando con un hombre alto de pelo oscuro. Solo puedo ver la espalda del otro hombre, pero hay algo familiar en él. La amplia extensión de sus hombros bajo su chaqueta, las ligeras ondas de su espeso pelo castaño... y entonces se ríe.

Sí, reconocería esa risa profunda y ronca en cualquier parte. Cuando Enzo Rossi mira por encima de su hombro, se encuentra con mi mirada sorprendida y sonríe con suficiencia, yo empiezo a devolverle la sonrisa, preguntándome qué está haciendo aquí, pero aun así casi estúpidamente feliz de verlo.

Hasta que todo encaja. *Oh, no.* El inicio de mi sonrisa se desintegra cuando me doy cuenta de lo que está haciendo: está intentando robarme este acuerdo. Pero no, eso no puede ser cierto. No haría algo tan horrible y atroz. ¿O sí?

Mis ojos se entrecierran ligeramente mientras Doug nos presenta.

—Hola, Gabriella —dice Enzo, con ojos oscuros brillantes—. ¿Cómo estás?

—Oh, ¿vosotros dos os conocéis? —pregunta Doug.

—Vagamente —murmuro, sin querer admitirme a mí misma ni a nadie más que este hombre guapísimo tuvo su cabeza entre mis muslos y me dio más orgasmos de los que he tenido nunca en una noche. Los ojos de Enzo destellan con molestia ante mi respuesta, pero no me importa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo siento, no he tenido oportunidad de decírselo aún —interviene Doug—, pero el señor Rossi también está interesado en adquirir mi empresa.

Maldito traidor. Aprieto los dientes y mantengo la compostura aunque quiero lanzarle una mirada de puñales a Enzo. O, mejor aún, un puñal de verdad. Pero me mantengo tranquila y centro mi atención en Doug. Maldita sea, merezco un premio de la Academia por esta actuación.

—¿Es así? —Mantengo un tono neutral aunque estoy hirviendo por dentro. El impulso de gritar y lanzar cosas a la cabeza de Enzo es abrumador, pero lo ignoro. Si Doug no estuviera aquí ahora mismo, perdería los estribos. No creo que haya estado tan enfadada en toda mi vida.

—Así es —dice Enzo suavemente—. Es una buena oportunidad a la que no podía renunciar.

Oh, qué descaro. Si no fuera por mí, no tendría ni idea de la excelente oportunidad que realmente es. *Idiota*, me reprendo a mí misma. Nunca debería haberle hablado de la empresa ni pedirle su estúpido consejo. Todo lo que discutimos ahora está siendo usado en mi contra.

—Hmm. El señor Holloway aún no ha anunciado públicamente su intención de vender. ¿Puedo preguntar cómo te enteraste?

—Un pajarito me lo dijo. —Entonces tiene la audacia de guiñarme un ojo. ¡Jodido guiño! Quiero golpear su estúpido pecho con mis puños y luego colgarlo por su corbata de la lámpara más cercana.

—Qué suerte la tuya —digo fríamente—. Pero eso no cambia nada. Señor Holloway, estoy lista para comenzar nuestra reunión cuando usted lo esté. —Mi objetivo es adquirir la empresa de Doug y Enzo Rossi puede irse a la mierda.

—Sí, por favor, adelante. No quiero retrasarte, Doug.

Doug. Bueno, qué bonito que se acaban de conocer y ya están tratándose por el nombre de pila. Llevo semanas hablando con el señor Holloway y no me atrevería a llamarlo por su nombre a menos que me invitara a hacerlo.

—Gracias por pasarse, señor Rossi —dice Doug y se dan la mano—. Y recuerde ese consejo de golf que le di. Codo arriba.

—Codo arriba —repite Enzo, y ambos se ríen.

Mi piel se eriza y odio lo amistosos que ya son. Eso no es buen augurio para mí y se me hunde el corazón. *Maldito club de chicos.* Nunca seré parte de ello y el intercambio de secretos de golf podría ser lo único que Enzo use para vencerme y ganar.

Pero me niego a rendirme. Voy a tener que replantearme mi enfoque, hacerlo más personal. Pensando intensamente, sé que Doug perdió a su esposa el año pasado. Bingo. Esa es la ruta que voy a tener que tomar y, a cambio, hablar sobre mi padre. Además, perder a un ser querido es mucho más personal que un jodido partido de golf.

—Muy bien, señorita Bianche, ¿vamos? —pregunta Doug, señalando la pequeña sala de conferencias. Asiento y paso delante de Enzo. Nuestras miradas se encuentran y la mirada gélida que le envío debería congelarle las pelotas. Porque después de esta pequeña jugarreta, me doy cuenta de que tiene un par bien grande. No se atreve a dirigirme ni una palabra mientras entro en la otra sala con la cabeza bien alta.

Le odio, pienso. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Le dije lo importante que es este acuerdo para mí y luego fue a mis espaldas,

encantó a Holloway, y está tratando de robarme mi gran oportunidad de impresionar a mi familia.

Gilipollas. Apretando la mandíbula, me obligo a respirar profundamente y relajarme. Centrarme en mi presentación es clave ahora mismo. No puedo permitir que este pequeño contratiempo me desestabilice y arruine mi presentación. Más tarde, puedo preocuparme por Enzo.

Porque aquí está la cuestión: soy tan inteligente como ese hombre. Si cree que va a entrar aquí y robarme fácilmente esta empresa con un esfuerzo mínimo, entonces se llevará una gran sorpresa.

Después de abrir mi maletín y sacar dos presentaciones encuadernadas, me siento y junto las manos, tratando de no clavar mis uñas en mi piel. Mientras Doug y Enzo comparten algún otro comentario, probablemente un pequeño consejo sobre tener pene, cruzo las piernas e intento no removerme en mi asiento.

Estoy furiosa. Aunque sé que Enzo no me debe ninguna lealtad, mis estúpidos sentimientos están heridos. Después de confiarle información privilegiada y pasar una noche increíble juntos, me ha apuñalado por la espalda. Creo que lo que esto significa es que yo nunca le habría hecho eso a él. Si él hubiera depositado su confianza en mí, yo no la habría usado en su contra para mi propio beneficio.

Haciendo todo lo posible por mantener mi cara de póquer, levanto la mirada cuando Doug entra en la sala y se sienta frente a mí. Es hora de superar mi enfado y ganarme su aprobación. Pero antes de que pueda siquiera empezar, Doug habla.

—Lo siento por eso, señorita Bianche —dice, sonando muy sincero —. No tenía ni idea de que habría otra parte interesada, pero cuando el señor Rossi me llamó anoche y explicó cómo estaba interesado en mi empresa, tuve que escucharlo.

—Por supuesto —murmuro, haciendo lo mejor posible por mantener una cara impasible.

—Dijo que podía venir antes de mi reunión contigo y compartir sus planes. Y no voy a mentir. Me gusta él, me gustan sus planes para Holloway Corp., y estoy considerando seriamente aceptar su oferta.

Sus palabras son como un puñal en mi corazón. Pero él es un hombre de negocios y si Enzo quiere entrar y ofrecer más dinero, ¿cómo puedo culparlo? Aun así, me enfurece hasta el límite. Es hora de jugar duro.

—¿Puedo preguntar cuál es su oferta?

Mi confianza se desploma cuando comparte la generosa cantidad. Es más de lo que he ofrecido y, personalmente, no siento que Holloway Corp. realmente valga ese precio. Al menos no en su actual estado de desorden. Así que parece que Enzo ofreció más dinero a propósito para joderme.

Aun así, asiento y me doy cuenta de que esto se está convirtiendo en algo más que adquirir Holloway Corp. Esto es ahora un desafío del que no puedo retroceder porque si lo hago, pareceré débil. Y Enzo siempre pensará que es mejor y más inteligente como empresario.

Bueno, a la mierda con eso. Esto se ha vuelto personal y esta mujer de negocios va a sacar todas las armas para impresionar a Doug Holloway.

Dos horas más tarde, Doug y yo nos tratamos por nuestros nombres de pila y ahora somos nosotros los que reímos como viejos amigos. Nos hemos compadecido juntos sobre lo terrible que es perder a alguien que amas y la mejor manera de seguir adelante. Él está compartiendo recetas familiares conmigo y yo le estoy diciendo dónde están los mejores mercados agrícolas de la ciudad. Mi confianza está de nuevo por las nubes y me siento muy bien con nuestra reunión. Conectar a nivel personal es importante y quiero que sepa que puede confiar en mí con su empresa.

Después de una de las mejores reuniones que he tenido jamás, me acompaña hasta el ascensor y me estrecha la mano. —He disfrutado conociéndote mejor, Gabriella —me dice—. Me gustan todas tus ideas y creo que eres una buena chica. Pero voy a ser franco y transparente. También me gusta Enzo y su plan.

Lucho por no mostrar mis emociones y simplemente fuerzo un asentimiento.

—Necesito tiempo para pensar en ambas ofertas —dice—. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto. Y agradezco tu transparencia. —De alguna manera, si tuviera un pene, siento que tendría más posibilidades. Después de agradecer a Doug su tiempo, entro en el ascensor y tengo la horrible sensación de que Enzo me está desplazando. Con cada piso que pasa, me enfado más. Y cuando la puerta finalmente se desliza para abrirse, estoy absolutamente furiosa otra vez.

He trabajado demasiado duro en este acuerdo para que me lo arrebaten en el último segundo por algún idiota. Enzo no necesita Holloway Corp. Yo sí. Esta es la manera en la que voy a demostrar a mi familia, de una vez por todas, que soy una fuerza con la que hay que contar y que deberían tomarme en serio. *No soy una broma*, pienso, sintiendo una extraña sensación ardiente detrás de mis ojos.

Lágrimas. Dios, no recuerdo la última vez que lloré. Han pasado años. Me detengo, aspiro una respiración profunda y tranquilizadora y dejo que la furia se asiente y que el brillo sobre mis ojos se seque. Aunque quiero mantenerme firme y esperar que Doug tome la decisión correcta y me elija a mí, no estoy tan segura de que eso vaya a suceder. La duda me inunda, gracias a ese traidor.

Una vez que estoy de vuelta en mi coche, doy golpecitos con un dedo irritado en el volante, luego enciendo el coche y siseo: —A la mierda.

Voy a ir a enfrentarme al enemigo. Enzo no tiene ni idea de que acaba de declararme la guerra y juro que le venceré en su propio juego.

6

ENZO

Después de salir del despacho de Doug Holloway, doy propina al aparcacoches por vigilar mi coche, me monto y reflexiono sobre lo que he hecho. ¿Ha sido una jugada sucia? Claro. Pero así es el juego. Si Gabriella quiere jugar con los peces gordos, debe darse cuenta de que no siempre ganará. Es una lección que todos debemos aprender. Incluso yo lo hice. Forma parte del territorio. Lo siento, pero no lo siento.

Al encender el coche, todavía huelo su delicioso aroma a miel. Me invade un sentimiento de culpa poco característico en mí, pero rápidamente lo reprimo. Me niego a sentirme mal por aprovechar una buena oportunidad y querer la posibilidad de ganar más dinero. Ella está haciendo exactamente lo mismo.

Cuando entró en Holloway Corp. y me vio, sus ojos color caramelo se iluminaron y empezó a sonreír, como si realmente se alegrara de verme. Pero entonces una sombra cruzó por su hermoso rostro y se cerró rápidamente al darse cuenta de por qué estaba yo allí.

—Tenías todo el derecho de llamar a Holloway y concertar esa reunión —digo entre dientes, girando en la esquina y dirigiéndome hacia Hudson Yards. Paso el resto del trayecto a casa intentando

convencerme de que no hice nada malo. Pero sé en el fondo que no es exactamente cierto. Gabriella confió en mí y me aproveché por completo.

Maldita sea. No es momento de desarrollar una conciencia. Necesito asumir la responsabilidad de mi decisión y aceptar que sus sentimientos van a resultar heridos. Especialmente después de que Doug me venda Holloway Corp. Porque seamos sinceros, Gabriella no tiene ninguna posibilidad de ganarme. Ella es demasiado nueva en el juego y yo ya soy demasiado bueno en él.

Pero, ¿qué importa? Lo nuestro se acabó. Fue un rollo de una noche y nada más. No es como si estuviéramos en una relación o ella fuera mi novia o, Dios no lo quiera, estuviéramos enamorados o algo así de loco. Se marchó después de una gran noche de sexo. ¿Sigo un poco molesto porque salió corriendo como una ladrona en la noche sin siquiera despedirse? Sí. Pero, qué más da. Así es la vida.

Aunque fue más que una gran noche. Fue jodidamente épica en todos los sentidos y solo pensar en lo que pasó entre nosotros hace que se me ponga dura. Una parte de mí esperaba que quizás pudiéramos tener una repetición antes de que se fuera. Pero si hubiera querido prolongar nuestro encuentro, nunca habría huido de mí. ¿Verdad? A menos que entrara en pánico y se asustara.

Mierda. ¿Había posibilidad de un segundo asalto? *Bueno, ya no*, me digo a mí mismo. Al ir a sus espaldas por la empresa de Doug, prácticamente sellé mi destino. Futuras noches con Gabriella no van a suceder. Esa mirada en sus preciosos ojos color caramelo me dice todo lo que necesito saber: me odia con toda su alma.

No me permito tener remordimientos, pero estoy empezando a preguntarme si no debería haberme entrometido y, en cambio, haberle permitido hacer lo suyo. Pero eso no es quien soy ni cómo me he vuelto tan exitoso. Me encanta un buen desafío y Gabriella prácticamente me lanzó el guante a los pies.

Una vez que llego a casa, me quito la chaqueta del traje, arrojo la corbata y me desabrocho la camisa. Tal vez debería salir a correr y librarme de esta molestia en la parte posterior de mi cabeza que no parece desaparecer. Esa molesta vocecita que sigue llamándome traidor.

La verdad es que no tengo ninguna lealtad hacia Gabriella o su problemática familia. El hecho de que hayamos tenido sexo no significa que le deba nada. Ambos somos adultos que consentimos y disfrutamos a fondo. Fin de la historia.

O eso sigo intentando decirme a mí mismo.

Maldiciendo entre dientes, me quito el resto de la ropa, me pongo una camiseta, unos pantalones cortos y unas zapatillas de correr y salgo a descargar algo de mi estrés. Después de una larga carrera por Hudson Yards, debería sentirme mejor.

Más de dos horas después, no me siento mejor. Pasé parte del tiempo sentado en el muelle, reflexionando sobre mis pensamientos, y el resto del tiempo corriendo como un maníaco. Cuando regreso a casa, soy un desastre sudoroso y jadeante. Y sigo tan confundido como siempre sobre lo que he hecho. Agarrando una botella de agua de la nevera, me la bebo de un trago. Luego arrugo la botella de plástico, la tiro a la papelera y me quito la camiseta empapada de sudor. Mientras me la paso por la frente, alguien empieza a golpear con fuerza mi puerta.

Sin esperar a nadie, atravieso el almacén a grandes zancadas y abro la puerta de golpe. Me sorprendo al ver a Gabriella allí de pie. Y vaya si parece enfadada. Sus ojos se ensanchan y recorren mi pecho desnudo. No puedo evitar esbozar una sonrisa de suficiencia.

—¿A qué debo este placer? —pregunto, apoyando un hombro contra el marco de la puerta, ridículamente complacido de verla.

—Eres un auténtico cabrón de primera —anuncia, lanzándome una mirada mortal y cruzando los brazos, lo que solo consigue elevar sus

pechos perfectos, captando mi atención—. Aquí arriba, señor Rossi.

El tono cortante de su voz me excita y lentamente arrastro mi mirada hacia arriba, recordando lo deliciosos que sabían esos montículos de carne. Encuentro su mirada y mi sonrisa de suficiencia se convierte en una amplia sonrisa porque ella es puro fuego y azufre. Y es sexy como el infierno. Me encanta cómo sus ojos marrones destellan y cómo toma su dedo índice y me señala como si necesitara recalcar aún más su punto. Sin embargo, no me toca, y me siento un poco decepcionado por eso. Aunque si me pinchara con esa larga uña suya, probablemente lo haría con la suficiente fuerza como para romper la piel. O, al menos, dejar una marca decente. Justo como las que dejó en mi espalda.

Me muevo, sintiendo mis pantalones cortos cada vez más incómodamente ajustados, y cruzo los brazos. —Pareces disgustada —comento, manteniendo mi tono ligero y despreocupado. Lo que, por supuesto, solo la enfurece más.

Ella resopla. —Disgustada ni siquiera empieza a definirlo.

—¿Por qué no entras y podemos discutir... —Pero ella ya está pasando a mi lado, con sus tacones resonando furiosamente en el suelo. Cuando gira para mirarme, es absolutamente glorioso. Parece toda desquiciada como una especie de ángel vengador.

—¡No tenías derecho a ir a mis espaldas y hacer eso! Te hablé en confidencia y te pedí consejo, confiando en que no lo usarías contra mí.

—No recuerdo haber firmado un acuerdo de confidencialidad —digo con tono arrastrado. Por supuesto, eso la enfada aún más.

Sus ojos se estrechan y sus pequeñas manos se aprietan en puños tensos y diminutos. —Esta pequeña jugarreta me dice todo lo que necesito saber sobre ti —sisea—. Y, claramente, no se puede confiar en ti.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunto, poniéndome molesto y alterado al mismo tiempo. ¿Por qué es todo culpa mía? ¿Y por qué me atrae tanto esta belleza? —Si mal no recuerdo, tú fuiste quien me invitó a salir y quería mi consejo experto. Así que te lo di.

Ninguno de nosotros pasa por alto el doble sentido. Porque, sí, se lo di bien, toda la noche. Gabriella sacude la cabeza y exhala un suspiro.

—Confié en ti —repite.

—Primer error, Bri. No confías en nadie en el mundo de los negocios. Acabarás decepcionada. Probablemente también en bancarrota.

—No me llames así —espeta—. Has perdido ese privilegio, *señor* Rossi.

—¿Por qué te fuiste corriendo? —pregunto bruscamente, incapaz de evitar que la pregunta salga de mi boca, queriendo llegar al meollo del asunto. Porque me ha estado molestando más de lo que me gustaría admitir. En realidad, me está volviendo jodidamente loco. Normalmente, tengo que empujar a las mujeres y echarlas. Supongo que mi ego está herido. Y mis estúpidos sentimientos están heridos, pero nunca se lo diría a ella.

Su ceño se arruga confundido. —¿Qué?

No estoy seguro de por qué mi pregunta la desconcierta tanto.

Acercándome más, mantengo su mirada y pregunto de nuevo. —¿Por qué te fuiste corriendo la otra mañana sin siquiera un adiós o, diablos, ni siquiera una nota?

—Pensé que ambos teníamos claro que lo que pasó entre nosotros... —Agita su mano de un lado a otro—. ...fue un rollo de una noche.

—Lo fue —digo entre dientes apretados.

—Entonces, ¿por qué me quedaría? No es como si esperara que me prepararas un desayuno de despedida y luego me llevaras a casa. —

Inclina la cabeza, estudiándome de cerca, con expresión indescifrable—. ¿Invitas a todos tus rollos de una noche a quedarse la mañana siguiente?

—No. —Mi voz es un gruñido bajo y entiendo lo que está diciendo. No hay razón por la que debería estar enfadado por lo que hizo. De hecho, debería sentirme aliviado.

—Entonces, ¿cuál es tu problema?

Antes de que pueda descubrir la verdad, la descarto y cambio de tema. —¿Cómo fue tu reunión con Holloway?

Su boca se curva hacia arriba. —Excelente. Espero que tu ego sobreinflado esté listo para perder Holloway Corp. frente a mí.

Inclino la cabeza hacia atrás y me río. Vaya, es maravillosa. Acercándome más, extiendo la mano y levanto su barbilla. —No contengas la respiración, Bri.

Ella se aparta y me mira con enfado. —Te he dicho que no me llames así y que no me toques.

—Pero disfruto tocándote. Y, si no recuerdo mal, a ti también te gusta.

—No es así.

—Mentirosa. —Cuando doy un paso más cerca, ella retrocede. Seguimos así hasta que la parte posterior de sus piernas choca con la mesa de café y queda momentáneamente atrapada.

—No estoy mintiendo. No podría odiarte más —silba.

—Estoy hablando de la otra noche —digo, mi voz bajando y volviéndose ronca—. Cuando mi cabeza estaba entre tus piernas y mi lengua estaba...

—¡Para! —Me empuja al pasar y sacude la cabeza con tanta fuerza que veo varios mechones soltarse de su moño. Cuando vuelve a girar, no puedo evitar estar completamente cautivado por su

ferocidad y belleza. No hay duda. Gabriella Bianche, aunque es un dolor de cabeza, es única en un millón.

De hecho, me atrae tanto que estoy a un paso de agarrarla, tirar de ella hacia mis brazos y besarla hasta dejarla sin sentido. Excepto que tengo la sensación de que no lo apreciaría y probablemente terminaría siendo abofeteado. Pero sería bien merecido y probablemente valdría la pena. Todo lo que quiero hacer es retomar donde lo dejamos, pero está bastante enfadada. Aun así, hago lo que mejor sé hacer y presiono las cosas.

—¿Puedo preguntarte algo? —Su respuesta es una mirada que solo puede describirse como deseándome la muerte inmediata—. ¿Disfrutaste de nuestra noche juntos?

Un músculo se tensa en su mejilla.

—Quizás me equivoco, y por favor corrígeme si estoy equivocado, pero cuando gritabas mi nombre, tenía la impresión de que te lo estabas pasando bastante bien.

—Eres un idiota. ¿Por qué sigues hablando de eso? Esto no se trata de eso. Te conté algo en confidencia y luego fuiste a mis espaldas y me robaste la idea. No me digas que no estarías enfadado si yo te hubiera hecho lo mismo.

—Eso son negocios, cariño. Bienvenida a las grandes ligas. —Sé que suena insensible, pero es la verdad.

—Vaya. Eres un cabrón aún más grande de lo que pensaba.

—¿Por qué? ¿Porque estoy haciendo mi trabajo?

—¡Porque fuiste a mis espaldas y estás intentando robarme mi acuerdo!

—Si quieres tanto Holloway Corp., tendrás que ganarme en buena lid. Yo también puedo reconocer un buen negocio, ¿sabes?

—¡Nunca lo habrías sabido si no fuera por mí!

Me encojo de hombros. —¿Cuál es tu punto? ¿Quieres que te dé las gracias? ¿Que me retire y te entregue la venta? Olvídalo. No es así como funcionan las cosas. Soy un hombre de negocios, ante todo. Sería un tonto si no intentara hacerme con esto.

—Definitivamente eres un tonto —afirma con voz muy afable, y yo pongo los ojos en blanco—. Y nunca respondiste a mi pregunta. Si nuestros papeles se invirtieran y yo te hiciera esto a ti, ¿estarías enfadado? ¿Qué harías?

Me tomo un minuto para reflexionar sobre lo que haría si las cosas fueran al revés. La verdad es que me volvería absolutamente despiadado si alguien fuera tras la empresa en la que tenía puestos mis ojos. —Te aplastaría —digo simplemente.

Sus ojos se ensanchan un poco y luego asiente lentamente. —Bueno, entonces supongo que eso es lo que voy a hacer.

—¿Lo llevas dentro? ¿Esa clase de despiadada crueldad? —pregunto, escrutando su rostro ardiente. Es tan condenadamente hermosa que casi duele.

Gabriella se acerca contoneándose y posa su mano sobre mi pecho desnudo. —Creo que estás olvidando quién soy... quién es mi familia y de qué somos capaces —murmura, con voz apenas un susurro. Luego me retuerce el pezón con fuerza y me arranca unos cuantos pelos para rematar. Me estremezco, viéndola girar y alejarse.

Maldita sea, es increíble.

Mi atención baja hasta su respingón trasero y estoy prácticamente babeando. Gabriella agarra el pomo de la puerta, hace una pausa y mira por encima de su hombro. —Prepárate para caer, Rossi.

—Cuando quieras, nena —respondo, frotándome el dolorido pezón.

Me lanza una mirada desafiante y luego sale, dando un portazo tras ella. Mientras una parte de mí contempla el asesinato, otra parte

piensa que podría estar enamorándome de esa fierecilla. Y no estoy seguro de qué es peor.

7

GABRIELLE

Creo que nunca he estado tan furiosa en toda mi vida. Pero en cuanto entro en el ascensor y la puerta se desliza hasta cerrarse, me desplomo contra la pared y suelto un suspiro de alivio. Enfrentarme a Enzo Rossi ha sido algo difícil. Es duro y sabía que me alteraría —de más de una manera. Odio admitir que todavía me atrae ese hombre, pero, desafortunadamente, a mis partes bajas no les importa que esté intentando joderme. De hecho, quieren que me joda. Solo que de una manera diferente.

Uf. Lo odio. De verdad que no soporto a ese imbécil. Al mismo tiempo, quiero envolverme a su alrededor como un pulpo. Estoy tan confundida y no tengo experiencia con este tipo de cosas. ¿Cómo desconecto mis ovarios?

Supongo que solo hay una persona que puede ayudarme a aclarar este lío y esa es mi buena amiga, Lili. Lilith Barnswell es una devoradora de hombres, una socialité y tiene más experiencia con hombres en su dedo meñique que yo a lo largo de veintiocho años.

Busco su número y pulso llamar. Vale, es un poco cotilla y, desafortunadamente, está saliendo con mi inútil primo, Romeo, pero

si alguien puede ayudarme a navegar por lo que estoy sintiendo, definitivamente es ella.

—¡Hola, Gabs! ¿Qué demonios pasa, desaparecida? —dice a modo de saludo.

—¡Hola, Lili! Lo sé, siento no haberte llamado últimamente. He estado increíblemente ocupada con el trabajo.

—¿Qué hay de nuevo? Te juro que si no sales más, te vas a despertar sola y con cincuenta años.

Dudo un momento y me muerdo el labio inferior. —En realidad, te llamo porque he conocido a alguien.

—*¿Qué?* —Su voz es tan aguda de emoción que hago una mueca. —¡Dios mío, necesito todos los detalles. ¡Ya!

—¿Puedes quedar para tomar algo en Marie's?

—¡Amiga, puedo quedar contigo en la luna! No puedo esperar a oír la primicia.

Veinte minutos después, estoy sentada en un reservado tranquilo en un rincón del moderno Marie's con Lili. Acabamos de pedir nuestras bebidas y ella comienza a acribillarme con preguntas instantáneamente. Mi cabeza da vueltas con todas sus preguntas y me río, levantando la mano.

—¡Eh, más despacio! Una pregunta a la vez.

—¿Quién es ese unicornio que ha captado tu atención?

—Es Enzo Rossi —digo. No estoy segura de si se conocen, pero estoy casi segura de que se han cruzado alguna vez.

—¿El de las Cinco Familias Rossi?

Asiento. —Ahí fue donde me fijé en él por primera vez. En nuestras reuniones.

—Joder. Un príncipe y una princesa de la mafia. Es como un cuento de hadas oscuro.

—Intento mantenerme alejada de la oscuridad. Ya lo sabes. —Y, realmente lo hago. Durante nuestras reuniones, hablamos sobre nuestros negocios, territorios y cómo podemos beneficiarnos mutuamente trabajando juntos. Las Cinco Familias es un grupo moderno y civilizado. O, al menos, me gustaría pensarlo. ¿Todavía hay oscuridad? ¿Enemigos que desaparecen misteriosamente? Sí, pero no me gusta esa parte y ciertamente me niego a involucrarme en nada ilegal.

—Puedes intentarlo, pero nunca escaparás por completo. Es simplemente un hecho.

—De todos modos —digo, cambiando el tema de vuelta a mi problema urgente—, Enzo va a ser mi muerte. Después de nuestra reunión el fin de semana pasado, le pedí tomar algo porque quería algunos consejos de negocios. Conectamos. Dios, Lili, no creo que jamás me haya sentido tan atraída por un hombre como me pasa con Enzo.

—Eso es genial.

—¡No, no lo es! —exclamo cuando la camarera regresa con nuestros martinis. Cojo el mío y doy un largo sorbo, necesitando el alcohol para calmar mis nervios alterados.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, frunciendo el ceño confundida.

—Me jodió y ahora lo odio.

—¿No te llamó después de acostaros?

—No... sí... quiero decir... —Niego con la cabeza y me inclino más cerca, con los codos apoyados en la mesa, las manos rodeando mi copa y bajo la voz—. En primer lugar, sí, nos acostamos.

—¿Y? —Mueve sus cejas perfectamente depiladas.

—Me voló la cabeza. De todas las formas posibles —admito.

—Genial. ¿Entonces cuál es el problema?

—El problema es que confié en él y le hablé sobre una empresa que quiero comprar. Fue a mis espaldas, engatusó al propietario y se posicionó como candidato. Ha jodido completamente y a propósito mi acuerdo.

—¿No suele haber múltiples interesados en comprar una empresa? —pregunta inocentemente, sacando la rodaja de limón de su bebida y chupándola.

Frunzo el ceño, haciendo una mueca porque sé lo ácido que debe saber eso. Pero a Lili le encanta. —A veces, pero ese no es el punto.

—Ajá. —Deja la cáscara a un lado, levanta su bebida y da un sorbo, observándome por encima del borde.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto, inclinando la cabeza. Más le vale estar de mi lado o me voy a enfadar.

—Bueno, a mí me parece que no querías ninguna competencia. Que querías jugar con tus reglas. Pero Enzo apareció y cambió todo eso, desafiándote a ajustar tu plan para ganar esta empresa. ¿Es un contratiempo? Seguro. Pero uno menor. Eres una mujer de negocios brillante, Gabs. Solo ve esto como otro desafío a superar y piensa en lo dulce que será cuando venzas a uno de los tiburones más grandes de Nueva York.

Mmm. Supongo que tiene razón. Ganar Holloway Corp. y vencer a Enzo limpiamente —porque tuve una mejor presentación— se sentiría absolutamente increíble.

—Sé que puedes hacerlo —continúa—. Pero, si lo haces, ¿las cosas se acabarían entre vosotros dos?

—Ya se han acabado —digo con un bufido—. Solo fue un rollo de una noche, Lili. Nada más.

—¿De verdad?

Me está estudiando intensamente. —¿Qué? —exijo.

—Bueno, si solo fue una noche, ¿por qué pareces tan molesta de que fuera a tus espaldas? Una noche de sexo no significa que te deba lealtad, ¿verdad? Tú fuiste quien confió en él. Quiero decir, no es como si le hubieras hecho firmar un acuerdo de confidencialidad.

—¡Dios mío, suenas exactamente como él! —No estoy segura de si eso significa que ella y Enzo tienen razón y yo estoy equivocada. O si mi amiga está tomando su lado en lugar del mío. De cualquier manera, me estoy irritando.

—Hablando desde la experiencia —muchísima experiencia— un rollo de una noche no significa nada. Por eso es solo una noche de tu vida. Tenías un picor, él te lo rascó. Fin de la historia. Nadie le debe nada a nadie. Esa es la belleza del asunto.

Maldita sea, sé que tiene razón, pero me niego a admitirlo.

Cuando no comento nada, Lili continúa: —Creo que el problema es que tú quieres más que solo una noche.

—¡No! ¡Eso no es cierto!

Arquea una ceja. —No hace falta ponerse tan a la defensiva.

—No lo estoy —digo obstinadamente.

—Solo me baso en lo que has dicho. Y me dijiste, y cito: "Nunca me he sentido tan atraída por un hombre". ¿Verdad?

Suelto un largo suspiro, sin querer admitir la verdad ante ella. Pero, quizás necesito admitírmelo a mí misma. Me he sentido un poco sola últimamente. Enzo captó mi interés, me dio múltiples orgasmos y ahora no puedo dejar de pensar en él. Es como si esa noche tan alucinante se hubiera grabado en mi mente.

—Creo que estaba enfadado porque me escapé por la mañana —digo en voz baja.

—La mayoría de los hombres no pueden echar a una chica lo suficientemente rápido una vez que consiguen lo que quieren. Así que eso dice mucho. ¿Por qué crees que estaba enfadado? ¿Dijo algo?

—Me preguntó por qué me fui sin despedirme o dejar una nota.

—¿En serio? —Alarga la palabra, con los ojos brillantes—. Qué interesante.

—¿Qué es interesante? —pregunto.

—Que eso no es un comportamiento coherente con un hombre que solo quiere sexo. Eso suena como un hombre que quiere volver a verte.

Bufo. —Le volví a ver y casi le doy un puñetazo en la cara.

—Ooh, vosotros dos parecéis ardientes. Cuéntame sobre el sexo. Debe haber sido súper caliente para tenerte tan alterada.

Pongo los ojos en blanco, tratando de actuar con indiferencia, pero puedo sentir que mis mejillas se calientan.

—Fue... —Trago saliva con dificultad y decido ser honesta—. El mejor que he tenido jamás.

—¡Sí! —Exclama, levantando un puño al aire—. ¡Lo sabía! Necesitabas un buen revolcón y me encanta que te haya volado la cabeza.

—Bueno, no estoy precisamente encantada con ello. Quiero decir, lo estaba esa noche, pero ¿ahora? No tanto.

—Esto podría funcionar —murmura pensativa, pero niego con la cabeza.

—No, imposible. Uno de nosotros va a ganar Holloway Corp. y el otro va a perder. No hay manera de que uno de nosotros no acabe amargado por ello.

—Bueno, si él puede superar su orgullo cuando *tú* ganes, todo debería estar bien. Aunque necesitará una buena noche de cariño después de perder contra ti. —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Estamos hablando de Enzo Rossi. No está acostumbrado a perder.

—¿Has pensado en retirarte?

—¡Absolutamente no! No hay manera de que me retire de un acuerdo en el que llevo trabajando durante meses.

—Vale, eso es justo. —Termina su bebida y me da una mirada triste —. Bueno, parece que ambos estáis decididos y, como has dicho, solo puede haber un ganador. No sé, Gabs, si ninguno de los dos puede dejar su ego a un lado, no veo cómo podríais tener un futuro juntos.

—No quiero un futuro con él —digo obstinadamente. Vale, quizás eso es una pequeña mentira piadosa. Oh, diablos, no lo sé. Estoy tan confundida y esta conversación no me ha ayudado en absoluto. Necesitaba algo de claridad y no he obtenido nada. *Muchas gracias, Lili.*

—Si tú lo dices.

No me cree y, para ser honesta, no estoy segura de creerme a mí misma tampoco. Dios, esto apesta. —Por fin conozco a un hombre que capta mi atención... y tiene que ser Enzo-maldito-Rossi. —Gimo y hundo la cara entre las manos.

—Solo tómatelo con calma y mira qué pasa. ¿Quién sabe?

—Ese no es un consejo muy bueno —me lamento, mirándola entre mis dedos.

—Lo siento, Gabs. Pero, dadas las circunstancias, es lo mejor que puedo hacer.

Con un gemido, bajo las manos. No tengo ganas de otra copa, así que después de despedirme y prometer mantenerla informada,

conduzco a casa. Mi apartamento normalmente se siente acogedor, pero ahora se siente triste, silencioso y solitario. Mi mente está por todas partes y, por primera vez que yo recuerde, no me apetece trabajar. Así que, en su lugar, me quito el traje, me pongo un pijama cómodo y me dejo caer en el sofá. No tengo ganas de ser productiva, así que busco una serie de la que he oído cosas buenas y me pongo a verla sin prestar mucha atención en una plataforma de streaming.

Tres episodios y medio más tarde, solo estoy viendo a medias cuando suena mi teléfono y veo que es Doug Holloway. Me incorporo de un salto, cojo mi teléfono, me aclaro la garganta y contesto: —Señor Holloway, ¿cómo está?

—Ya lo sabes, llámame Doug, Gabriella.

—Hola, Doug —corrijo, acurrucando mis piernas debajo de mí. Debe haber tomado una decisión y mi pulso está latiendo en mi garganta. La anticipación me está matando.

—Me gustaría reunirme contigo por la mañana. ¿Te viene bien con tu agenda?

—Me viene perfecto.

—Genial. Digamos a las nueve en punto.

—De acuerdo, nos vemos entonces.

Y eso es todo. Cuelgo y frunzo el ceño. Deben ser buenas noticias si quiere reunirse conmigo en persona, ¿verdad? Si hubiera elegido a Enzo, ciertamente no me invitaría a su oficina. Pero, si me eligió a mí, entonces tendríamos papeles que firmar y mucho que revisar.

Me pregunto por qué no lo ha hecho oficial, sin embargo, y simplemente me lo dice ahora. ¿A menos que todavía esté decidiendo? No, debe haberme elegido a mí. Pobre Enzo. Está a punto de recibir una lección de primera mano sobre lo que se siente al perder.

Perder contra mí.

Una parte de mí quiere bailar por toda la habitación y luego llamarle para decirle algo presuntuoso. La otra parte quiere envolverlo en mis brazos, besarle la frente y decirle que todo estará bien.

Mañana será definitivamente interesante.

8

ENZO

Después de que Gabriella se marchara de mi piso, necesitaba salir a tomar aire. Me tenía completamente excitado por lo alterada que se había puesto. Una pequeña parte de mí se pregunta si debería alejarme de este acuerdo con Holloway y dejar que ella lo consiga. Pero no hay diversión en eso, así que decido no hacerlo.

Tras un largo paseo por el muelle, meto las manos en los bolsillos y regreso a mi piso. No me siento realmente mejor y no estoy seguro de qué puedo hacer al respecto. Cuando llego a mi edificio, inmediatamente noto un coche aparcado junto a la acera y dos hombres merodeando frente a mi puerta. Al acercarme, reconozco a Tommaso y Romeo Bianche, los primos de Gabriella. *¿Qué demonios querrán?*, me pregunto.

—Rossi —prácticamente gruñe Tommaso, colocándose delante de la puerta, bloqueándola—. Tienes que alejarte de una puta vez.

—¿Perdona? —No sé de qué demonios está hablando y no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Y, especialmente, no me gusta que me amenace este capullo.

—Ya me has oído. Mantente alejado de nuestra prima.

¿Gabriella? ¿Cómo sabría él sobre Gabriella y yo? ¿Y está hablando de cómo me entrometí y eché a perder su negocio? No hay forma de que pudiera saber que nos acostamos. —No sé de qué estás hablando —replico, con los puños cerrados a los costados.

—Mantén tus sucias manos lejos de ella —espeta Romeo—. No eres lo suficientemente bueno para estar en la cama de una mujer Bianche.

Durante un momento de asombro, intento procesar cómo estos dos idiotas saben que Bri y yo nos acostamos. ¿Por qué se lo habría contado?

—Creo que Gabriella tiene edad suficiente para tomar sus propias decisiones —digo con frialdad—. Especialmente cuando se trata de su vida sexual.

—Eres escoria, Rossi.

Antes de que pueda decir una palabra más, ambos hombres avanzan hacia mí. Sus intenciones son claras y me preparo para defenderme. Dos contra uno es una mierda, sin embargo, y mientras Tommaso se lanza contra mí, Romeo se escabulle por detrás y me agarra de los brazos. Tommaso logra darme un par de puñetazos, uno en la cara y otro en el estómago, y necesito liberarme antes de que consiga romperme la maldita nariz. Sus golpes son salvajes, fuertes y fuera de control. Tan impredecibles como el hombre que los propina.

Usando el agarre de Romeo como palanca, levanto las piernas y golpeo con los pies el pecho de Tommaso, enviándolo hacia atrás. Luego clavo un codazo en el costado de Romeo y él gruñe mientras intento retorcerme y quitármelo de encima. Finalmente liberándome de su agarre, giro, levanto mis puños cerrados y me preparo para otro ataque.

Vienen hacia mí con fuerza y rapidez, con los puños volando. Nunca me he considerado un gran luchador, pero sí sé defenderme. Mi padre se aseguró de que todos sus hijos pudieran dar un puñetazo

adecuado. Incluso nuestra hermana pequeña conoce algunos movimientos básicos de autodefensa. Aparte de una pelea en la que me metí cuando tenía quince años, nunca he tenido que golpear a otro hombre. Soy el hermano sofisticado, el que viste traje. Miceli es un poco más rudo y ha estado en más peleas. Vin, bueno, no realmente. Él es más un pacificador. Y Angelo probablemente huiría antes de meterse en un altercado físico porque no querría que su bonita cara se estropeara.

Así que aquí estoy, con treinta años y peleando en medio de la acera como una especie de matón. Es ridículo y estar en desventaja numérica no es agradable. Sin embargo, rápidamente descubro que ninguno de estos dos idiotas tiene mucha elegancia o habilidades reales de lucha y logro superarlos varias veces.

Acabo de golpear a Tommaso en la cara y Romeo está tirado en el suelo cuando escucho un clic. Tommaso acaba de abrir una navaja y la luz del sol se refleja en la mortífera hoja plateada.

—¡Vamos! ¡Venga! —grita Tommaso.

Romeo se levanta y ambos se acercan lentamente, acorralándome. *Mierda.* Estoy tratando de encontrar la mejor manera de manejar la situación y evitar que me corten cuando ruge un motor y veo a mi hermano menor detenerse junto a la acera. Angelo sale de su lujoso Porsche y sube a la acera, cruzando los brazos.

—¿Interrumpo algo? —pregunta, moviendo sus ojos oscuros de mí a los primos Bianche.

Tommaso cierra su navaja y la guarda. —Creo que hemos terminado aquí. Dile a tu hermano que se mantenga alejado de Gabriella.

Romeo asiente en señal de acuerdo y caminan hacia su coche y se meten dentro.

—¿De qué demonios iba todo esto? —pregunta Angelo en voz baja —. ¿Estás bien?

—Sí, vamos dentro. —Me giro y abro la puerta, y subimos las escaleras hasta mi piso. Después de desbloquear mi puerta, le indico que entre—. Gracias por aparecer cuando lo hiciste.

—Siempre he tenido un timing excelente —me dice Angelo con una sonrisa deslumbrante. Es tan carismático y puedo ver por qué todas las mujeres se tropiezan unas con otras para estar con él. Lástima para ellas que a él no le importe tanto y que nunca se haya tropezado por nadie. Al menos, no todavía.

—Sí, bueno, eso podría haber acabado mal.

—¿Por qué demonios estabas peleando con esos dos idiotas, de todos modos? ¿Por Gabriella?

—Sí, supongo que debe haberlos enviado a por mí. ¿Cómo más sabrían que nos acostamos?

—¿Te acostaste con ella? —Me da una palmada en la espalda—. Excelente.

Pongo los ojos en blanco. —¿Quieres una cerveza?

—Siempre. —Angelo me sigue a la cocina—. ¿Pero por qué los habría enviado ella a por ti?

—Es una historia larga y jodida. —Abro la nevera, cojo dos cervezas y le lanzo una.

Angelo la atrapa, la abre y señala hacia el área de la sala de estar. —Tengo tiempo. Cuéntame. ¿Qué has hecho ahora?

—Al parecer, he cabreado tanto a Gabriella que ha enviado a sus primos matones aquí. —Joder, eso me cabrea. Con todo su discurso sobre ser una mujer independiente y hacer las cosas por sí misma, ¿por qué no manejaría la situación ella misma? Ni siquiera pensaba que se llevara muy bien con sus primos, así que me resulta difícil entenderlo.

—No pensaba que se llevaran muy bien —comenta Angelo, expresando mis pensamientos mientras nos sentamos en el sofá—. Siempre están discutiendo y echándose mutuamente a los leones en nuestras reuniones.

—Sí, lo sé. Es raro. ¿Pero cómo más lo sabrían? —Creo que la mejor pregunta es por qué demonios les confiaría algo tan personal. Algo en todo esto parece extraño y me está molestando. ¿Pero qué otra explicación podría haber?

—Tal vez os vieron coqueteando y simplemente lo supusieron —sugiere Angelo.

—No, no lo creo. Parecían bastante seguros y me advirtieron que me mantuviera alejado de ella... y fuera de su cama. De alguna manera, lo sabían.

—Volvamos a eso. —Angelo mueve las cejas—. ¿Fue todo lo que imaginabas que sería?

Puedo oír el tono burlón en su voz, pero la verdad, sinceramente, es que fue mucho mejor. ¿Pero cómo le explico eso a mi hermanito salido? Él no tiene ningún concepto de una relación o de tener sentimientos intensos por una mujer específica y muy especial. Diablos, yo tampoco hasta que Gabriella irrumpió en mi vida como un tornado y lo puso todo patas arriba.

—No beso y cuento —digo, y Ang gime—. Pero diré que estoy realmente furioso por lo que acaba de pasar. No puedo entenderlo. No puedo creer que Bri confiaría en esos dos idiotas. Ni siquiera le caen bien.

—Oh, así que ahora es Bri, ¿eh?

Parece que me he delatado, así que ¿qué sentido tiene fingir que no me importa y que no albergo sentimientos locos e intensos por Gabriella?

—Me gusta mucho —admito en voz baja.

Por un momento mi hermano no dice nada. Estoy esperando una broma o un comentario sarcástico, pero él reflexiona sobre mis palabras y luego su boca se curva hacia arriba.

—Me alegro mucho por ti, Enzo.

—¿Te alegras por mí? —me burlo—. Ella me odia.

—¿Lo hace, realmente? Lo dudo mucho.

—Mierda, Ang. Todo esto es un lío y va a empeorar. —Rápidamente le explico sobre cómo Gabriella me confió lo de Holloway Corp. y cómo actué a sus espaldas. A medida que las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de lo mal que suenan. Joder, soy un completo villano.

—Vale, eso fue una jugada de capullo, tío. ¿Por qué demonios harías eso? No la culpo por estar enfadada.

—Nunca he dudado en los negocios. Tú lo sabes. Soy un tiburón y voy exactamente por lo que quiero. A la mierda los sentimientos de los demás. Mi principal objetivo es hacer dinero para nuestra familia. Muchísimo dinero.

—Ya nos has hecho ganar muchísimo dinero, Enzo. Podríamos vivir el resto de nuestras vidas y nunca quedar sin blanca.

Suspiro. Sé que tiene razón. Entonces, ¿por qué lo hice?

Porque querías verla de nuevo, dice una vocecita. *Y porque estabas enfadado porque dejó tu cama temprano.*

—Y, sí, a la mierda los sentimientos de los demás... pero no los de ella. No los de la mujer por la que acabas de decirme que te estás enamorando.

Maldita sea, tiene razón. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? —¿Cuándo te has vuelto tan sabio? —pregunto bruscamente.

Angelo se ríe. —Soy más inteligente que tú, Vin y Miceli juntos.

Sonrío con ironía. —¿Qué hay de Carlotta?

Él niega con la cabeza y sonríe. —Nuestra hermanita da miedo de lo lista que es.

Me río. —Sí, lo es, ¿verdad?

—Cualquier hombre que se cruce con ella acabará castrado o en el fondo del río con zapatos de cemento.

—Probablemente ambas cosas —digo, y nos reímos. Sí, Carlotta es una fogosa cuando se enfada. Cualquier hombre que acabe con ella tendrá que aceptar el hecho de que nunca se doblegará ni cederá fácilmente. Mi hermana es puro fuego.

Como Gabriella, me doy cuenta con un gruñido interior.

Angelo y yo hablamos un poco más y luego me dice que tiene que irse a prepararse para una cita.

—Jesús, Ang, eres un conquistador en serie. ¿Es otra chica nueva?

—Siempre son nuevas, tío. Ya sabes cómo soy.

—¿Dónde conoces a todas estas mujeres? —Es como una puerta giratoria cuando se trata de Angelo y las mujeres. Constantemente van y vienen, siempre de paso, ninguna queda más tiempo que una breve vuelta.

—Por ahí —dice vagamente. Luego se encoge de hombros y me lanza una sonrisa deslumbrante—. No puedo evitar ser un producto muy cotizado.

—Ahórratelo para tu harén.

—No tengo un harén. Solo un desfile de señoritas interesadas y muy dispuestas, ¿y quién soy yo para negarme a su compañía?

—Uno de estos días, Ang, una mujer entrará en tu mundo y te dejará completamente noqueado —predigo.

—Lo dudo. Me mantengo alejado de mujeres obstinadas y tercas como Gabriella y Carlotta. Son más problema de lo que valen.

Entrecierro los ojos.

—Solo es mi opinión, por supuesto. A algunos tíos les gusta que les hagan pasar por el aro y que les desafíen a cada paso. No, gracias. Yo no. Prefiero dócil y tranquila cualquier día de la semana.

—Eso es una excusa. Y te aburrirías en cuestión de días. Por eso ninguna de las mujeres con las que quedas duran mucho. Necesitas un desafío.

Angelo camina hacia la puerta, deteniéndose para mirar por encima del hombro. —¿Por qué no te preocupas por tu propio desafío, eh? Y yo me quedaré con lo dulce y pasajero.

Niego con la cabeza y le despido con un saludo. Angelo es un espíritu libre al que no le gusta estar atado, así que entiendo de dónde viene. Pero, al mismo tiempo, creo que le iría mejor con una mujer inteligente que no tenga miedo de decir lo que piensa.

Oh, por Dios. Acabo de escucharme y frunzo el ceño. ¿Desde cuándo sé qué tipo de mujeres necesitan otros hombres? La mejor pregunta es ¿cuándo empecé a preocuparme? Pasándome una mano por el pelo, voy hacia la gran ventana del suelo al techo y miro hacia fuera. Tengo una gran vista del agua y el muelle. Me gusta Hudson Yards porque hay un poco más de espacio para respirar y no es tan insoportable como unos bloques más allá. Manhattan está congestionado y, aunque me gusta estar en la ciudad, también necesito poder respirar.

Cuando suena mi teléfono, me acerco y lo cojo de la isla de la cocina donde lo dejé. Imágenes de Bri, seductoramente tendida sobre ese mostrador de granito llenan mi cabeza, atormentándome, y aprieto la mandíbula mientras contesto: —Enzo Rossi.

—Enzo, soy Doug Holloway.

Me incorporo. —Doug, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias. Te llamaba para ver si estás disponible para venir a mi oficina mañana a las nueve de la mañana.

—¿Tienes buenas noticias para mí? —No puedo evitar preguntar.

Se ríe. —Creo que sí.

He ganado Holloway Corp. y he vencido a Gabriella. —Gracias, Doug. Nos vemos por la mañana.

Después de colgar, espero sentir una oleada de satisfacción. En cambio, agacho la cabeza y considero echarme atrás. Gabriella va a estar tan decepcionada por perder esto y mi mentalidad de negocios normalmente dura se ablanda. Solo un poco.

La verdad es que, por primera vez en mi vida, me siento mal por vencer a mi oponente. Pero entonces pienso en cómo le contó a sus primos sobre nosotros y mi resolución vuelve a endurecerse.

Supongo que a veces se gana y a veces se pierde. *Lo siento, Bri.*

9

GABRIELLA

Unas veces se gana y otras se pierde. El viejo dicho se cumple mientras subo en el ascensor hacia Holloway Corp., que pronto será absorbida por Gabana LLC. *Lo siento, Enzo, pero yo gané y tú perdiste.* Solo puedo imaginar lo cabreado que estaría cuando se enteró.

No voy a mentir, sin embargo. Me siento como si me hubiese tocado la lotería. Enzo nunca debió actuar a mis espaldas como lo hizo. Se lo tiene merecido. El hecho de que sea un empresario despiadado y con experiencia no significa que vaya a ganar siempre. Doug Holloway es un hombre inteligente y sabe que voy a cuidar bien de la empresa que construyó. Voy a convertirla en algo aún mejor y más exitoso. No tengo ninguna duda sobre mis capacidades y la estrategia que he desarrollado para ayudarme a conseguirlo. Es un hombre inteligente por elegirme. Muy inteligente...

No puedo terminar mi último pensamiento mientras entro en la oficina. Todo el aire escapa de mis pulmones cuando prácticamente me tropiezo con Enzo, tambaleándome sobre mis tacones, totalmente sorprendida de verle aquí. Él extiende la mano hacia mi codo para estabilizarme y yo lo retiro bruscamente como si su contacto me quemara.

—¿Qué diablos haces aquí? —siseo en voz baja, tratando de ignorar lo condenadamente guapo que está con su traje azul marino. Su mandíbula angular y sus pómulos altos están más pronunciados de lo habitual porque está perfectamente afeitado, pero también porque luce un buen moratón. Una parte de mí quiere preguntarle si está bien y aplicarle algo de crema de árnica. Otra parte quiere golpearlo en el otro lado y darle un juego de moratones a juego.

También siento un traicionero dolor entre mis muslos, pero hago lo posible por ignorarlo. Sé lo que hay debajo de ese traje y ojalá no lo supiera. Saber y no poder hacer nada al respecto es una tortura.

—Un placer verte también, Srta. Bianche —dice con frialdad.

Antes de que pueda responder, aparece Doug. Justo a tiempo, porque al instante me contengo y respiro hondo, obligándome a estar tranquila. Estoy segura de que Doug aclarará todo esto con bastante rapidez. No hay necesidad de preocuparme ni entrar en pánico.

—Me alegro de veros a ambos —dice Doug y nos indica que le sigamos a la pequeña sala de conferencias.

Enzo hace un exagerado gesto con la mano cuando no me muevo inmediatamente. —No, por favor, adelante —digo obstinadamente.

—Las damas primero. Insisto —masculla.

Ninguno de los dos se mueve. Nos mantenemos firmes como un par de críos. Un momento después, Doug asoma la cabeza por la puerta.

—¿Hay algún problema?

Enzo me mira fijamente y mis fosas nasales se dilatan de fastidio. —No, por supuesto que no —respondo con suavidad, apartándome de la pesadilla de mi existencia y componiendo una expresión agradable —. ¿Cómo está hoy, Doug?

Uso deliberadamente su nombre de pila, esperando sonar amistosa. Mientras paso junto a Enzo, lo ignoro por completo, pero capto bien

el aroma de su colonia de sándalo. Ningún hombre debería tener permitido oler tan bien. Hace que una mujer haga tonterías. Debería saberlo, ya que cedí y me acosté con él... varias veces.

Al menos fue solo una noche. Intento sentirme mejor, recordándome ese hecho. Pero no está funcionando exactamente.

Los tres nos sentamos a la mesa. Doug indica que nos sentemos frente a él, así que me veo obligada a sentarme en la silla junto a Enzo. No me gusta, pero no quiero parecer maleducada.

—Me gustaría agradeceros a ambos vuestra paciencia y, con total transparencia, quiero que sepáis de inmediato que aún no he tomado una decisión final —dice Doug con cuidado, mirando de mí a Enzo.

Se me hunde el corazón. *Maldita sea.* Pensé que ya lo tenía.

—Sinceramente, no creía que alguien estuviera interesado en adquirir Holloway Corp. porque no he estado haciendo un buen trabajo estos últimos años debido a razones personales.

Asiento con conmiseración, lamentando el fallecimiento de su esposa.

—Sé que he descuidado el negocio. Y ahora, sorprendentemente, tengo dos ofertas excelentes —afirma, sonriendo ampliamente.

Oh, genial. Aquí es donde empezará a hablar de querer más dinero. La bilis comienza a subir por mi garganta porque es aquí donde Enzo tendrá la oportunidad perfecta de superarme y ganar. No puedo justificar comprar una empresa que no va bien por más dinero del que ya he ofrecido. Tragando con dificultad, me obligo a mantener mi expresión neutral mientras él continúa hablando.

—Este es el trato. Me gustan los planes de ambos.

¿Qué significa eso? me pregunto, tratando de no parecer tan confundida como me siento.

—Por mucho que la Srta. Bianche y yo lo apreciemos —dice Enzo con suavidad—, no puede aceptar nuestras dos ofertas.

Me obligo a soltar una risa. —No es como si fuéramos a trabajar juntos. Hay que tomar una decisión.

—Eventualmente —dice Doug con astucia—. Aquí está mi propuesta: o bien subís vuestra oferta ahora mismo a algo tan increíblemente ridículo que no podré decir que no, o bien trabajáis juntos durante los próximos dos meses y quien yo considere más exitoso será declarado el nuevo propietario.

Por un momento, me quedo sin palabras. *¿Qué demonios?* ¿Está bromeando? Nunca he oído un plan tan absurdo en toda mi vi...

—Me gusta —dice Enzo, mirándome—. Estoy dentro. ¿Gabriella?

Voy a matarlo.

Aclarándome la garganta, dirijo mi atención a Doug. —¿Cómo determinará quién tiene más éxito?

—Bueno, creo que será una combinación de cosas. Quién atrae más clientes y aumenta las ventas es importante, por supuesto. Pero también voy a hablar con mis empleados. Siempre he dirigido una empresa como si fuera una familia y me tomo muy en serio sus opiniones. Trátales bien y eso será de gran ayuda en mi libro.

Solo hay un puñado de empleados trabajando aquí, unos diez quizás, así que no sería difícil. Además, siempre he tratado bien a los empleados, sean míos o de otra persona. Es simple cortesía. Aparte de eso, me gusta aprender más sobre las personas con las que trabajo y tomar el tiempo para conversar y conocerlas mejor.

La verdad es que no puedo permitirme ofrecer más dinero. Sería genial soltar una cifra enorme y acabar con esto ahora mismo. Disfrutaría tirándoselo a la cara engreída de Enzo y salir de aquí como la única ganadora. Pero no es algo que pueda permitirme en

este momento. No puedo ser imprudente y voy a tener que dejar mi ego a un lado y jugar con inteligencia.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que es una situación en la que todos ganan para mí. Ofrecer más dinero por este barco que se hunde está descartado. No puedo dejar que fracase. Sin embargo, competir directamente con Enzo me da una red de seguridad. Si fracaso, simplemente no le contaré a mi familia sobre esta pequeña empresa. Sin embargo, si tengo éxito, entonces tendré derecho a presumir de que superé a Enzo Rossi.

Aunque estoy molesta con el hombre y no espero trabajar a su lado cada día, sé que esta es una oportunidad que no puedo dejar escapar. —Acepto —anuncio, con voz firme y segura.

—Excelente. —Doug se levanta de la mesa, sonriendo—. Vamos, quiero presentaros a todos y daros el recorrido oficial.

Enzo y yo seguimos a Doug por la oficina y conocemos a los empleados. Está claro que Doug los valora y ha formado amistades con ellos. Así que, por supuesto, no quiere que el nuevo propietario entre y haga limpieza, despidiendo a todos. Hacer que los conozcamos mejor y trabajemos con ellos durante los próximos dos meses es en realidad un movimiento bastante genial. Inevitablemente se formarán relaciones y yo no querría despedir a un amigo.

Toda la oficina ocupa menos de la mitad de la planta y Doug eventualmente nos muestra dos despachos uno al lado del otro. —Estos son perfectos para vosotros. Estaréis cerca el uno del otro, pero aún tendréis vuestro propio espacio privado para trabajar.

Intento no resoplar. Lo último que necesito o quiero es estar cerca de Enzo.

—¿Qué hay de ese elegante despacho de la esquina? —bromea Enzo.

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—Todavía lo estoy vaciando —dice Doug—. Eventualmente, el despacho de la esquina será para uno de vosotros. Pero no hasta que se tome una decisión oficial. ¿Por qué no echáis un vistazo a vuestro espacio y me decís si tenéis alguna pregunta? Voy a consultar algo rápido con mi asistente.

Ignorando a Enzo, entro en mi nuevo despacho y miro alrededor. Es perfectamente aceptable... excepto por el hecho de que está tan cerca de Enzo. Antes de que pueda darme la vuelta, siento su presencia cuando entra detrás de mí. Una pequeña emoción recorre todo mi cuerpo mientras me giro lentamente para enfrentarlo, cruzando los brazos.

—No te pongas demasiado cómodo —le digo.

Su boca se curva hacia arriba. —Curioso, justo venía a decirte lo mismo.

Clavo mis uñas en mis brazos. *Capullo arrogante.* —Seguro que pensabas que ya lo tenías todo en el bolsillo, ¿verdad? —Mi atención se dirige al moratón en su mejilla. Por alguna razón, me molesta.

—En realidad, sí —dice con ligereza.

—Eres tan arrogante —exclamo y sacudo la cabeza con incredulidad.

—Soy confiado. Hay una diferencia.

Todo lo que quiero hacer es bajarle los humos a su arrogante trasero. —Bonito bulto, por cierto. ¿Quién te dio una paliza?

Su sonrisa se evapora y me mira con enojo. —Como si no lo supieras —responde entre dientes.

—¿Cómo demonios iba a saberlo? —Mis cejas se juntan en confusión.

Durante un largo momento no dice nada, solo me estudia.

—Bueno —insisto, dando golpecitos con el dedo en mi codo—, no me dejes en suspense. ¿Un par de ladrones intentaron robarte?

—¿Por qué no se lo preguntas a Tommaso y Romeo? —dice sombríamente.

¿Qué, qué? Me llena la sorpresa.

—¿Qué tienen ellos que ver con esto? —pregunto con cuidado.

—Son los que me asaltaron. Suponía que tú los habías azuzado contra mí después de informarles sobre esto. —Levanta una mano y señala alrededor de la oficina—. Tampoco estaban muy contentos de que pasaras la noche en mi cama.

Mi mandíbula cae mientras mi mente corre. —Eso no tiene ningún sentido. No hay manera de que esos dos sepan lo nuestro.

—Pues lo saben, y se lo pasaron muy bien intentando darme una paliza.

Estoy muy confundida. —N-no entiendo.

¿Cómo se habrían enterado Tommaso y Romeo? A menos que... rápidamente uno los puntos y me lleva directamente a Lili.

Dios mío. No quiero creer que mi amiga hubiera dicho algo, pero debe habérsele escapado. Está saliendo con Romeo, contra mi consejo, y le encanta cotillear. Dejo escapar un suave suspiro y me siento fatal.

Dando un paso más cerca, mi atención se desplaza a la marca negra y azul en la mejilla de Enzo y mi pecho se aprieta. Odio ver que está herido y saber que es mi culpa lo hace mucho peor. Me desahogué con Lili, sin pensar en las posibles repercusiones o en que mi amiga tiende a cotillear y hablar demasiado... y debe haberle llegado a mis primos. Después de lo que pasó con Rocco y Miceli, odian a la familia Rossi y usarán cualquier excusa para empezar una pelea.

A punto de disculparme, abro la boca, lista para tragarme mi orgullo, cuando Enzo sonríe.

—Todo lo que necesitas entender, cielo, es que voy a lucir muy bien en ese despacho de la esquina —dice arrastrando las palabras.

Y ahí está: el cabrón arrogante ha vuelto.

—¿Eso crees? —replico, acalorándome de nuevo. Olvídate de la disculpa.

—Lo sé. Pero, si quieres venir aquí todos los días durante los próximos dos meses e intentarlo, adelante. Pero, que sepas esto: estarás perdiendo el tiempo porque ya has perdido.

El hombre es increíble. —Eres el gilipollas más arrogante que he tenido la desgracia de conocer.

—Perdona, ¿qué has dicho sobre mi polla? —pregunta, curvando los labios hacia arriba.

—Te odio —siseo. Sé que es infantil pero, en este momento, lo odio tanto que solo puedo ver una neblina roja.

—Ya sabes lo que dicen. Hay una línea muy delgada entre el amor y el odio. No te vayas a enamorar de mí, cielo.

—Oh, métete eso por el culo. —Me acerco a él y le clavo el dedo índice en el pecho—. Vas a caer, Rossi. Y voy a disfrutar mucho viéndolo suceder.

Su boca se curva en una sonrisa burlona. —Bueno, me encanta darte placer... Bri.

—¡Uf! —Levanto las manos al aire, giro sobre mis talones y salgo pisando fuerte. Porque la verdad es que tengo miedo de que si sigue diciéndome cosas así, podría acabar detrás del escritorio, besándolo en el suelo.

Y eso no puede suceder.

Tiene un argumento válido y odio admitirlo, pero hay una línea muy fina entre el amor y el odio. Y ahora mismo estoy tambaleándome

sobre esa línea extremadamente delicada. Porque por mucho que no lo soporte, también me atrae muchísimo el imbécil.

Dios, ayúdame.

10

ENZO

Dos meses, dos meses, dos meses.

Este mantra ha estado repitiéndose en mi cabeza toda la semana. Gabriella y yo hemos empezado a trabajar juntos y aunque por fuera mantengo la compostura, por dentro me estoy volviendo un poco loco. El sonido de sus tacones, ese olor a miel que desprende, esas faldas ceñidas... es suficiente para volver loco a cualquier hombre. Y la manera en que se inclina, permitiéndome vislumbrar el encaje bajo su blusa. Me está matando. Lo único que quiero hacer es agarrarla, apretarla contra mi cuerpo dolorido y besarla hasta dejarla sin sentido.

Pero eso no puede ocurrir. Necesito comportarme lo mejor posible, trabajar extremadamente duro para demostrar mi valía y asegurar este acuerdo. Nada más debería importar. Ni cómo me saluda tan jovialmente cada mañana, aunque sé que es falso, ni cómo apoya la cadera contra mi puerta y me pregunta si me apetece un café. Se está esforzando muchísimo en ser amable, y me está volviendo un poco loco.

Ahora mismo, está recorriendo la oficina, comprobando y charlando con todos los empleados. Bien por ella. Hacer la pelota nunca ha

sido una táctica que yo use para ganar. Yo obtengo resultados. Claro que es inteligente construir relaciones, pero qué diablos. No puedo salir ahora y arriesgarme a tropezar con ella. Ni siquiera es un riesgo, es algo seguro porque esta oficina es condenadamente pequeña.

Quizá ese sea parte del problema. Cada vez que me doy la vuelta, ella está allí. Sonriendo, riendo, tamborileando con esas largas uñas sobre algo. Cierro los ojos, me recuesto en la silla y gimo al recordar cómo se sentían arañando mi espalda. Mi entrepierna se tensa con el recuerdo. Dejó su marca en mi piel y recuerdo haberla vislumbrado al día siguiente en el espejo del baño. Quiero esas uñas arañando mi espalda de nuevo, pero es imposible.

Estamos jugando en bandos opuestos y somos enemigos, me recuerdo. Me divertí con ella y ahora es el momento de superarla estratégicamente. Tengo algunas ideas sobre cómo mejorar la situación económica aquí y llamo a un amigo de la industria tecnológica. Hablamos un rato y compartimos algunas ideas y formas potenciales de aumentar los ingresos. Después de programar una reunión, cuelgo y estiro los brazos por encima de la cabeza. Es casi mediodía y he estado escondido en mi despacho todo el día. Supongo que debería levantarme y ponerme en marcha. Saludar al menos a un par de personas ahí fuera y luego bajar a coger un sándwich de la cafetería. Lo último que quiero es que los empleados le digan a Doug que nunca socialicé ni me esforcé por conocerlos.

Sin embargo, mis puntos fuertes residen en hacer dinero. No en charlar sobre los hijos de alguien y hacerme el simpático, fingiendo que me importa algún partido de la liga infantil. Es una lástima que Gabriella no pueda simplemente encargarse de todas las obligaciones de mariposa social y yo ocuparme de la parte comercial. Pero no, el bueno de Doug quiere un jefe completo que realmente se preocupe. Lo entiendo. De verdad que sí. Es agotador cuando tengo tantas otras cosas que hacer. Este lugar no es mi único objetivo, pero supongo que tendrá que ocupar la mayor parte de mi atención durante los próximos dos meses si quiero ganar.

Me pongo de pie, me abrocho la chaqueta del traje y cojo el móvil. Preparándome para ser asaltado por el olor a miel que Gabriella deja por toda la oficina, salgo y me encuentro respirando profundamente. Su embriagador aroma me llena y dejo escapar un suave suspiro. En lugar de saludar a alguien, me encuentro mirando en su despacho, pero no está allí.

Curioso, y contra mi buen juicio, empiezo a caminar por el pasillo, buscándola. La veo enfrascada en una conversación con uno de los analistas técnicos y frunzo el ceño, cruzándome de brazos. Está claro por la forma en que él la mira con ojos de cordero degollado que está fascinado. No puedo culparlo. Hoy ella lleva un traje gris carbón ceñido, con la chaqueta abierta, combinado con una blusa de rayas rosas con un par de botones de más desabrochados. Mi ceño se profundiza cuando ella echa la cabeza hacia atrás y ríe, con sus voluptuosos pechos tensando la tela rosa.

Maldita sea. Girándome, me acomodo discretamente y luego me acerco. —Hola, Josh —interrumpo—, ¿qué hay de nuevo en Wall Street?

Como si no lo supiera. Siempre estoy al día de todo y puedo elegir acciones y decidir cómo invertir dinero mejor que nadie. Pero, tenía que interrumpir esta pequeña fiesta. No me gusta cómo está mirando a Gabriella con corazoncitos en los ojos ni cómo ella parece estar coqueteando. Dios, si es solo un crío. Probablemente ni siquiera tiene veinticinco años. Bri necesita a alguien mayor, un hombre que pueda satisfacer sus necesidades.

Josh instantáneamente se pone serio ahora que estoy aquí de pie y comienza a promocionar una nueva acción tecnológica. Solo estoy escuchando a medias, con la mirada fija en Gabriella, deseando poder estirar la mano y abrocharle un par de botones de la camisa. Se abre ligeramente y mis ojos se centran en un tirante de sujetador rosa pálido de encaje. *Dios.*

—Suena bien —digo, cortando a Josh, y centrándome en Gabriella—. ¿Puedo hablar contigo?

Antes de que pueda responder, me doy la vuelta y me dirijo a mi despacho. Mis pantalones están incómodamente apretados y me dejo caer en mi silla, usando el escritorio como cobertura para esconder mi erección palpitante. Odio sentirme tan condenadamente atraído por ella. Normalmente, sigo adelante con bastante facilidad, incluso si una mujer es guapa. Pero Gabriella es mucho más que eso. Tiene este encanto cautivador que me atrae y no me deja escapar. Estoy empezando a quererla a un nivel que roza la desesperación.

Tan jodidamente patético.

No lo entiendo. Una noche con ella debería haberme satisfecho. Pero, en cambio, me encuentro deseando más. Solo otro beso, otro contacto, otra noche. Quizá el problema y lo que tanto me molesta es que se fue. No tuve mi cierre, a mi manera.

Dios, eso suena débil, incluso para mis oídos.

Cuando Gabriella aparece en la puerta y apoya esa cadera curvilínea contra el marco, cruzando los brazos, gimo interiormente. Cómo una mujer puede resultarme tan ridículamente atractiva es una locura. ¿Qué está pasando? Nunca he sido así antes. Casi como si estuviera obsesionado.

Esto tiene que acabar, me digo a mí mismo. Y la mejor manera de hacerlo es cabrearla. Ha estado esforzándose en ser empalagosamente dulce conmigo, probablemente porque los empleados de Doug le informan, y ella quiere asegurarse de que él escuche lo buena compañera que es. Apretando los dientes, sin querer dejar que me supere en astucia, entrecierro los ojos y suelto lo que más me molesta.

—Tú y Josh parecéis bastante íntimos —no pretendo sonar como un colegial celoso, pero así es como sale. Tan desesperado por iniciar esta conversación.

Ella inclina la cabeza, con la comisura de su boca elevándose en una sonrisa burlona. —¿Y cuál es tu punto? Estoy conociendo a mis nuevos empleados.

Resoplo. —Todavía no son tuyos. No hace falta que te adelantes.

—¿Qué puedo decir? Soy una chica positiva, con visión de futuro.

—Que está un poco delirando —termino y le lanzo una sonrisa.

—Tal vez —se inclina hacia delante y baja la voz—. Después de todo, me acosté contigo. Claramente, mi cabeza necesita ser examinada.

Me pongo de pie, acercándome, atraído hacia ella como un imán al metal. O, en este caso, una mejor analogía sería una abeja a una flor. —Eres una bromista, cariño —digo secamente.

—No me llames cariño.

—¿Por qué no? —pregunto, deteniéndome directamente frente a ella.

—Porque es despectivo para las mujeres en el lugar de trabajo y no me gusta.

—La razón por la que te llamo cariño —murmuro, bajando la voz mientras me inclino hacia adelante, invadiendo su espacio personal y respirando profundamente—, es porque hueles a eso. No es un insulto. Es un cumplido.

Ella inhala bruscamente ante mi cercanía y noto que su pecho comienza a subir y bajar más rápido.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —pregunto suavemente, con la voz baja cerca de su oído, mi aliento agitando su pelo.

—¿Qué? —susurra.

—Abróchate la camisa. Le estabas dando todo un espectáculo a Josh —me pongo derecho y me ajusto las mangas de la camisa bajo la chaqueta, volviendo a ser un rival profesional.

En respuesta, me lanza una mirada penetrante. —Eres un completo gilipollas.

—Aún no has visto nada —le digo, bajando la mirada mientras ella desabrocha otro botón—. Bri...

Mi gruñido se corta cuando ella saca sus perfectos pechos, desliza una mano bajo el borde de su cuello y expone un delicado tirante rosa.

—¿Algo te molesta, señor Rossi? —ronronea. Deslizando su dedo por debajo, lo hace chasquear un poco y mi polla se estremece.

Joder, sí, algo me molesta, pero no puedo decirle exactamente a Gabriella que es toda la tensión sexual acumulada entre nosotros. El coqueteo, las bromas, las peleas. Me está poniendo duro el noventa por ciento del día y lo único que quiero hacer es inclinarla sobre mi escritorio y hundir mi polla profundamente en su dulce coño. Si no consigo algún alivio pronto, voy a perder los estribos.

Y solo llevamos trabajando juntos una semana.

—Voy a ir a comer algo —gruño, pasando junto a ella. Su risa melodiosa me sigue mientras camino pisando fuerte por el pasillo, dirigiéndome al ascensor. Puede que haya ganado esta batalla, pero no va a ganar la guerra. Una vez que estoy a salvo dentro del ascensor, me toco la polla dolorida e intento ponerme más cómodo.

Ponerme cómodo resulta imposible cuando Gabriella siempre está pavoneándose por la oficina, meneando el culo y esparciendo su olor a miel. Cada día que pasa me vuelvo un poco más loco y la necesidad me llena constantemente. Está llegando al punto en que temo ir a la oficina porque estoy en un constante estado de excitación y siempre obsesionado con Gabriella. Concentrarme en el trabajo ya no es suficiente porque ella es una distracción enorme.

Empiezo a preguntarme si esta tortura a la que me someto a diario merece la pena. Doy golpecitos con el dedo en el escritorio y me cuestiono si debería alejarme de este acuerdo. Dios sabe que no

necesito Holloway Corp. La única razón por la que aguanto es porque es una cuestión de principios y, a decir verdad, es una excusa para ver a Gabriella. Aunque ella no quiere verme. Ya no finge ser amable y tiende a levantar la nariz y cerrar la puerta de su despacho cuando me ve.

Sea cual sea el juego que estamos jugando el uno con el otro, se está volviendo viejo. Hay una química innegable burbujeando justo debajo de la superficie entre nosotros y es cada vez más difícil ignorarla.

Todo esto es una paradoja. Quiero verla, pero cuando lo hago, me vuelve loco. Sin embargo, la alternativa de no verla no tiene ningún atractivo. Puede que nos estemos sacando de quicio constantemente, pero solo es porque no podemos tener lo que ambos queremos. Y sé que ella me desea tanto como yo a ella.

Ha pasado un mes y estamos a mitad de este juego, y no sé honestamente cómo me siento al respecto. Sí, me alegraré cuando Doug finalmente elija al ganador, esperemos que sea yo, y pueda tomar el control total de Holloway Corp. Pero eso también significa que no veré a Gabriella todos los días. Volveremos a los encuentros ocasionales en las reuniones de las Cinco Familias. Solíamos coquetear y follarnos con la mirada durante esas reuniones... antes de toda esta tontería con Holloway Corp.

Pero todo eso cambió. En la última reunión, Gabriella ni siquiera miró en mi dirección. Sé que sueno como un maldito bebé, pero me dolió. Dios, ¿cuándo me convertí en semejante nenaza? Supongo que cuando ella dejó mi cama sin molestarse en decírmelo. Simplemente desapareció como si no significara nada.

No se suponía que significara nada. Esa es la cuestión, pero de alguna manera lo hizo. Y eso realmente es una mierda para mí porque Gabriella parece haber superado nuestra noche perfectamente. Eso me molesta más de lo que me gustaría admitir.

Cada día que pasa, las tensiones entre nosotros se elevan. Me encuentro poniéndome terso, mordaz y francamente grosero porque estoy tan condenadamente frustrado. Pase lo que pase, esto no va a tener un buen final. Si gano y ella pierde, nunca me perdonará por entrar como un ave de rapiña y robar su proyecto favorito. Si ella gana, va a restregármelo tanto que tendré que enterrar mi cabeza —y mi orgullo— en la arena.

Honestamente no sé qué hacer. Un segundo, quiero vencerla en la carrera por ser el nuevo propietario y, al siguiente, estoy considerando entregarle toda la empresa en bandeja de plata y simplemente alejarme. Una cosa es cierta, sin embargo, y es el hecho de que estoy tan frustrado que no puedo pensar con claridad. Y no solo sexualmente. Quiero que las cosas vuelvan a ser como eran antes de que ambos decidiéramos ir tras Holloway Corp.

Vale, antes de que *yo* decidiera ir a por ello. Porque eso lo estropeó todo completamente. Pero, en mi defensa, estaba cabreado porque quería más después de nuestra noche juntos y ella aparentemente no. Ir tras la empresa fue una forma infantil de vengarme y obligarla brevemente a reconocerme de nuevo.

Aunque me retire ahora, hay una gran posibilidad de que Gabriella haya terminado conmigo. Joder, ¿puedo culparla?

11

GABRIELLA

Ha pasado poco más de un mes desde mi noche épica con Enzo y esperaba que los recuerdos y mi deseo se desvanecieran, pero eso no está sucediendo. Ni de lejos. Al contrario, creo que mis ganas y mi necesidad de él han crecido. Verlo cada día durante la semana y a veces incluso los fines de semana no ayuda. A estas alturas he superado la fase de gatita enamorada. Me he vuelto ligeramente obsesiva. Él provoca mis pensamientos día y noche, y no estoy segura de cuánto más podré soportar.

Alguien llama mi nombre y levanto la mirada. Es viernes por la tarde y me he quedado ensimismada otra vez. —Hola, Trista —digo cuando mi asistente entra en mi despacho. Suele trabajar principalmente en nuestra otra pequeña oficina, encargándose de todo allí, mientras yo he estado viniendo aquí.

—Echo de menos verte todos los días —dice, acercándose a mi escritorio.

—Lo sé. Yo también. —Me levanto, me aliso la falda y le entrego un montón de archivos—. No hay prisa con estos. Disfruta tu fin de semana.

—Por supuesto. ¿Cómo va todo por aquí? —pregunta, mirando alrededor.

—Oh, bien.

—Bueno, eso no suena muy convincente —dice con una risita.

Señalo con el pulgar hacia la izquierda, indicando la oficina de al lado. —Sería mejor si no fuera por mi competencia de al lado. Él es...

Hablando del rey de Roma.

Ambas miramos hacia la puerta donde Enzo entra con paso decidido como si ya fuera el dueño del lugar, lo que, por supuesto, me pone de los nervios.

—Hola, Trista —dice con suavidad—. Ha pasado tiempo. Deberías honrarnos más a menudo con tu encantadora presencia.

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco y Trista suelta una risita. *Oh, por el amor de Dios.* ¿Existe alguna mujer que no pueda ser manipulada por el encanto de este hombre? ¿Aparte de mí?

—Tiene cosas que hacer en Gabana —digo yo. Por supuesto, yo también, y por eso a veces voy allí antes o después de pasar el día aquí. Mis días son increíblemente largos y esta última semana he estado inusualmente cansada. Normalmente puedo trabajar sin parar, pero creo que voy a necesitar dormir un poco más este fin de semana. O quizás solo necesito más cafeína para sobrevivir el resto del mes. Una vez que Doug tome una decisión final, mi carga de trabajo o bien se aligerará o se hará aún más pesada. Probablemente tendré que contratar a una o dos personas más para que nos ayuden a Trista y a mí. Lo último que quiero es agotar a ambas.

Enzo me mira, sus ojos oscuros brillando con un calor manifiesto que me pilla desprevenida. Lo único que puedo hacer es parpadear,

incapaz de formar una frase coherente. —Necesito reunirme contigo antes de que te vayas —murmura.

Trago saliva con dificultad, tratando de ignorar la atracción abrasadora. Reprimiéndola, aparto mis ojos de los suyos y miro mi delgado reloj. —Tengo algunas cosas que hacer y estaré ocupada hasta las seis.

—Está bien. Quedemos para las 6:15.

Me encanta cómo se muestra tan tranquilo delante de Trista. Normalmente, le gusta discutir por cada mínimo detalle.

—De acuerdo. —No quería estar aquí hasta las ocho de la noche, así que espero que, sea lo que sea, no tome mucho tiempo.

Trista está mirando alternativamente a uno y otro y me aclaro la garganta.

—Bueno, gracias por pasarte —le digo—. Como he dicho, no te preocupes por esas cosas hasta el lunes.

—Vale. Bueno, que tengas un buen fin de semana —dice, retrocediendo lentamente, observándonos a ambos.

Me muevo, incómoda. —Tú también —digo con un tono excesivamente alegre.

—No dejes que te haga trabajar demasiado —añade Enzo y frunzo el ceño, rogando por fortaleza.

Cuatro semanas más. Ya has superado la mitad de esta pesadilla, así que aguanta. Mantén la compostura.

Puedo hacerlo. Sé que puedo.

—¿Hay algo más, señor Rossi? —pregunto fríamente—. Porque tengo bastantes cosas que terminar aquí.

Su boca se curva en la sonrisa más sexy que he visto jamás. —Trabajas demasiado, señorita Bianche.

—Realmente no tengo elección. No si quiero tener éxito y sacarte de aquí.

—Ay. Qué despiadada.

Su voz baja a un susurro ronco y creo que mis bragas se empapan. *Maldito sea.* Girándome, camino hacia mi escritorio y me siento. —No tengo tiempo para juegos, así que por favor, sal.

Ignorándolo, comienzo a teclear en mi portátil. Pero, honestamente, ni siquiera sé lo que estoy escribiendo y, en secreto, lo observo por el rabillo del ojo.

—Nos vemos a las 6:15, señorita Bianche —dice arrastrando las palabras con esa voz áspera.

—Mm-hmm —murmuro sin levantar la vista, despidiéndolo por completo.

Una vez que se va, me dejo caer en mi asiento y suelto un suspiro cansado. Enzo Rossi va a acabar conmigo. No hay duda.

Termino mi trabajo poco antes de las seis y me tomo un rápido descanso para ir al baño. Una mirada en el espejo me dice que me veo exactamente como me siento: cansada. También estoy hambrienta y apenas he comido nada en todo el día. Solo café y un muffin de arándanos hace horas. No me gustaría nada más que irme a casa, desplomarme en el sofá y disfrutar de una gran pizza de queso cubierta de aceitunas.

Pero no. Tengo que ir a lidiar con Enzo y lo que sea que quiera, durante Dios sabe cuánto tiempo, arruinando efectivamente mi viernes por la noche. Bostezando, abro mi bolso, cojo mi polvera y un brillo de labios, y rápidamente retoco mi maquillaje. *No hay nada malo en querer refrescarse*, pienso.

A las 6:15 en punto, entro con paso firme en la oficina de Enzo y ni siquiera está allí. ¿En serio? ¿Dónde está? No hay nada que me irrite más que la gente que juega con mi tiempo. Es una mercancía muy

preciada y algo de lo que no tengo mucho, así que lo valoro profundamente.

Justo cuando estoy decidiendo si debería irme y mandar todo a la porra, el hombre en persona entra y, para mi completa y absoluta delicia, está llevando una pizza grande y el olor llega a mi nariz haciendo que mi estómago gruña y que se me haga la boca agua.

—¿Cómo sabías que mataría por una sabrosa porción de pizza justo en este momento? —pregunto, siguiéndolo hasta una mesa lateral donde deja la caja, con la nariz en alto, olisqueando el aire como un perro listo para devorar su cena. Con una sonrisa socarrona, levanta la tapa y yo gimo cuando el tentador aroma llega a mi nariz.

—Supongo que soy psíquico —responde—. O tal vez estamos simplemente en la misma sintonía.

No estoy segura de eso, pero, vaya. La pizza entera está cargada de aceitunas negras y verdes. —¿Aceitunas? —Quizás sí estamos en sintonía.

—¿Está bien?

—Dios, sí, es exactamente lo que he estado soñando todo el día. —Cojo una porción, soplo sobre ella y le doy un gran mordisco—. Mmmm, podría besarte ahora mismo.

Enzo me mira comer y dejo de masticar.

—Ya sabes lo que quiero decir —rectifico rápidamente—. Gracias. Tenía mucha hambre.

—Gabriella, está bien dejar de trabajar de vez en cuando y permitirte comer.

—Obviamente. Hoy ha sido un día especialmente ocupado.

Mientras devoro mi trozo de pizza, Enzo coge una porción y le da un mordisco. —Lo entiendo mejor que nadie —dice—, pero tienes que tomarte el tiempo para comer. Aunque está buena.

—Está divina —digo con entusiasmo, terminando el último bocado y alcanzando otra porción. Ya me siento menos gruñona y me permito relajarme y bajar el ritmo. Solo por un breve, pero muy agradable, momento. —Entonces, ¿sobre qué querías reunirte?

—Honestamente, olvidémoslo. ¿Por qué no llamamos al día y simplemente disfrutamos de la pizza? El trabajo seguirá aquí cuando llegue el lunes, ¿verdad?

Su respuesta me toma completamente por sorpresa. —Pensaba que el Grande y Poderoso Enzo Rossi también trabajaba los fines de semana. —Mantengo un tono de broma, pero voy en serio.

Se encoge de hombros y luego se quita la chaqueta del traje, dejándola sobre una silla cercana. Mi estómago da un pequeño vuelco cuando cuidadosamente se arremanga la camisa, exponiendo un hermoso par de apetitosos antebrazos.

—Normalmente, sí, lo hago. Últimamente, sin embargo... —Su voz se apaga.

—¿Últimamente qué? —pregunto, inclinando la cabeza.

—Estoy empezando a preguntarme si quizás trabajo un poco más de lo necesario.

—Cualquiera que tenga éxito sabe que es necesario.

—Pero, ¿en qué punto es suficiente el éxito... suficiente? —pregunta, escrutando mi rostro.

—No lo sé —digo pensativa, meditando su pregunta—. Pero puedo decirte que todavía no estoy donde quiero estar.

—¿Y dónde quieres estar? —pregunta, con voz baja.

En tu cama. Debajo de ti, sintiéndote moverte dentro de mí. El pensamiento me golpea fuerte y me lamo los labios.

Cuando no respondo, se acerca más y su aroma a sándalo me envuelve. —¿Alguna vez sientes que te falta algo? —insiste.

—¿Algo o alguien? —pregunto.

—Digamos alguien. ¿Tal vez una pareja?

—Siempre me ha ido mejor sola —digo, dándome cuenta de que me ha arrinconado contra el borde de la mesa. Mi corazón se acelera y me quedo mirando sus labios, deseando cosas que no debería querer.

—No sé. —Está tan cerca y mis dedos se contraen, queriendo levantarse y rodear su cuello. Arrastrarlo hacia abajo y besarlo con fuerza. Tengo que apretar mis manos en puños para evitar que eso suceda—. Creo que estamos muy bien juntos, Gabriella. Y creo que definitivamente merecemos más que una noche.

Trago con dificultad, sabiendo que es verdad. Incapaz de detenerme, me impulso sobre las puntas de mis pies, agarro su cara y lo jalo hacia abajo. Mi boca choca con la suya y nos besamos con toda la ferocidad contenida que ha estado acumulándose durante estas cuatro y pico semanas. Es caliente, necesitado y completamente fuera de control.

Las manos de Enzo agarran mis caderas y me levanta sobre la mesa, apartando la caja de pizza. Los recuerdos de su cocina inundan mi cabeza y recuerdo cuando me levantó sobre la isla y las cosas perversas que me hizo. Dios me ayude, pero quiero que me haga esas mismas cosas otra vez. Aquí mismo, ahora mismo.

Estoy cansada de pensar demasiado en todo y me entrego a la sensación. Los labios de Enzo recorren el costado de mi cara, lamiendo y succionando ligeramente, explorando mi cuello. Se siente tan bien. Me hace sentir femenina y oh-tan deseable. Mientras sus manos tiran de mi falda hacia arriba, me inclino hacia atrás, apoyándome en mis codos, observando. Incapaz de apartar mi atención del hombre guapísimo que ahora está separando mis piernas y deslizando la tela de mis bragas a un lado.

En el momento en que sus dedos me tocan, recorriendo arriba y abajo mi hendidura húmeda, hago un sonido incoherente. *Síííí.*

—He estado muriendo por tocarte de nuevo, Bri —dice, deslizando un dedo dentro de mi cuerpo. Otro le sigue inmediatamente y no puedo hablar mientras comienza a empujarlos dentro y fuera. Agarrando su corbata, lo jalo hacia adelante y lo beso profundamente, apasionadamente.

Cuando su pulgar comienza a hacer círculos en mi clítoris, todas las apuestas están canceladas. Mi cuerpo empieza a temblar y a estremecerse, el orgasmo que se aproxima construyéndose rápidamente. Nuestras lenguas se entrelazan y el beso es profundo y sensual. Nadie me ha hecho perder el control tan rápido o tan completamente.

Arrancando mi boca, exclamo cuando todo en mi bajo vientre pulsa y luego se tensa deliciosamente. —¡Oh, Dios! —jadeo. Mis músculos internos se aprietan alrededor de sus dedos y él ahoga mis gritos con otro beso. Olas de placer me recorren y tiro de su corbata tan fuerte que temo que vaya a ahogarlo. Lenta y suavemente retira sus dedos de mi cuerpo, rozándolos sobre mi sensible clítoris, y fija su mirada con la mía. Una vez que el orgasmo pasa, aflojo mi agarre y sonrío tímidamente.

—Lo siento por eso —murmuro, enderezando su corbata azul marino.

—Nunca te disculpes por correrte en mi mano. —Presiona un beso en mis labios—. O en mi boca. O en mi polla. Ver tu liberación es lo más bonit...

Toc, toc, toc.

Me aparto de él de un tirón y salto de la mesa, bajándome la falda apresuradamente. Enzo maldice entre dientes, se asegura de que esté presentable y luego cruza la habitación a zancadas y abre la puerta de golpe.

—¿Qué? —prácticamente le gruñe a la pobre mujer de la limpieza.

—Perdón por interrumpir, pero quería recoger la basura.

Ahora que mi orgasmo ha pasado, la realidad vuelve de golpe y me doy cuenta del estúpido error que acabo de cometer. No puedo permitirme confiar en Enzo Rossi y ciertamente no puedo permitirme dejar que me folle con los dedos en su oficina. *Dios.*

Sintiéndome como una idiota, bajo la cabeza y salgo corriendo mientras la mujer de la limpieza vacía la basura.

—¡Gabriella! ¡Espera!

Lo oigo perseguirme, pero lo ignoro y me apresuro a volver a mi oficina donde cojo mi bolso. Es hora de huir de la escena del crimen. Ni siquiera puedo mirarlo a los ojos mientras cierro mi portátil y me preparo para pasar rápidamente a su lado.

—Bri, por favor —suplica—. ¿Podemos simplemente hablar?

—No hay nada de qué hablar.

—No estoy de acuerdo. —Agarra mi brazo superior, obligándome a girar, pero miro a cualquier parte excepto a su cara.

—Cariño...

—¡No! —exclamo—. Solo estás tratando de confundirme.

—No, no es cierto.

—Déjame ir. —Saco mi brazo de su agarre y lo rodeo.

—¡Bri!

Pero lo ignoro y corro hacia el ascensor.

—¡No huyas de mí!

Demasiado tarde. Me meto en el ascensor y presiono repetidamente el botón de cerrar puerta. Él patina hasta detenerse justo delante de

la puerta que se cierra y la agarra justo antes de que pueda cerrarse completamente.

—Por favor, habla conmigo —suplica, pero no puedo.

—Solo déjame ir... por favor —ruego.

Clava su mirada en la mía y finalmente cede. —Esto no ha terminado —dice, y luego suelta la puerta. Después de que finalmente se cierra, me desplomo contra la pared y quiero llorar.

Dios, me siento como una idiota. Solo me está utilizando. Intentando desestabilizarme para poder ganar Holloway Corp. Sé que es un maestro manipulador, entonces ¿por qué sucumbo?

Apretando los ojos, tratando de calmarme, recuerdo que hay una reunión con las Cinco Familias mañana. Genial, es todo lo que necesito. Lo último que quiero es verlo a él y a mis primos. Quién sabe qué tipo de caos podría resultar. No puedo pensar en eso ahora, sin embargo. Todavía estoy demasiado alterada por tener los dedos de Enzo dentro de mí y su lengua en mi garganta. Si la mujer de la limpieza no nos hubiera interrumpido, sé que las cosas habrían ido más lejos. Probablemente estaría inclinada sobre su escritorio ahora mismo y él estaría embistiendo profundamente.

¿Sería tan terrible? se pregunta una parte perversa de mí. Durante el momento, es divino, pero después es cuando todas las dudas llenan mi cabeza.

Ha pasado poco más de un mes que hemos estado trabajando juntos y no estoy segura de cuánto más puedo aguantar. Me está volviendo loca de muchas maneras y una parte de mí quiere rendirse mientras otra parte de mí quiere aplastarlo. Es mi oponente. Pero también es el mejor amante que he tenido jamás.

La batalla entre mi cabeza y mi corazón ha comenzado, y no estoy segura de cuál ganará cuando se trata de Enzo.

12

ENZO

Aunque sé que Gabriella está enfadada conmigo y que sus primos quieren partirme la cara, aun así llego temprano al lugar designado donde se celebrará la reunión de las Cinco Familias al día siguiente. Una parte de mí consideró no venir, pero estoy demasiado desesperado por verla y necesito intentar entenderla. Ver dónde está su cabeza en lo que respecta a nosotros.

Aparco en la esquina del aparcamiento del restaurante italiano en lugar de justo delante de la entrada como haría normalmente, y luego espero, observando cómo los demás llegan y entran. Cinco minutos antes de que comience la reunión, Gabriella llega y aparca su Dodge Hellcat. Abro mi puerta y me dirijo hacia ella. Cuando me ve, se da la vuelta y comienza a charlar con Aldo DeLuca, que acaba de llegar. Apretando los puños, disminuyo la velocidad y decido no decir nada todavía. Al parecer, necesita más tiempo, pero no va a conseguir mucho más. Necesito que hablemos y averigüemos qué es esto que hay entre nosotros.

O necesitas olvidarla y centrarte en adquirir el negocio que quieres, dice una vocecita. Joder, no sé qué hacer.

—¡Enzo!

Me detengo y miro por encima del hombro para ver a Angelo corriendo hacia mí. Siempre entra un minuto o dos antes de que comience la reunión. Mi hermano menor no es el tipo más responsable, y es demasiado despreocupado para tomarse esta mafia clandestina tan en serio como los demás.

Espero a que me alcance y entramos juntos.

—Tu chica está espectacular hoy —murmura Angelo por lo bajo, y siento que mi pulso se acelera cuando veo a Gabriella ya sentada junto a Aldo y sus idiotas primos.

—No es mi chica —siseo.

—Sí, pero quieres que lo sea.

¿Lo quiero? Mientras nos sentamos, las palabras de Ang flotan en mi cabeza y no puedo negarlo. Hacer de Gabriella mi novia... bueno, no parece suficiente y no sé cómo asimilar ese pensamiento.

¿Podríamos tener más?, me pregunto. ¿Y qué es exactamente más? ¿Quiero que se mude conmigo? Parece un paso enorme y loco, pero si estamos juntos, la quiero a mi lado. En todo momento. No estoy seguro de cuándo me volví tan posesivo. Es una sensación extraña, algo con lo que nunca he lidiado antes. Sin embargo, aquí estoy, sintiéndome como un cavernícola por la hermosa mujer sentada frente a mí que me está ignorando por completo.

Duele y no me gusta una mierda.

Anoche, *ella* me besó a *mí*. Ella dio el primer paso y ahora actúa como si ni siquiera existiera. Menuda locura mental. Es confuso como el demonio y necesito hablar con ella.

Durante las siguientes dos horas, entro y salgo de la conversación mientras todos discuten. Los Rossi, los Bianchi, los DeLuca, los Caparelli y los Milano son un grupo combustible, impredecible y muy poderoso. Algunos días, estamos de acuerdo, aunque muy raramente. En la mayoría de las reuniones, como esta, alguien está

cabreado por algo y pasamos la mayor parte del tiempo discutiendo. Ni siquiera puedo fingir que estoy interesado. Estoy demasiado ocupado observando cada movimiento de Gabriella.

Como yo, ella también está inusualmente callada. Ninguno de los dos dice una palabra en todo el tiempo, pero nuestras miradas siguen volviendo el uno al otro. También noto cómo Tommaso y Romeo me fulminan con la mirada como si me desearan la muerte inmediata. *Bastardos*. No me preocupan demasiado, sin embargo. Mis hermanos están aquí y si intentaran iniciar algo, todo lo que haría sería dar un paso atrás y ver a Miceli machacarlos. Y sé que lo haría con una sonrisa en la cara. Esos dos no son más que enormes dolores de cabeza.

Una vez que la reunión finalmente termina, Gabriella sale disparada más rápido que un ciervo asustadizo. Estoy debatiendo si debería correr tras ella cuando Angelo me agarra del brazo, deteniéndome a medio paso.

—Déjala ir —me dice en voz baja—. Está claramente asustada.

—¿Y eso por qué? —pregunta Vin, acercándose a nosotros.

—¿Qué ha pasado entre tú y Gabriella? —Miceli aparece de la nada y suspiro. Pillado. Supongo que podría confiar en mis otros hermanos porque lo van a descubrir más tarde que temprano, conociéndolos.

—¿Podemos discutir esto con una copa? —pregunto—. ¿Preferiblemente una fuerte?

—Sí, cuanto más fuerte mejor porque este tío la ha cagado bastante —dice Angelo y se ríe.

—No tiene gracia, gilipollas —gruño.

—Oh, vaya, no puedo esperar a escuchar esto —dice Vin, frotándose las manos—. Porque si no recuerdo mal, te pareció bastante divertido cómo conocí a Hannah.

—No, lo que me pareció divertido fue el hecho de que mi hermano mayor, tan estirado, se encontrara en una subasta de sexo kinky.

—Solo porque me diste *tu* invitación —me recuerda.

—No tenía ni idea de qué iba.

—Eso sigues diciendo —comenta Angelo y me da una palmada en el hombro—. Vamos a Madden's. Creo que sus bebidas deberían ser lo suficientemente fuertes.

Asiento y les digo a mis hermanos que les veré en el bar de puros que se especializa en whisky de todo el mundo. Después de unas copas, necesitaré que uno de ellos me lleve porque planeo emborracharme.

Por esto he evitado cualquier tipo de relación seria, pienso. Es demasiado trabajo y me frustra sin fin. Gabriella es un hueso duro de roer y, aunque normalmente disfruto de un buen desafío, no me gusta la forma en que mis sentimientos están por todas partes. Es como si estuvieran siendo lanzados en una lavadora y nunca he estado tan inseguro de algo en toda mi vida.

Tan pronto como entro en Madden's, me dirijo directamente al bar y abro una cuenta. Soy el primero en llegar y, para cuando mis hermanos llegan, ya he tomado un sorbo de mi caro vaso de whisky y estoy fumando un puro de cereza.

—Eh, espéranos —dice Angelo, acercándose a mí y haciendo señas al camarero.

—Vamos a sentarnos allí —Vin pide una copa y luego camina para reclamar un área en la esquina del bar completa con dos sofás y un par de sillas. El lugar es acogedor, dispuesto como una sala de estar y, si puedes tolerar el humo, es genial. Definitivamente una atmósfera de club de caballeros y rara vez se ve una mujer. Y eso es exactamente lo que necesito ahora mismo. No más estrógeno. No, gracias.

Una vez que todos estamos acomodados con bebidas y puros, me reclino en el sofá y estiro mis largas piernas frente a mí. Esto es exactamente lo que necesitaba, pasar tiempo con mis hermanos. Por una vez, el trabajo no es la respuesta y eso es bastante inusual en mí. Normalmente, consume mi vida, pero desde Gabriella, no me ha parecido tan satisfactorio.

—Vale, suéltalo —dice Vincentius—. ¿Y por qué Angelo sabe lo que está pasando, pero nosotros no?

Miceli se inclina hacia delante, con ojos intensos y oscuros.

—Sí, ¿qué pasa con eso?

—Vosotros estáis ocupados con vuestras mujeres y bebés —digo.

—Yo soy el único por aquí con un bebé —afirma Miceli—. Él todavía tiene algo de tiempo.

Todos miramos a Vin, que está esperando gemelos con su esposa, Hannah.

—Todavía nos quedan unos meses —dice Vin—. Gracias a Dios, también, porque prepararse para un bebé ya es bastante difícil. ¿Pero dos? Es como si necesitáramos el doble de todo.

—Necesitáis el doble de todo —dice Angelo y todos nos reímos.

—¿Dónde está Carlotta? —pregunto. No ha estado en las últimas reuniones, pero tampoco ha estado nunca muy interesada en el negocio familiar.

—Se fue de viaje con amigas. Ahora deja de intentar cambiar de tema —Vin se inclina hacia delante, esperando que suelte todo... así que lo hago. Les cuento todo sobre cómo Gabriella y yo nos enrollamos y luego nos encontramos enfrentados por Holloway Corp.

—Es una tortura verla todos los días y no saber dónde estamos —termino—. No sé cómo arreglar este lío que he creado.

—Supongo que se reduce a qué es más importante para ti, hermano: Gabriella o poseer otro negocio —dice Miceli.

—Difícilmente diría que necesitas otro negocio —afirma Vin—. Una mujer, sin embargo. Sí, necesitas eso. Me parece que definitivamente vas a tener que tomar una decisión aquí. Y pronto.

—Estaba contemplando alejarme del trato por completo —admito—. Pero luego decidí quedarme porque tenía miedo de que me excluyera completamente. Al menos ahora, la veo todos los días.

—Eso es patético —dice Angelo—. Especialmente cuando estáis peleados.

—No estábamos peleados anoche —no puedo evitar decir, luego rápidamente tomo un sorbo de mi whisky.

—¿Oh? —Vin levanta una ceja.

—¿Qué estabais haciendo exactamente? —presiona Angelo con una sonrisa burlona.

—Le pedí que se quedara hasta tarde y pedí una pizza. Digamos que quería más que la pizza.

—¿Estás exagerando? —pregunta Miceli con dudas.

—Ella me besó y luego las cosas fueron un poco más lejos. Pero nos interrumpió el servicio de limpieza y Bri salió tan rápido que me dio vueltas la cabeza. Luego me ignoró por completo en la reunión. No sé qué pensar. ¿Me quiere? ¿No me quiere? Joder, las mujeres son confusas.

—*¿Bri?* —Vin intercambia una mirada de complicidad con Miceli.

—¿Qué?

—¿Tienes un apodo para ella? —pregunta Miceli.

—¿Aparte de dolor en el culo? Sí, ¿y qué? —Sé que estoy siendo beligerante, pero sus sonrisas de complicidad me están molestando.

—Eh, no hay nada malo en eso. Es adorable —Mis hermanos se ríen y quiero golpear a cada uno de ellos.

—Relaja los puños —dice Miceli—. Creo que es hora de comportarse como un hombre y enfrentar la verdad: pisoteaste a propósito los pies de Gabriella y fuiste tras Holloway Corp. porque estabas cabreado de que se fuera después de vuestra noche juntos. Pero, diría que es bastante evidente que ambos queréis más. Así que en lugar de implosionar de frustración sexual, ve y discúlpate. Es mucho más simple.

—¿Disculparme? —repito—. ¿Por qué? ¿Por hacer mi trabajo? Holloway Corp. es una gran oportunidad...

Vin levanta su mano, cortándome eficazmente.

—Para, Enzo. No más gilipolleces. ¿Quieres estar con Gabriella? ¿Sí o no?

Trago saliva, levanto la mano y pido otra copa. Honestamente, no tengo que pensar demasiado en su pregunta. La respuesta es un rotundo sí. Pero creo que primero tengo que superar mi orgullo.

—Vas a tener que elegir —dice Miceli—. Ella o el negocio.

—Siempre elijo el negocio —les digo.

—No significa que sea la respuesta correcta —afirma Vin sabiamente.

Tiene razón. Todos la tienen y, por primera vez, entiendo exactamente lo que tengo que hacer: tragarme mi orgullo y, por difícil que sea, admitir que lo siento por aprovecharme de la situación y entrometerme y joder su acuerdo con Holloway Corp.

—Quiero estar con Gabriella —anuncio a mis hermanos. Ignorando la bebida que el camarero acaba de poner en la mesa, me levanto y apago mi puro—. Vale, voy a ir a su casa ahora mismo. Me disculparé...

—Prepárate para suplicar —interrumpe Miceli.

—Puedo hacer eso —digo, asintiendo—. Y me apartaré de Holloway. ¿Qué más?

—Los favores sexuales siempre parecen funcionar —añade Angelo, con ojos oscuros brillantes.

—No tengo ningún problema con eso —digo, y mis hermanos se ríen.

—Ve a por ella —me anima Miceli, y sigo asintiendo como un idiota.

—Puedes hacerlo —dice Vin y me hace un saludo.

—Vale, deseadme suerte.

—Buena suerte —dice Angelo con voz cantarina—. La vas a necesitar.

Todos se ríen mientras me doy la vuelta y salgo, con la mente puesta en disculparme con Gabriella. Me alegro de que mis hermanos me hayan hecho entrar en razón. Por primera vez, las cosas parecen más claras. Solo tengo que esperar que Gabriella esté de humor para perdonar. Esa va a ser la parte difícil. Las princesas de la mafia no son precisamente conocidas por su naturaleza indulgente.

Soy demasiado cobarde para llamarla primero, así que conduzco directamente a su casa y agarro la puerta cuando un inquilino está saliendo. Aunque nunca he estado aquí, soy un acosador y vi su dirección en algunos papeles y, por supuesto, la memoricé. Jesús, debo estar perdiendo la cabeza.

Está en el apartamento doce y, justo antes de llamar, elevo una oración por un poco de buena suerte. Voy a necesitarla, justo como dijo Ang.

—Allá vamos —susurro, levanto la mano y llamo con firmeza. Oigo movimiento desde dentro, así que al menos está en casa. Cuando la

puerta se abre un momento después, mi pecho se tensa. Gabriella lleva una camiseta, unos boxers y está descalza con su largo cabello recogido en un moño desordenado en lo alto de su cabeza. Nunca me ha parecido más hermosa y antes de que pueda cerrarme la puerta en la cara, meto el pie y las palabras brotan de mí como agua de un grifo.

—Lo siento. Lo siento mucho por ser un capullo y meterme en Holloway. La única razón por la que lo hice fue para poder verte de nuevo y porque estaba cabreado de que te fueras temprano después de nuestra noche juntos. Porque no estaba listo para que las cosas terminaran. Todavía no estoy listo para que terminen.

Sus ojos se ensanchan y antes de que pueda decir una palabra, empujo el resto de la puerta, entro y la arrastro contra mi cuerpo.

—Lo siento mucho, Bri. Por favor, perdóname. Estoy listo para suplicar, cariño. Solo di las palabras y estaré de rodillas.

En lugar de hacerme suplicar, Gabriella me dice todo lo que necesito saber cuando presiona sus labios contra los míos en el beso más suave y dulce. Luego se aparta y me mira—. He estado esperando eso.

Oh, gracias a Dios. Mis rodillas casi se desploman de alivio mientras ella me arrastra dentro, cerrando la puerta de una patada tras de sí.

13

GABRIELLA

Esto es todo lo que he querido de Enzo y por fin ha admitido que lo que hizo estaba mal. Bueno, no tanto lo que hizo —es un hombre de negocios y puedo respetarlo—, sino el hecho de que utilizara lo que le conté en confianza en mi contra y luego fuese a mis espaldas, intentando deliberadamente robarme el trato más importante de mi carrera.

—Yo tampoco estoy lista para que las cosas terminen —admito en voz baja.

—Pasemos el fin de semana juntos —dice, estrechándome con más fuerza.

—Pensaba que trabajabas los fines de semana.

—Olvídate del trabajo.

—Eso debe de ser una novedad para ti. Quizás para mí también.

—¿Pasarás conmigo el resto de hoy y mañana? Quiero conocerte mejor. Averiguar qué es esto que está pasando entre nosotros porque me está volviendo loco.

Las comisuras de mi boca se elevan. —A mí también.

—Sin trabajo, sin arrepentimientos. ¿Vale? —insiste, y asiento lentamente.

—Vale.

Su boca se estrella contra la mía, besándome apasionadamente, y sabe a whisky y puros.

Apartándome, le sonrío. —¿Has estado bebiendo y fumando?

—Sí, ahogando mis penas. —Me deja un beso en la frente, en cada una de mis mejillas, en la punta de la nariz y, finalmente, uno en mis labios.

Me aparto y sonrío con picardía. —¿Estabas triste, señor Rossi? ¿Por qué exactamente?

—¿Necesitas preguntarlo?

Finjo pensar y doy golpecitos con un dedo contra mis labios. Labios que ya empiezan a hincharse por sus maravillosamente exigentes besos. —¿Quizás porque sabes que te voy a ganar y conseguir a Holloway? ¿Es por eso que estabas triste?

—Pequeña pícara —gruñe, curvando su gran mano sobre mi trasero y apretando—. No, cariño, planeaba emborracharme con mis hermanos porque sentía que te estaba perdiendo.

Mi corazón empieza a latir con más fuerza y miro en sus ojos marrones, profundos y oscuros. Es muy fácil perderse en ellos. —¿Y ahora? —pregunto, pasando mis manos por su pelo y entrelazándolas detrás de su cuello.

—Ahora quiero mantenerte cerca y voy a hacer lo que sea necesario. Empezando con múltiples orgasmos.

Me levanta en sus brazos tan rápido que doy un gritito.

—¿Dónde está tu dormitorio? —pregunta, mordisqueándome la oreja.

—Por ahí —digo con voz ronca, señalando el pasillo, mientras un escalofrío me recorre. Dios mío, lleva aquí menos de cinco minutos y me muero porque esté dentro de mí. Necesito a este hombre a un nivel primario, casi salvaje, y estrello mis labios contra los suyos, besándolo con intensidad. Espero que capte la indirecta de que lo necesito duro y rápido.

Como si estuviera leyendo mi acalorada mente, Enzo me arroja sobre la cama. —Desnúdate —ordena, quitándose rápidamente el traje. Por una vez, no voy a discutir y no puedo quitarme la ropa lo suficientemente rápido. Una vez que ambos estamos desnudos, se deja caer encima de mí, su peso me hunde más en el colchón y suspiro. Estar piel con piel con Enzo es lo mejor del mundo y arqueo mi cuerpo, tratando de asegurarme de que cada una de mis curvas se ajusta a sus ángulos más marcados.

Enzo empieza a besarme profundamente, todo lengua, explorando mi boca, y gimo cuando su mano se desliza entre nuestros cuerpos y esos dedos tan talentosos comienzan a tocar mi clítoris. Libero mi boca, jadeo y empiezo a retorcerme debajo de él. Sabe exactamente dónde y cómo tocarme hasta que siento que estoy al borde de perder la cabeza.

Desliza un dedo dentro de mi núcleo dolorido, curvándolo, mientras mantiene la misma presión y el movimiento rítmico circular de su pulgar en mi palpitante clítoris. Empiezo a gemir, necesitando más, desesperada por que me llene.

—Por favor —suplico. *Dos pueden jugar a esto*, pienso, bajando la mano y rodeando con ella su polla dura como una roca. Deja escapar un gemido profundo y gutural mientras lo aprieto y lo bombeo.

—No juegas limpio, Bri —dice, fijando su mirada en la mía mientras aparta mi mano y mueve mis caderas, alineando nuestros cuerpos.

—¿Y tú sí? —Desliza su hinchada punta entre mis húmedos pliegues y empujo hacia arriba, tratando de atraerlo dentro.

—Nunca —dice con voz ronca y embiste con fuerza. Nos unimos calientes y rápidos, justo como quiero. Me arqueo, mis pechos se aplanan contra su firme pecho, encontrándome con él embestida tras embestida. Mis piernas rodean su cintura, atrayéndolo más profundo, disfrutando de cómo estira mi cuerpo hasta el límite absoluto.

Y tardíamente me doy cuenta de que olvidamos el condón. *Joder.* Me congelo al instante y nuestro descuido debe golpearlo exactamente al mismo tiempo porque sus caderas detienen su delicioso bombeo.

—Mierda —sisea—. ¿Estás tomando anticonceptivos?

—No, pero deberíamos estar bien. Mi ciclo es como un reloj. —Aunque, en el momento en que esas palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que mi período se ha retrasado. Quiero decir, ocurre muy de vez en cuando, así que aparto ese pensamiento de mi cabeza. Con Enzo metido hasta el fondo dentro de mí, no puedo pensar con claridad.

—Estoy limpio —me asegura.

—Deja de hablar, por favor —digo—. Sigue follando.

Me da una sonrisa maliciosa, levanta mi rodilla a lo largo de mi costado, y logra hundirse aún más profundo. Ambos gemimos y luego comenzamos a movernos otra vez. Es absolutamente maravilloso. Tan, tan, tan bueno y pierdo la cabeza rápidamente. En el momento en que llego al clímax, todo a mi alrededor parece romperse de la manera más gloriosa. Nadie ha tocado nunca mi cuerpo así, logrando hacerme venir tan rápido y furiosamente en tiempo récord. Y justo cuando pienso que ha terminado, Enzo cambia nuestros cuerpos y, con cada embestida, logra golpear mi punto dulce. Otro orgasmo me golpea y grito su nombre.

Completamente saciada, flotando en una nube de bendición orgásmica, siento a Enzo estremecerse fuertemente y su caliente liberación me llena. Este es el mejor sexo que he tenido nunca y sé

que tiene todo que ver con la química insana entre nosotros. Todavía estoy un poco sorprendida de haberle permitido correrse dentro de mí sin protección. La píldora del día después siempre es una opción, así que no me dejo estresar. Solo quiero quedarme aquí en la Nube Nueve un poco más.

—Oh, Dios, cariño —dice entre dientes, apartándose de mí. Durante un largo momento, ambos nos quedamos tumbados boca arriba, mirando al techo y respirando con dificultad. No estoy segura de cuánto tiempo pasa antes de que se levante de la cama y desaparezca en mi baño. Cuando regresa con una toalla húmeda y tibia, no me muevo. Solo observo mientras limpia cuidadosamente entre mis piernas. La acción es tan íntima que me muerdo el labio inferior. Mientras se deshace de la toalla, aprieto mis muslos. Todo sigue pulsando y hormigueando.

Y tengo la sensación de que la noche que nos espera va a ser salvaje y sensual. Una que nunca olvidaré. Sin importar qué, sin embargo, me niego a tener arrepentimientos. Tal como dijo Enzo, voy a olvidarme del trabajo por primera vez en mi vida y concentrarme solo en nosotros. En los sentimientos impredecibles y locos que solo este hombre sabe cómo sacar de mí.

Para bien o para mal.

No sé cómo, pero el sexo solo mejora. Pasamos la noche en los brazos del otro y estrenamos la mayoría de mi apartamento. Cuando llega la mañana, dormimos hasta tarde, enredados en los brazos y piernas del otro. No puedo recordar la última vez que me permití dormir hasta tarde o el último hombre al que dejé entrar tan completa y enteramente. Es un poco aterrador cuando pienso en cuánto me he abierto a Enzo. Cómo le he permitido ver partes de mí que nadie más ha visto antes.

Apartándome de su pecho, bostezo y me estiro. Estoy dolorida en todos los sitios correctos y miro hacia abajo para ver el chupetón que le dejé en el cuello. Mi mirada recorre su hermoso cuerpo y

sonrío cuando noto que la sábana comienza a levantarse justo debajo de su cintura. Abre los ojos y sonríe sin vergüenza.

—Eres insaciable —le reprendo.

—Solo por ti. —Agarra mi muñeca, tirando de mí de nuevo sobre él.

—Necesito lavarme los dientes —digo, tratando de liberarme de su agarre.

—Cariño, sabes perfecta —dice, y luego me besa fuertemente en la boca. No puedo resistirme y me derrito contra él. Una vez que terminamos de besarnos, arrastro mi mano sobre su pecho, haciendo círculos con mis dedos a través del ligero vello.

—¿No vas a arrancarme otro, verdad? —pregunta, con los ojos llenos de alegría.

—Tal vez —digo y le pellizco el pezón—. Así que dijiste que querías pasar el fin de semana juntos. Ni siquiera salimos de casa ayer. ¿Algún plan para hoy?

—Tengo muchos planes para ti —murmura, pasando su mano sobre mi cadera—. ¿Te gusta la aventura?

Me enderezo, curiosa. —Por supuesto. ¿En qué estás pensando?

—Ve a ducharte mientras hago una llamada.

Empujo hacia fuera mi labio inferior. —¿No te unirás a mí?

—Oh, puedes contar con ello. —Me da una palmada en el trasero y dejo escapar un grito y salto hacia atrás. Me contoneo hacia el baño, moviendo mis caderas, luego miro por encima de mi hombro para pillarlo observándome atentamente, con calor acumulándose en su oscura mirada.

—Date prisa —murmuro.

—Dame tres minutos.

Le toma menos de dos y pasamos la siguiente media hora tomando una ducha muy caliente juntos. Cuando terminamos, siento como si necesitara otra solo para refrescarme. Me preparo rápidamente, vistiendo de forma casual, pero Enzo no tiene nada más que su traje, así que paramos rápidamente en su casa para que pueda cambiarse.

—Normalmente nunca te veo en nada más que un traje elegante —comento mientras sale de su amplio vestidor vistiendo una henley azul oscuro y unos vaqueros que se ajustan a su trasero como un guante. Sofocando un suspiro, trato de no mirar fijamente, pero es difícil. El hombre es demasiado atractivo.

—También en traje de cumpleaños —añade con una sonrisa pícara.

Me río. —No me has dicho qué vamos a hacer.

—Es una sorpresa. Pero, solo para que lo sepas, habrá participación de un tercero.

—¿Ah, sí? No en el sentido sexual, ¿verdad? —bromeo y él estalla en carcajadas.

—Cariño, nunca te compartiría —me asegura, atrayéndome contra su pecho—. Ni en un millón de años. Eres toda mía.

—¿Ni siquiera con otra mujer? —Nunca me dio la impresión de que fuera pervertido, pero ¿no quieren todos los hombres un trío? No es que me apetezca, pero quiero saberlo todo sobre este hombre. Especialmente sus fantasías.

—Solo tú —murmura y me besa apasionadamente.

Cuando por fin salimos a tomar aire, toma mi mano y me guía abajo.

—Yo conduciré —dice.

—Bien, porque no tengo ni idea de adónde vamos —le recuerdo.

Resulta que Enzo nos lleva a un pequeño aeropuerto privado a las afueras de la ciudad. Se detiene junto a un helicóptero y veo a su

hermano menor, Angelo.

—Espero que te guste volar —dice Enzo—, porque Angelo nos va a llevar a dar un paseo por la ciudad.

—¿Hablas en serio? —Salto del coche y la emoción recorre mi cuerpo —. Nunca antes he montado en un helicóptero.

—Gabriella, me gustaría que conocieras oficialmente a mi hermano menor, Angelo. Ang, esta es Bri.

No hay forma de pasar por alto su tono posesivo y no puedo mentir: me encanta. Nunca antes me había sentido como si perteneciera a un hombre, nunca quise sentirme así, pero con Enzo es diferente. Es como si él poseyera una parte de mí y yo una parte de él. Es un sentimiento equitativo. Y uno muy hermoso porque es como si ambos tuviéramos el corazón y el alma del otro.

Aunque he visto a Angelo en las reuniones de las Cinco Familias, nunca he hablado oficialmente con él. —Encantada de conocerle — digo, y nos damos la mano.

—Igualmente. —Me da una brillante sonrisa blanca que debería estar en un anuncio de dentífrico y señala hacia el helicóptero—. Muy bien, chicos, subamos a este pájaro y veamos las vistas.

Enzo busca mi mano y me guía. No puedo recordar la última vez que estuve tan emocionada y él me da una pequeña sacudida en el brazo. —¿Estás bien? Pareces nerviosa.

Suelto un suspiro. —Estoy un poco nerviosa.

—No lo estés. Te cogeré de la mano todo el tiempo —promete, y mi corazón se encoge.

Por alguna razón, este momento se siente como un punto de inflexión en nuestra relación. Uno del que puedo huir o uno que puedo abrazar plenamente. Quizás debería huir. Tal vez eso sería lo más sensato.

Pero, en lugar de eso, aprieto su mano y le permito ayudarme a subir al helicóptero.

14

ENZO

El vuelo sobre la ciudad es asombroso, pero nada puede competir con la pura felicidad en el rostro de Gabriella. Saber que soy yo quien la ha provocado me proporciona más satisfacción de la que jamás he sentido con cualquier negocio que haya cerrado. En este momento, con nuestros dedos entrelazados, nada es más importante para mí. Nada más importa.

Y ese es un pensamiento condenadamente aterrador.

De alguna manera, desde el momento en que la vi por primera vez, Gabriella Bianche me ha hechizado. Todo en ella me atrae y no consigo tener suficiente. Cuando no estamos juntos, soy un cabrón miserable. Pero cuando está conmigo, tocándome, sonriéndome, nunca me he sentido más vivo. Decir que estoy feliz ni siquiera empieza a describirlo. Ella despierta mi corazón y mi alma de la manera más hermosa y tengo que averiguar cómo hacer que el resto de este fin de semana dure para siempre.

Porque una cosa está clara: necesito a Gabriella en mi vida. No solo hoy, no solo mañana. Para siempre. No me importa si sueno como un cursi. Ahora mismo no voy a pensar demasiado en ello.

Simplemente voy a vivir el momento y disfrutar cada segundo de nuestro fin de semana juntos.

Angelo nos lleva volando por todas partes, charlando a través de los auriculares y señalando monumentos u otras cosas interesantes. Pero mi atención no se aleja de Gabriella por mucho tiempo. De regreso al aeropuerto, ella se gira para mirarme y, sin poder resistirme, la beso larga y profundamente. Estamos en lo alto del cielo y yo estoy en las nubes por ella. Es una sensación increíble.

Después de aterrizar y agradecer a Angelo, no puedo hacer que vuelva al coche lo suficientemente rápido. El tiempo corre. Es domingo por la tarde y solo nos prometimos dos días. Necesito aprovecharlo al máximo, así que le digo que vamos a mi casa. Mi mente está en el sexo cuando ella menciona que tiene hambre.

Ah, cierto. Comida.

—¿Quieres que compremos algo para llevar? —pregunto.

—¿Tienes prisa, señor Rossi? —me provoca.

—Sí —digo sin rodeos, sin siquiera fingir que no la he desnudado ya media docena de veces en mi cabeza—. Pero hay un gran restaurante mediterráneo cerca de mi casa, si te interesa.

—Oh, sí. Eso suena delicioso.

Además, es rápido y fácil. Una vez que regresamos a mi loft, pido algo de comida para que nos la traigan. Llega rápido y nos lanzamos sobre ella. No me había dado cuenta de lo hambriento que estaba hasta que empezamos a comer. Estamos sentados en la isla y se siente tan normal. Tan correcto. Como algo que hacemos juntos todos los domingos por la tarde.

La conversación fluye fácilmente y nos conocemos mejor. Le cuento todo sobre mi familia y lo unidos que estamos, y cuando le pregunto sobre la suya, ella me habla de su madre, Ariana, y de cómo fue

perder a su padre. Cómo siempre siente la presión constante de tener éxito y trabajar el doble que sus inútiles primos.

—Siento que te hayan herido —murmura, tocando ligeramente el moratón en mi pómulo—. No les conté sobre nosotros.

—Te creo. —No estoy seguro de cómo esos dos idiotas lo descubrieron, pero ahora mismo no me importa. Todo lo que quiero es centrar toda mi energía y atención en esta mujer fuerte, fascinante e inteligente.

El tiempo vuela más rápido que nunca. Después de comer, tomo su mano y la llevo directamente a mi cama. No necesitamos palabras, estamos tan sintonizados. Me agarro el cuello de la camisa y me la quito por la cabeza, mientras sus manos tiran de la hebilla de mi cinturón.

—¿Alguien está ansiosa? —bromeo.

—Alguien está a punto de tener mucha suerte —murmura, arrodillándose.

Mi corazón golpea contra mi caja torácica y paso mis dedos por su largo cabello.

—Bri —murmuro, con voz ronca—. No tienes que...

Aunque digo eso, la idea de su boca envolviendo mi polla ya me tiene duro.

—Pero te gustaría, ¿verdad? —pregunta, bajándome los vaqueros y los calzoncillos.

—Dios, sí —gimo mientras ella envuelve sus manos alrededor de mi polla, que se va engrosando, animándola a crecer y expandirse—. Si quieres poner tus labios sobre mí, nunca diré que no.

—¿Y qué hay de mi lengua? —pregunta, lamiendo mi punta.

—Joder... —No tengo palabras. Todas están atascadas en algún lugar de mi garganta mientras me introduce en su boca, chupando y

lamiendo. Llevándome a alturas que nunca antes había alcanzado. Es tortura y placer todo en uno y mis caderas se empujan hacia delante. Ella me toma más profundo, chupando hasta que sus mejillas se hunden, y puedo sentir la presión acumulándose en la base de mi columna. Es demasiado. Demasiado bueno.

Cuando estoy a punto de correrme, tiro de su pelo, advirtiéndole, pero ella me ignora, sigue trabajándome hasta que el placer es demasiado. Mi liberación me golpea como una excavadora y suelto un grito, corriéndome en su garganta.

Mirando hacia abajo, viéndola lamerse los labios, mi polla se estremece. Me inclino, la subo a mis brazos y la beso.

—Nunca he conocido a nadie como tú —digo, mirando profundamente sus ojos marrones. Me siento perdido, pero a la vez encontrado. Es la sensación más extraña y maravillosa, y aprieto mis brazos a su alrededor.

—Bien —murmura, desenredándose de mí. La observo mientras se quita la ropa lentamente. Primero su camisa, luego sus vaqueros. Trago con dificultad, con la garganta seca mientras desabrocha su sujetador de satén y lo deja deslizarse por sus brazos. Luego se quita las bragas y vuelvo a estar duro.

Agarrándola, nos dejo caer sobre mi cama y ruedo, tirando de ella encima de mí. Ella me monta a horcajadas, se inclina hacia delante y comienza a besar mi pecho, su boca descendiendo hasta llegar a mi estómago. Este se estremece mientras deja una adorable cadena de suaves besos a través de mis abdominales. Soltando un suspiro tembloroso, espero para ver qué hace a continuación. No estoy seguro de poder soportarlo.

Gabriella se incorpora, alcanza mi polla tensa y comienza a acariciarme hasta que estoy a punto de explotar.

—Súbete, Bri —le urjo—, o voy a morirme, cariño.

—Muerte por orgasmo —dice y se hunde en mi polla, llevándome profundamente dentro de su dulce y húmedo sexo—. Suena como un cóctel.

Toda mi atención está en ella, y levanto mis caderas.

—Si eres una bebida, quiero saborear hasta la última gota.

Ella comienza a moverse, cabalgándome, y gimo, dejando que haga lo que quiera. Sus ojos se cierran y su cabeza cae hacia atrás, su columna arqueándose, los pechos empujando hacia delante. Alcanzo con una mano, ahuecando un montículo carnoso y apretando mientras mi otra mano comienza a jugar con su clítoris. Nos excitamos mutuamente en un frenesí y no pasa mucho tiempo antes de que otro orgasmo llegue.

Observo cómo se deshace y es erótico como el infierno. Luego me estremezco y derramo mi semilla en su ardiente núcleo mientras ella cae sobre mi pecho, jadeando con fuerza. Deslizo una mano por su suave espalda y me doy cuenta de que nunca tendré suficiente de ella.

Pasamos el resto de la noche alternando entre sexo caliente y revelando secretos profundos y oscuros, como por qué las aceitunas en la pizza son lo mejor y cómo podemos ayudar a las pequeñas empresas a tener éxito. Absorbo cada pequeño detalle que comparte como si fuera lo más importante que he escuchado jamás. Sé que no es posible, pero quiero aprender todo sobre ella.

Desafortunadamente, el lunes por la mañana llega demasiado rápido. Cuando el sol comienza a salir, Gabriella se acurruca en el hueco de mi brazo y gime.

—No me hagas levantarme —dice, con la voz amortiguada contra mi costado.

—Deberíamos irnos. Salir de la ciudad y hacer un viaje —digo, claramente delirante por todo el sexo. Me ha podrido el cerebro porque no estoy pensando con lógica.

Gabriella se apoya en un codo.

—Me gustaría eso —susurra, pasando una uña por mis pectorales—. Pero tenemos que ir a trabajar hoy.

—Podríamos llamar diciendo que estamos enfermos —sugiero.

—Eres una mala influencia. —Me da un toquecito en el pezón—. Por mucho que me gustaría, no podemos.

Gabriella se aleja y se desliza fuera de la cama. La pérdida instantánea de su calor corporal me provoca un escalofrío y me siento, odiando que nuestro perfecto fin de semana haya terminado.

—Déjame llevarte a casa —ofrezco. Después de ponerme rápidamente un pantalón de chándal, me lavo los dientes. Hemos estado compartiendo todo, desde mi cepillo de dientes hasta mi ropa. Ahora mismo, ella lleva una de mis camisetas y, aunque le queda demasiado grande, se ve sexy como el infierno. Escupo y me enjuago, luego le paso mi cepillo de dientes. Ella aprieta más pasta de dientes y encuentra mi mirada en el espejo mientras se cepilla.

Ambos parecemos haber perdido a nuestro mejor amigo.

Estoy estrujándome el cerebro, tratando de encontrar una razón para hacer que se quede. Pero no puedo. Ambos sabemos que es lunes por la mañana y es hora de volver a Holloway Corp.

¿Y qué?, me pregunto. *¿Fingir que nada de esto pasó?*

No me gusta eso. Ni un puto poco.

Aunque apenas son las seis de la mañana, la llevo a casa. Una vez que estamos aparcados frente a su edificio, pongo el coche en punto muerto y me giro para mirarla.

—Ha sido el mejor fin de semana —le digo. *De mi vida*, no añado.

—Sí —está de acuerdo, con la boca curvándose en una media sonrisa que no llega del todo a sus ojos.

Durante un largo momento, ninguno de los dos dice nada. Luego me inclino y la beso suavemente.

—Te veré en un par de horas —digo y le aprieto el codo.

Ella asiente y rápidamente se desliza fuera del coche. Por un momento, juro que vi sus ojos humedecerse. Pero no, probablemente solo estoy imaginando cosas. Espero hasta que está dentro y luego suspiro y giro el volante, volviendo a casa.

Sin embargo, una vez que regreso, no se siente como un hogar. Sin la presencia de Gabriella, se siente frío y sombrío. Lo odio. Después de prepararme un café expreso, paseo y miro por las ventanas. Afuera, está nublado y gris. Apropiado, porque mi ánimo es el mismo.

¿Cometí un gran error al dejarla ir?, me pregunto.

Solo nos prometimos dos días. Pero quizás lo que está pasando entre nosotros es más grande que un simple fin de semana. ¿Podríamos realmente tener un futuro juntos? ¿Es eso lo que quiero? ¿Lo que ella quiere? Creo que nunca he estado tan confundido en mi vida.

Pero una cosa es dolorosamente cierta. La echo de menos. Echo de menos su aroma a miel, su sonrisa contagiosa y sus respuestas descaradas. Cuando volvamos a la oficina en un par de horas, ¿volverá a odiarme? ¿La conexión y compenetración que construimos desaparecerá? La idea de que todo pueda desvanecerse me deja frío y desolado.

No, no quiero que eso ocurra. La Gabriella que he llegado a conocer es tan cálida y cariñosa. Ama a su familia y su trabajo. Se preocupa por las personas que la rodean y cuando piensa que nadie la está mirando, baja sus muros y es absolutamente hermosa.

Ella es hermosa. En todos los sentidos.

—Joder —murmuro, estudiando mi reflejo en el cristal—. Te has enamorado de ella.

La pregunta es, ¿se ha enamorado ella de mí? Me gustaría pensar que lo ha hecho, pero no puedo asegurarlo. Ambos somos tiburones cuando se trata de negocios, así que tendré mucha curiosidad por ver cómo actúa hoy en el trabajo. ¿Me ignorará? ¿Cerrará la puerta de su oficina y no querrá saber nada de mí? O, ¿me invitará a un rapidito sobre el escritorio? Solo pensarlo ya me está excitando.

Sinceramente, no tengo ni idea de qué esperar hoy pero, pase lo que pase, voy a estar preparado. Solo espero más allá de toda esperanza que nos encontremos juntos más tarde hoy, volviendo a caer en la belleza de este fin de semana.

Después de terminar mi expreso, pongo la taza en el fregadero y decido poner un poco de esfuerzo extra en mi apariencia hoy. Después de ducharme, me afeito la barba del fin de semana, me pongo un poco de loción para después del afeitado y me cepillo cuidadosamente el pelo grueso, asegurándome de que no haya ni un solo mechón fuera de lugar. Incluso uso un poco de gel para peinar. Luego elijo uno de mis trajes más caros y escojo una bonita camisa y corbata a juego.

En mi camino a la oficina, estoy nervioso. Demonios, no he estado tan nervioso desde...

Mi mente vuelve al primer momento en que vi a Gabriella. Sí, ahí fue cuando sudaba y no podía respirar lo suficientemente profundo como para salvarme la vida. Algo en ella me altera y espero tener el mismo efecto en ella que ella tiene en mí. Porque si esto es solo algo unilateral, creo que podría llorar de verdad. Ella tiene la extraña capacidad de convertirme en un montón de blandengue derretido.

Aparcando mi Jaguar frente al edificio, respiro profundamente y compruebo mi aspecto en el espejo retrovisor antes de salir.

Allá vamos, pienso.

15

GABRIELLA

Después de que Enzo me deje en casa, corro a mi apartamento y vomito hasta las entrañas. En el momento en que salí de su coche, me golpeó de la nada y apenas llegué al baño a tiempo. Respirando con dificultad, esperando a que pase la ola de náuseas, me sujeto el pelo mientras una capa de sudor cubre mi frente.

Cuando creo que ya he terminado de vomitar y mi estómago se asienta, me dejo caer sobre mi trasero y me paso la mano por la cara. —¿A qué ha venido eso? —me pregunto en voz alta. Como ya me siento mejor, me levanto para lavarme la cara y cepillarme los dientes. Al menos no vomité en el coche de Enzo. Eso habría sido humillante.

Hablando de él, no puedo dejar de pensar en Enzo mientras me preparo para el trabajo. Se ha metido tan profundamente en mis pensamientos que da miedo. ¿En qué pensaba antes de conocerle? Supongo que solo en el trabajo, pero todos conocen el viejo dicho sobre trabajar mucho y divertirse poco.

Hasta que apareció Enzo, había estado viviendo una vida muy aburrida. Es la verdad y puedo admitirlo porque ahora que sé cómo

se siente tener a Enzo en mi vida, no quiero volver nunca a lo de antes. Triste y solitaria.

Nuestro fin de semana juntos fue perfecto en todos los sentidos, pero ahora que ha terminado, no tengo ni idea de qué esperar cuando vaya a la oficina. ¿Volverá a convertirse en su yo frío e implacable? ¿Volveremos a nuestras viejas costumbres y comenzaremos a discutir y a sacarnos de quicio mutuamente? ¿O subirá la temperatura y esperará un polvo rápido en su despacho?

Ojalá pudiera llamar y decir que estoy enferma durante las próximas tres semanas. Es difícil creer que es todo el tiempo que nos queda juntos antes de que Doug tome una decisión permanente y elija a quién va a vender Holloway Corp. La competidora que hay en mí tiene que ganar. Pero, ¿a qué precio? Y, ¿realmente merece la pena?

Después de aplicarme el maquillaje y cepillarme el pelo, se me ocurre que no puedo tener ambas cosas. Si quiero la empresa de Holloway y gano, entonces voy a perder a Enzo. ¿Cómo podría no ser así? Va a estar furioso.

Por otro lado, si eligen a Enzo, ¿no estaré yo enfadada también? Soy competitiva, así que sí, estaré molesta. Al mismo tiempo, estoy más que lista para que se tome una decisión y que todo esto termine de una vez. Supongo que hay otras empresas que comprar.

Odio pensar en ello. No ver a Enzo todos los días va a ser muy extraño.

A menos que podamos superar nuestros egos y darnos una oportunidad fuera del trabajo. Como hicimos este fin de semana. Cuando no lo veía como la competencia y pudimos relajarnos y vivir el momento, todo fue tan maravilloso.

Quizás no estoy siendo realista. Pero me gustaría pensar que tenemos una oportunidad juntos. Una parte de mí desearía que hubiéramos hablado de lo que sucede después. A menos que solo

sea un pensamiento ilusorio. Dios, estoy tan confundida y ahora mi estómago está empezando a rugir de nuevo.

Tengo la sensación de que hoy no va a ser un buen día.

Y tengo razón.

Para empezar, llego tarde a mi oficina porque en cuanto aparco, las náuseas me golpean de nuevo... y con fuerza. Paso otros quince minutos vomitando. Después, me enjuago la boca con un poco de agua, pero todo lo que tengo es un viejo caramelo de menta pegajoso en el fondo de mi bolso. Ni cepillo de dientes ni enjuague bucal. *Uf.* Supongo que podría bajar corriendo a la farmacia de la esquina, pero eso me hará llegar aún más tarde y odio llegar tarde. Con pasión.

Así que me aguanto y decido dar la cara un rato y luego escabullirme para ir a buscar algunas cosillas para refrescar mi aliento. Acabo de terminar la menta y mi boca todavía sabe a porquería cuando Enzo aparece en la puerta de mi oficina. Parece tan inseguro como yo me siento.

—Hola —dice en voz baja.

—Hola —respondo.

Entrecierra los ojos, estudiándome demasiado de cerca, y yo me remuevo inquieta. —¿Estás bien?

—Bien —consigo decir justo cuando mi estómago vuelve a agitarse. *Oh, Dios.* Esperando que desaparezca, sonrío. Desafortunadamente, se siente totalmente equivocado. Falso como el demonio. Aparto la mirada, fingiendo buscar algo en mi escritorio cuando sé que voy a tener que correr de nuevo al baño. *Mierda.* Debo estar pillando un virus estomacal o la gripe.

Al levantarme, mis tacones tambalean ligeramente y me agarro al borde del escritorio para estabilizarme. Por supuesto, a Enzo no se le

escapa nada y frunce el ceño. *¿Desde cuándo se ha vuelto tan observador?*, me pregunto con irritación.

Vale, ahora necesito moverme y camino rápidamente hacia la puerta e intento esquivar su gran cuerpo, pero él me detiene. —¿Qué está pasando? —pregunta en voz baja, agarrándome del codo y apretando ligeramente—. Estás pálida.

Nuestras caras están cerca y sé que mi aliento debe apestar, así que discretamente me cubro la boca con el dorso de la mano y me aparto de él. —Nada.

—Deja de decir "bien" y "nada", Bri. Dime...

Mi estómago gorgotea y libero mi brazo y salgo disparada hacia el baño, llegando apenas a tiempo al cubículo. Mientras vomito por tercera maldita vez esta mañana, mi cerebro casi explota cuando un pensamiento ominoso lo atraviesa...

¿Estoy embarazada?

—Oh, Dios —gimo y vuelvo a vomitar. Pero ya no queda nada dentro de mi pobre estómago y mi garganta arde con el sabor de la bilis. Apoyando la cabeza contra la pared del cubículo, cierro los ojos y espero a que las náuseas desaparezcan.

Abro los ojos de golpe cuando la puerta del baño se abre y casi lloro cuando escucho unos pasos pesados entrar. —¿Gabriella? —pregunta Enzo—. ¿Estás bien, cariño?

Oh, por el amor de Dios. ¿No puede dejarme vomitar en paz?

Estiro la mano, cojo un montón de papel higiénico y me limpio la boca. Lo último que una mujer quiere es que el hombre que le gusta la asocie con cualquier tipo de función corporal. Sí, sé que es una tontería y que todo ser humano eructa, se tira pedos y caga. Pero no necesito que Enzo Rossi lo sepa ahora mismo. Quizás si hubiéramos estado saliendo un tiempo o viviendo juntos, no sería tan consciente de mí misma. Pero ahora mismo me siento como Carrie Bradshaw en

el momento en que se tiró un pedo por primera vez delante de Mr. Big en *Sexo en Nueva York*.

Matadme ahora mismo.

—No —susurro, decidiendo ser honesta—. Creo que estoy pillando algo.

Puedo oírle caminar hasta el cubículo en el que estoy encerrada y ver sus brillantes zapatos de cuero cuando miro hacia abajo.

—¿Puedes abrir la puerta?

—¡No! Vete, Enzo —gimo—. Déjame morir en paz.

—Cariño, no te estás muriendo. Abre la puerta y déjame ayudarte —me persuade.

—Me siento fatal y huelo a vómito. —Tal vez tenga una intoxicación alimentaria. Eso parece una conclusión mucho mejor y más segura que estar embarazada.

—Está bien, si no vas a abrir la puerta, ¿qué tal si te consigo un refresco de jengibre y unas galletas saladas? Para ayudar a asentar tu estómago.

Mi pecho se contrae. Está siendo tan dulce y yo estoy siendo un dolor de cabeza, pero no puedo evitarlo. Estoy avergonzada y odio mostrar cualquier tipo de debilidad.

—¿Y un cepillo de dientes? —pregunto en voz baja.

—Puedo hacer eso. Bajaré corriendo a la farmacia. ¿Algo más?

¿Un test de embarazo? No me atrevo a decir eso, por supuesto, pero también le pido pasta de dientes. Cuando finalmente se va, tengo que admitir que es bastante agradable tener a alguien que me ayude cuando lo necesito. Normalmente, lo hago todo yo misma. Ha habido ocasiones en las que he estado tan enferma y he tenido que ir a la tienda a comprar sopa, Gatorade y medicinas, que casi me desmayé antes de poder llegar a la caja. Tener el lujo de que alguien

cuide de mí así cuando no me siento bien... no tiene precio y me hace preguntarme cómo sería tener a Enzo en mi vida como mi novio.

Sería realmente muy agradable. Sin duda alguna.

Una vez que me arrastro del suelo del baño y me enjuago la boca con un poco de agua, me seco la cara con una toalla de papel. Haciendo una bola con la toalla de papel, estudio mi rostro pálido en el espejo sobre el lavabo e intento no hacer una mueca. Sin lugar a dudas, parezco la muerte recalentada. Y me siento así también.

Después de recuperar algo de compostura, vuelvo a mi oficina y me tumbo en el pequeño sofá, acurrucándome y metiendo las manos bajo mi barbilla. Enzo regresa en tiempo récord, llevando dos bolsas llenas de cosas. Me incorporo hasta quedar sentada y frunzo el ceño.

—¿Qué es todo eso? —pregunto.

—Todo lo que puedas querer o necesitar —dice y se acerca a grandes zancadas. Mientras saca una botella de agua con electrolitos de una bolsa, abriéndola para mí, echo un vistazo a la otra bolsa. Creo que ha comprado de todo, desde Pepto Bismol hasta pastillas para el dolor de garganta. Tratando de no sonreír, tomo la botella que me ofrece.

—Gracias.

—Necesitas mantenerte hidratada —me dice. Luego abre un paquete de galletas—. No tenían galletas saladas, pero estas son bastante parecidas. Deberían ayudar a asentar tu estómago.

Se arrodilla junto al sofá e inclina el paquete hacia mí. Agradecida, tomo una y mordisqueo la esquina.

—Mi madre siempre nos daba galletas cuando nos dolía el estómago —dice, y yo asiento.

Es raro porque estoy empezando a sentirme perfectamente normal de nuevo. Como si nunca hubiera pasado nada y eso es una señal

de alarma muy grande. ¿Podría estar teniendo náuseas matutinas? La idea de estar embarazada es suficiente para ponerme en pánico.

Mientras termino mi galleta, Enzo alcanza mi pie y me quita primero un tacón seguido del otro. Luego comienza a masajear mis pies y me recuesto contra el sofá, permitiéndome estar más cómoda.

—Mmm, eso se siente tan bien —murmuro, tratando de no gemir y fallando miserablemente.

—Todavía te ves un poco pálida. Es posible que estés pillando algo —se inclina más cerca y presiona su palma contra mi frente—, o tienes una intoxicación alimentaria. Incluso podría ser un caso de nervios y agotamiento. Estas últimas cinco semanas más o menos han sido una locura.

Por un momento, ambos estamos callados mientras él continúa amasando el arco de mi pie izquierdo.

—Lo siento si he sido la causa de parte de ese estrés —dice. Suena tan sincero que quiero atraerlo a mis brazos y besarlo. Pero entonces recuerdo mi mal aliento y decido que es mejor no hacerlo.

—¿Quién iba a pensar que Enzo Rossi podía ser tan dulce? —pregunto suavemente.

—No muy a menudo. Y solo contigo —añade, con la boca levantándose en una sonrisa adorable.

—Gracias.

—De nada —dice, luego coloca mis pies sobre su muslo—. Tengo algo que decir, ¿así que me escucharás? ¿Y considerarás mi sugerencia?

—¿Qué?

—Quiero llevarte a casa, acomodarte en tu cama y luego quiero que descanses. Que duermas porque sé que no dormimos mucho las últimas dos noches.

Mis mejillas se sonrojan y normalmente lucharía contra él por salir temprano de la oficina, pero creo que vomité toda mi pelea. Estoy cansada. Exhausta incluso, y su sugerencia suena celestial.

—Si quieres que me quede, puedo hacerlo, pero entonces estaré tentado a tocarte y... —me envía una sonrisa muy seductora y encoge los hombros.

—Igual —murmuro, extiendo la mano y paso mis dedos por su pelo. Está un poco crujiente con el gel y quiero burlarme de él, pero estoy demasiado cansada—. ¿Me llevarás a casa, Enzo?

Por un momento, parece sorprendido de que haya aceptado tan rápido. Pero luego asiente, me pone de nuevo los zapatos, agarra las bolsas y me ayuda a bajar hasta mi coche, que conduce de vuelta a mi casa. Me dice que volverá a la oficina en Uber y, de nuevo, no discuto.

Ver este lado más suave de Enzo hace que me guste aún más. Consigue desvestirme y ponerme una camiseta y unos pantalones cómodos sin hacerlo sexual. Luego me mete en la cama y me besa la frente.

—Si necesitas algo, llama y volveré. ¿Vale?

—Vale.

—Sinceramente, cariño, creo que lo único que realmente necesitas es una buena y larga siesta y estarás bien.

Después de otro beso rápido, se despide y lo veo salir de mi dormitorio. En el momento en que se va, me siento y pongo una mano sobre mi corazón. Ahora mismo, está latiendo en mi pecho, latiendo tan fuerte por ese hombre. Y sé con absoluta certeza que me estoy enamorando perdidamente de él. También es aterrador, especialmente porque podría haber una adición a esta pequeña fiesta.

¿Un bebé?

Soy el tipo de persona que necesita respuestas inmediatamente. No hay manera de que pueda dormirme o quedarme aquí preguntándome si estoy embarazada sin volverme completamente loca. Deslizándome fuera de la cama, me pongo unos pantalones de chándal, agarro mi bolso y me dirijo a la farmacia. Compro tres pruebas de embarazo y me apresuro a volver a casa.

Después de leer cuidadosamente las instrucciones, hago la primera prueba y espero con el corazón en la garganta. Después del tiempo asignado, miro el palito y está muy claramente positivo.

—Oh, mierda —susurro e inmediatamente procedo a abrir la segunda prueba. Después de obtener el mismo resultado, hago la tercera y última prueba porque soy minuciosa de esa manera.

Las tres pruebas indican que estoy embarazada de un bebé de Enzo Rossi.

Un torbellino de emociones me atraviesa y todo mi mundo comienza a girar como si estuviera en algún tipo de atracción de feria fuera de control. ¿Cómo voy a decírselo a Enzo? ¿Qué va a pensar? ¿Huirá o se quedará?

Mi familia va a enloquecer porque odian a los Rossi. Bueno, mi madre me apoyará porque me quiere. Todos los demás —mis primos y mi tío Sal— probablemente tendrán un ataque de apoplejía.

¿Y tendré el tiempo y la energía necesarios para trabajar? ¿Especialmente si adquiero Holloway Corp.?

Es demasiado para pensar ahora mismo, así que hago lo que Enzo sugirió. Me acuesto en la cama y me acurruco en una pequeña bola, queriendo dormirme y olvidarme de mi vida durante el mayor tiempo posible.

16

ENZO

Después de llevar a Gabriella a casa y arroparla, vuelvo a la oficina. Me gustaría pensar que solo tiene un virus estomacal y que estará bien mañana. La idea de que pudiera ser algo más serio es absurda. Es joven, está sana y es fuerte. Sin embargo, tampoco soy estúpido. Hemos sido extremadamente descuidados con todo el sexo que hemos estado teniendo últimamente. Pero, si hago cálculos, me lleva a nuestra primera noche juntos. Y recuerdo vívidamente cuando quité aquel condón defectuoso.

Mierda. No le mencioné nada en ese momento porque me había convencido a mí mismo de que todo estaba bien. Pero ¿y si no lo está? ¿Y si se quedó embarazada y ahora lleva a mi hijo?

Quizás la idea debería asustarme pero, curiosamente, me encuentro teniendo exactamente la reacción opuesta al miedo. La idea de que Bri lleve a mi bebé me pone un poco eufórico. La parte retorcida de mí sabe que esto nos uniría para el resto de nuestras vidas, porque planeo estar presente en la vida de mi hijo de todas las formas posibles. También en la suya, si tengo suerte.

Mirando por la ventana, incapaz de concentrarme, pienso en cómo un bebé cambiaría nuestras vidas de tantas maneras. Querría más

de ella, pero no tengo ni idea de si ella siente lo mismo. Gabriella es todo lo que siempre he querido, pero nunca pensé que encontraría. Siempre estoy demasiado ocupado para dar una oportunidad a las relaciones pero, por primera vez en mi vida, quiero intentarlo. Estoy listo para lanzarme al agua profunda con ella y entregarle todo de mí. Darle mi amor.

Suelto un suspiro tembloroso. El amor no es algo que planee hacer a medias. Si ella está dentro, si vamos a hacer esto, voy a amar a Gabriella con cada gramo de mi corazón y alma. Lo que ella quiera, se lo daré, y sin ninguna vacilación. Ella se convertirá en mi único centro de atención... mi mundo.

Estoy debatiendo si volver a su casa y ver cómo está dentro de unas horas cuando oigo que llaman a la puerta. Al girarme, veo a Doug Holloway entrando.

—Hola, Enzo —dice sonriendo—, ¿cómo va todo?

—Muy bien —respondo, colocándome la máscara—. ¿Cómo está usted?

—Nunca he estado mejor. He estado leyendo todos los informes y estoy encantado con lo que habéis conseguido los dos en el último mes y medio.

—Me alegra oírlo.

—También me han invitado a pasar un tiempo en Grecia la semana que viene con una buena amiga... —Mueve las cejas de manera sugestiva—, y no voy a dejarlo pasar. Si entiendes lo que quiero decir.

Vaya. Pensaba que este hombre seguía de luto por su esposa. Aparentemente no, porque suena como si hubiera seguido adelante con una amiga. Lo cual supongo que es su prerrogativa, pero aun así me parece extraño.

—Por mucho que eche de menos a Laura, sé que ella querría que siguiera viviendo, ¿sabes?

—Por supuesto que lo querría —digo, pero la verdad es que Doug suena como un auténtico gilipollas en este momento.

—¿Dónde está Gabriella? —pregunta.

Me aclaro la garganta y me doy cuenta de que, justo cuando ella no está, por supuesto el propietario viene a ver cómo nos va. —Le dije que se fuera a casa porque no se encontraba bien. Creo que tiene una intoxicación alimentaria.

—Oh, qué lástima. Bueno, supongo que esto ha salido bien porque quería hablar contigo primero.

—¿Ah sí? ¿Sobre qué? —Arqueo una ceja, preguntándome por qué no querría hablarnos a los dos. Y, en ese momento, recuerdo a Gabriella diciéndome cómo, siendo mujer, tiene que esforzarse mucho más para que la tomen tan en serio como a sus homólogos masculinos.

—He tomado mi decisión sobre a quién voy a vender la empresa —anuncia y me sonríe ampliamente.

Mi estómago se hunde, y no de buena manera. —¿No cree que Gabriella debería estar aquí para ese anuncio? —pregunto.

—No si no es ella. —Se ríe y me da una de esas miradas de "club de hombres"—. Por mucho que me caiga bien Gabriella, me preocupa dejar las riendas en manos de una mujer. Por lo que sé, podría quedarse embarazada el año que viene y decidir que prefiere ser madre a tiempo completo. ¿Y dónde quedaría entonces Holloway Corp.?

Vaya. No sabía que Doug fuera tan capullo. Normalmente, me regodearía en tal victoria, pero no me siento con ganas de celebrar. De hecho, me siento un poco mal del estómago.

—Además, todo el mundo sabe que tienes una reputación impecable y el toque de Midas. Como he dicho, respeto a Gabriella por haberlo intentado, pero en el momento en que tú mostraste interés, el juego se acabó para ella. Sería completamente idiota si la eligiera a ella en lugar de a ti.

Rechino los dientes mientras una ola de ira me inunda. —Gabriella es una empresaria brillante —digo un poco más duramente de lo que pretendo, defendiéndola—. Tendría suerte de tenerla dirigiendo esta empresa.

Una empresa que ignoraste y prácticamente llevaste a la ruina, quiero añadir, pero no lo hago por pura fuerza de voluntad.

—Oh, sí, claro —acepta rápidamente—. Como he dicho, me cae bien. Es inteligente y agradable a la vista, pero me siento mucho mejor dejando Holloway Corp. en tus capaces manos.

—Con todo respeto, Sr. Holloway, ¿por qué siquiera fingió que no podía decidirse? ¿Por qué hacernos trabajar juntos durante casi dos meses si nunca tuvo intención de venderle a ella?

—Bueno, ya sabes cómo es hoy en día con todos demandando por esto y por lo otro y alegando discriminación y todas esas tonterías. Quería que pensara que le estaba dando una oportunidad justa, también. Y realmente lo hice. Más o menos. —Se ríe y me entran unas súbitas ganas de golpearle. Me enfurece que básicamente le haya dado falsas esperanzas a Gabriella y la haya entretenido. Le hizo pensar que si trabajaba lo suficiente podría ganar. Y la verdad es que él nunca tuvo intención de venderle a ella. No realmente.

Ganar. De eso se ha tratado todo esto. Ganar Holloway Corp. y vencer a Gabriella. O, al menos, eso es lo que pensaba. Pero ahora las cosas se están aclarando.

Lo único que quiero ganar es a *ella.*

Pero ¿me quiere ella también?

Honestamente, no estoy tan seguro. Y, después de que se entere de que ha perdido y Doug no la eligió, estará molesta. Probablemente sea un eufemismo. Conociendo a Gabriella, estará destrozada y probablemente se enfadará conmigo. Lo último que quiero es que se aleje de mí. De la idea de nosotros. Especialmente después de que nos acercáramos más este fin de semana pasado.

—Podemos empezar con el papeleo tan pronto como...

—Doug —interrumpo, levantando una mano, tomando una decisión en una fracción de segundo y esperando no arrepentirme más tarde —, voy a tener que retirarme. Dé la empresa a Gabriella. Se lo merece.

Sus ojos casi se salen de su cabeza. —¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo ahora mismo?

Lo extraño es que me siento perfectamente conforme con lo que estoy haciendo y cómo estoy manejando la situación. —Estoy seguro.

Sacude la cabeza, con confusión en sus ojos. —¿En qué momento tomaste esta decisión? ¿Y por qué?

En el momento en que me di cuenta de que me estoy enamorando de Gabriella, pienso. Y me niego a hacer cualquier cosa que pueda hacer que la pierda.

—Cuando me di cuenta de que ella es más importante que ganar dinero —digo y me levanto. Mientras recojo mis cosas, dirijo mi atención a Doug, entrecerrando los ojos—. Ella es la persona adecuada para llevar esta empresa hacia un futuro muy rentable, tanto si decide tener hijos, casarse o permanecer soltera. Nada de eso debería importar una mierda. No importaría en mi caso y no debería importar en el suyo.

Doug simplemente me mira como si hubiera perdido la cabeza.

Después de cerrar mi maletín de golpe, le lanzo al otro hombre mi mirada más intimidante, la que ha asustado a competidores y les ha hecho salir corriendo. —Le sugiero que llame a Gabriella inmediatamente y le haga saber que la ha elegido para venderle Holloway al precio que ella ofreció inicialmente. De lo contrario, sería un hombre muy insensato y estúpido.

Doug se aclara la garganta. —Quiero decir, ella es inteligente.

—Oh, es más que inteligente. Es jodidamente brillante y tendrías mucha suerte de que ella enderece este barco que se hunde y lo haga rentable de nuevo.

Su cara se enrojece. —¿Estás seguro de esto, Enzo? Realmente pensaba...

—Segurísimo —interrumpo con suavidad—. Haga la llamada, Doug. Antes de que tenga que recordarle que mi apellido es Rossi.

Doug traga saliva, con la nuez moviéndose nerviosamente, mientras me doy la vuelta y salgo. Bien. Normalmente no utilizo mi apellido así, como una especie de táctica de intimidación, pero quiero asegurarme de que Holloway elija a Gabriella. Hablando de la cual...

Me detengo en la puerta y miro por encima del hombro. —Y quizás aún más, no olvide que su apellido es Bianche.

Comienza a asentir rápidamente. —La llamaré —me asegura.

—Muy sensato —digo y salgo. Se siente bien lavarme las manos de Holloway Corp. y toda la culpa que había reprimido desde que actué a espaldas de Gabriella.

Decidiendo ir a ver cómo está, conduzco directamente a su apartamento. Por supuesto, también quiero estar allí para felicitarla cuando Doug llame y le ofrezca la empresa. Cuando abre la puerta, no recibo la cálida bienvenida que esperaba. De hecho, parece bastante molesta.

—¿Cómo te sientes? —pregunto mientras retrocede con desgana, dejándome entrar.

—Bien. Tenemos que hablar.

Bueno, esa no es una buena señal. —Claro —digo lentamente, volviéndome hacia ella. Tiene buen aspecto: el color ha vuelto a sus mejillas y parece tan enérgica como siempre. Quizá demasiado nerviosa por algo. Esperaba celebrar, pero no parece que esté de humor para celebraciones.

—¿Por qué te retiraste? —pregunta, cruzando los brazos.

Maldita sea. Doug no estaba bromeando y debe haber llamado a Gabriella antes incluso de que yo llegara al aparcamiento. Por mucho que me gustaría pensar que fue gracias a mí, lo sé mejor. El soltar intencionadamente nuestros apellidos como lo hice descaradamente fue un golpe de nocaut total.

—Por varias razones. ¿Por qué no estás más contenta con mi decisión? Acabo de hacerlo todo bastante fácil para todos, ¿no crees?

—¿Desde cuándo Enzo Rossi hace las cosas fáciles? ¿Qué? ¿Piensas que no podría manejarlo? ¿Que habría perdido contra ti si hubieras seguido en la competición? ¿Y eso pondría un freno a nuestros polvos, no?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. —¿De qué demonios estás hablando? Me retiré para que pudieras tener Holloway. Es lo que querías.

—¡Exactamente! ¡No creías que pudiera conseguirla por mi cuenta!

—¡No podías! Doug vino a la oficina después de que te fueras y mostró su verdadera cara.

Ella frunce el ceño. —¿De qué estás hablando?

—Dijo que en el momento en que entré en el juego, nunca tuvo la intención de elegirte. —Su cara decae y me siento como un imbécil. Suavizo mi voz y digo—: Tenías razón. Se comportó como en un club de chicos. Incluso quería terminar las cosas antes porque se va a Grecia con una mujer.

Gabriella simplemente parpadea y, por primera vez desde que la conozco, se queda sin palabras. —Pero, Laura —murmura finalmente —. Me dijo lo mucho que echa de menos a su esposa que falleció el año pasado.

Hago una mueca. —Bueno, parece que ha pasado página.

—No lo entiendo. ¿Por qué nos hizo trabajar juntos? ¿Por qué no te eligió a ti directamente? No tiene ningún sentido.

—Le pregunté lo mismo y dijo... —Mi voz se apaga. No quiero decirle la verdad, pero la respeto demasiado para no hacerlo.

—¿Qué? —insiste.

—Dijo que quería que creyeras que tenías una oportunidad. Pero la verdad es que ya había tomado su decisión desde el momento en que yo entré por la puerta.

—Oh.

Maldita sea. Parece absolutamente abatida y, por un breve momento, pienso que va a llorar. Pero entonces aparta la emoción y vuelve a ponerse su máscara.

—Lo siento, Bri. Holloway resultó ser un imbécil, pero ganaste. La empresa es toda tuya.

Ella me estudia detenidamente. —Nunca has dicho exactamente por qué te retiraste.

—Porque te lo mereces.

—He ganado por descalificación. Eso apenas cuenta.

—Por supuesto que cuenta, cariño. Una vez que firmes los papeles, será toda tuya. No importa realmente cómo ha sucedido.

—Sí que importa —insiste—. Doug no me eligió realmente. Te quería a ti.

—¿A quién le importa? Vas a conseguir lo que querías. Eso es algo bueno.

Una extraña expresión cruza su rostro y no tengo ni idea de lo que está pasando dentro de esa hermosa cabeza suya.

17

GABRIELLA

Pero, ¿estoy consiguiendo lo que quiero? ¿De verdad? No, no es así. Porque lo que realmente quiero es que Enzo Rossi me tome en sus brazos y me diga que me quiere. Quiero contarle sobre el bebé —nuestro bebé— y que me diga que está emocionado. Que quiere pasar su vida conmigo. Con nosotros.

Pero las palabras se me atrancan en la garganta como pegamento. Todavía no estoy completamente segura de por qué Enzo se echó atrás y, desde luego, no aprecio que Doug Holloway esté desperdiciando mi valioso tiempo. Ni que me mienta. Todavía recuerdo nuestra conversación con total claridad sobre cuánto echaba de menos a su difunta esposa a cada momento. Lo difícil que era para él seguir adelante.

Mentiroso.

Odio la idea de ganar por descalificación. Hace que mi faceta competitiva se estremezca. Pero, en fin. Me quedaré con Holloway Corp. y la convertiré en la mejor máquina de hacer dinero que pueda. Y luego voy a cambiar el maldito nombre. Que le den a Doug Holloway.

Echando un vistazo a mi elegante reloj, me doy cuenta de que tengo que irme o llegaré tarde a mi cita con el médico. Consiguieron hacerme un hueco tras una cancelación y lo aproveché. Porque aunque me hice tres pruebas de embarazo como una persona totalmente neurótica y un poco loca, necesito confirmación oficial. Además, necesito saber qué viene después. ¿Qué debería estar haciendo, comiendo, bebiendo? ¿Puedo hacer ejercicio? ¿Hay alguna actividad que debería evitar? Definitivamente necesito vitaminas prenatales y...

Me encuentro con la mirada oscura de Enzo y sé que necesito contárselo, pero aún no. No hasta que esté confirmado.

—Tengo que irme —digo y cojo mi bolso.

—¿A dónde? —pregunta, frunciendo el ceño—. Se supone que debes estar descansando.

—Me siento mejor y tengo una cita. No tardaré mucho, de todos modos. Aunque no es asunto tuyo.

—Bri, de verdad deberías ir a tumbarte y...

—Enzo, por favor. Estoy bien. —El feroz ceño que se extiende por su rostro cincelado me hace sonreír. Sin poder evitarlo, extiendo la mano y acaricio su mejilla suave. Me encanta lo protector que es conmigo—. Prometo echarme una siesta tan pronto como regrese, ¿de acuerdo?

—Volveré a las 5:30 armado con sopa y galletas. Más te vale estar aquí para que pueda cuidarte hasta que te sientas agobiada.

Su boca se curva hacia arriba y paso mi pulgar por su labio inferior. Responde al instante, sacando la lengua para lamer mi piel. Inmediatamente me envía una descarga eléctrica por todo el cuerpo. ¿Cuándo se volvió tan dulce? Bueno, espero que después de contarle lo del bebé esta noche, no salga corriendo. Aunque me siento bastante segura de que no lo hará. A Enzo le gustan los buenos desafíos, averiguar cómo hacer que las cosas funcionen y tener éxito

al hacerlo. Tener un bebé conmigo sería su mayor y más definitivo reto hasta ahora.

—Tengo que irme —susurro. Asiente con la cabeza y salimos juntos. Después de despedirnos, me dirijo directamente a la consulta del médico y mis nervios empiezan a enloquecerse. Tener un bebé cambiará toda mi vida. ¿Estoy preparada para eso? Aunque, ¿alguien está realmente preparado para un bebé? Probablemente no.

Menos de una hora después, salgo armada con todos los conocimientos básicos que necesito sobre estar embarazada de seis semanas y media. No puedo creer que vaya a ser madre. Trazando la línea temporal hacia atrás, sé que concebí durante nuestra "aventura de una noche", y uso esa frase de forma imprecisa. Usamos protección, así que estoy un poco desconcertada. Por supuesto, siempre dicen que nada es cien por cien eficaz. Caso en cuestión, ¿no?

Una vez de vuelta en mi coche, me quedo sentada durante un largo momento, solo respirando e intentando averiguar qué voy a hacer ahora que todo está cambiando. Primero, por supuesto, se lo diré a Enzo cuando vuelva esta noche. No tengo ni idea de cómo va a reaccionar y, cuanto más lo pienso, más intranquila me siento. De repente, me siento ligeramente entumecida e insegura. ¿Y si no quiere saber nada de nosotros? Porque eso es lo que somos a partir de ahora —no solo yo, *nosotros*.

Soy fuerte, inteligente y recursiva. Si llega el momento en que tenga que averiguar cómo ser madre soltera y compaginar un bebé con una carrera exitosa, lo haré. Por suerte, estoy en una posición en la que puedo trabajar desde casa la mayor parte del tiempo, así que eso es una gran ventaja. También puedo permitirme una niñera o una guardería si lo necesito. Mi madre estará encantada de convertirse en abuela y probablemente se ofrecerá a cuidar del bebé más a menudo que no.

No estás sola, me digo a mí misma. *Si Enzo dice que no está preparado y se marcha, puedes hacerlo.*

Sin embargo, no puedo evitar estar nerviosa. Aun así, esto es demasiado importante para mantenerlo en secreto o esperar para decírselo. Justo cuando estoy entrando en el garaje, recibo un mensaje y miro hacia abajo para ver que es de Lili. Haciendo una mueca, apago el coche y recuerdo que todavía tengo cuentas pendientes con ella. Tuvo que ser ella quien le chivó a Romeo lo de mi rollo con Enzo.

Abro el mensaje y leo: *hola, estoy en tu casa. ¿dónde estás?*

De camino, respondo. Veo a Lili esperando fuera de la puerta de mi apartamento y nos abrazamos antes de que la abra. Antes de que pueda decir una palabra, ella se deshace en disculpas.

—Lo siento muchísimo, Gabs. ¡Mi bocaza! —Me pone ojos tristes y no puedo enfadarme con ella. Es culpa mía porque sé que no puede guardar un secreto, pero aun así me confié a ella.

—Vamos, pasa —la invito—. Sé que a veces no puedes controlarte.

Lili ríe nerviosa. —De verdad que no puedo. Abro la boca y las cosas simplemente salen. Es como agua saliendo de un grifo e intento cerrarla, pero...

—Sinceramente, Lili, es culpa mía. Pero es tu culpa por salir con Romeo. Es un capullo.

—Lo sé. Estoy tan enfadada con él ahora mismo por lo que hizo. Debería haber roto con él, pero luego las cosas volvieron a ir bien. Si sabes a lo que me refiero.

—Uf, por favor, para. No quiero escuchar todos los detalles escabrosos. —Lili siempre se siente atraída por los hombres equivocados y Romeo es solo otra manzana podrida que añadir a la lista de imbéciles con los que ha salido. Probablemente no debería haberla advertido porque en el momento en que lo hice, su interés se disparó. Supongo que los chicos malos son su hierba gatera.

¿Yo, por otra parte? Estoy buscando algo más. No quiero jugadores ni idiotas; quiero alguien dulce y atento. Ahora que llevo al bebé de Enzo, mi esperanza es que él y yo podamos arreglar las cosas. Incluso si no quiere un futuro conmigo, espero que quiera estar en la vida del bebé.

Oh, ¿a quién quiero engañar? Quiero a Enzo en mi vida con desesperación y si se aleja, quedaré destrozada. Más específicamente, mi corazón lo estará. Lo sepa o no, lo tiene en la palma de su mano. Espero que lo trate con cuidado.

Empiezo a caminar hacia la cocina. —¿Quieres algo de beber? —pregunto.

—Claro. Un agua está bien. Voy a usar tu baño rápido.

Cojo dos botellas heladas de agua de la nevera y vuelvo a sentarme en el sofá. Ojalá pudiera confiar en Lili sobre el bebé y pedirle consejo. Pero después de que le contara a Romeo que Enzo y yo nos habíamos acostado, sé que es mejor no confiar en ella. Aunque, ella es mi amiga más cercana, a pesar de tener una boca más grande que Texas.

Cuando Lili vuelve a entrar en la habitación, sus ojos están grandes como platos.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Um, Gabs, ¿puedo preguntar por qué tienes tres pruebas de embarazo en tu basura? ¿Hay algo que deba saber, como tu mejor amiga?

Oh, mierda, mierda, mierda. Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos con fuerza. Vale, parece que voy a confesarme a Lili después de todo.

—Lili —digo, tratando de mantener la calma y organizar mis pensamientos—, necesito que mantengas esto en secreto, ¿vale?

—¡Diosmío! ¿Estás...? —Sus palabras se desvanecen.

Esperando no arrepentirme, pero sabiendo que ya es demasiado tarde para negarlo, asiento lentamente. —Estoy embarazada... y es el bebé de Enzo.

Lili empieza a caminar de un lado a otro, gesticulando salvajemente con las manos mientras habla. —¡No puedo creerlo! ¿Cómo demonios ha pasado esto? Es decir, sé cómo ha pasado, pero ¿cómo has dejado que pasara? ¿Qué dijo Enzo? ¿Siquiera lo sabe ya? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a quedarte con el bebé?

Levanto una mano, sintiéndome de repente completamente abrumada. —Por favor, deja de moverte. Me estás mareando. Y, por el amor de Dios, una pregunta a la vez.

—Lo siento. —Se sienta a mi lado en el sofá y toma mis manos entre las suyas. A pesar de ser una cotilla, Lili es una buena amiga cuando se trata de ofrecer consejos y un hombro para llorar—. Primero, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes con todo este asunto?

De la nada, siento que las lágrimas me queman en los párpados. —Aguantando —digo—. Con mucha incertidumbre, muy asustada y ahora supongo que mucho más emocional de lo habitual.

Una lágrima se desliza por mi mejilla y suelto una mano de las de Lili para limpiarme la cara.

—Oh, Gabs, vas a estar bien. Eres la persona más fuerte e inteligente que conozco.

—Gracias —murmuro secamente—. No me siento muy inteligente. Quiero decir, ¿qué mujer inteligente se queda embarazada después de una aventura de una noche? Pero lo que es una locura es que usamos protección. Por eso todo esto me pilló desprevenida.

Lili se encoge de hombros. —Pasa. Nada es cien por cien efectivo.

—Y para contestar a tus preguntas: sí, voy a quedarme con el bebé y acabo de recibir la confirmación del médico. De ahí venía cuando me mandaste el mensaje. Así que eres la primera en saberlo, tía Lili.

—¡Dios mío, voy a ser tía! —chilla y me da un gran abrazo. No puedo evitar reír y se siente bien contárselo. Incluso si se va de la lengua, todo el mundo se enterará dentro de poco, de todos modos. No es como si pudiera mantener esto en secreto durante mucho tiempo.

Nos separamos y su sonrisa se desvanece.

—¿Qué? —pregunto.

—La familia Bianche va a enloquecer cuando se entere de que estás esperando un bebé de Enzo Rossi. Las relaciones están muy tensas entre vuestras familias después de lo que pasó con Miceli y Rocco.

—Lo sé, pero tendrán que aceptarlo. Y, sinceramente, yo me puse del lado de Miceli. Rocco secuestró a Alessia. Él mismo se buscó todo eso. Es responsable de su propia perdición, no Miceli.

—Intenta decírselo a Romeo y Tommaso —dice con tono sombrío—. Ellos culpan a Miceli.

—Por supuesto que lo hacen. Pensaban que el sol brillaba por el culo de Rocco. Eran sus lacayos y ahora que se ha ido, están perdidos.

—Quieren venganza, ¿sabes? —me dice.

—¿Venganza contra Miceli?

—Venganza contra toda la familia Rossi.

—Pues más les vale no levantar un dedo contra Enzo o cualquiera de sus hermanos. O su hermana. Haré que los echen de la Alianza de las Cinco Familias tan rápido que les dará vueltas la cabeza.

—Se creen intocables —me informa.

—Lo sé, y esa es la mitad del problema. Pero no lo son. Las otras familias me escucharán a mí y a los Rossi. Si mis primos son lo suficientemente estúpidos como para ir a por Enzo otra vez, me aseguraré de que lo paguen.

—Odio que eso ocurriera. Me siento fatal. ¿Enzo resultó muy herido?

—Angelo, su hermano menor, apareció en el momento exacto y lo ayudó. Pero no fue una pelea justa, Lili. ¿Dos contra uno? No sé quiénes se creen que son, pero tienen que parar.

—¿Puedo preguntarte algo? —Lili me mira atentamente—. ¿Qué sientes por Enzo?

Vaya pregunta tan cargada. Siento tantas cosas. Pero lo que siento más intensamente ya no puede negarse. Ya no solo me estoy enamorando de Enzo Rossi. Creo que pasé ese punto en el momento en que insistió en que saliera temprano del trabajo y me llevó a casa. Me cuidó cuando pensó que estaba enferma y estaba genuinamente preocupado. Ahí fue cuando lo supe.

—Estoy enamorada de él —susurro. Los ojos de Lili se agrandan aún más, aunque no estoy segura de cómo es posible—. Lo que significa que amo a nuestro bebé y haré cualquier cosa para protegerlos a ambos.

18

ENZO

Después de que Gabriella y yo nos separamos, regresé a casa para matar el tiempo antes de volver con la sopa y las galletas que le prometí. Esta noche, pienso asegurarme de que descanse y se cuide. Parece cansada y un poco agotada, lo que me preocupa. Espero que no sea nada grave, pero cuando se trata de Gabriella, no puedo evitar preocuparme y querer asegurarme de que esté feliz y sana.

Me echó rápidamente diciendo que tenía una cita. Por un momento, contemplé seguirla porque claramente era una reunión de última hora, ya que normalmente habría estado trabajando. Pero me dije a mí mismo que no era asunto mío y que debía respetar su privacidad. Siempre puedo preguntarle esta noche y no veo por qué mantendría eso en secreto.

Todo lo que hace Gabriella me concierne y me interesa. Quizás no debería, quizás me estoy precipitando. No lo sé. Caminando hacia la gran cocina de mi loft, saco una cerveza, la abro y doy un largo trago. Y entonces empiezan mis reflexiones.

Dejándome caer en el sofá, me doy cuenta de que apenas conozco a Gabriella desde hace un par de meses y estoy tan colado por ella

que da miedo. Puede que ella aún no lo sepa, pero me tiene comiendo de su mano. Me di cuenta de lo que sentía por ella cuando decidí que era más importante que Holloway Corp. Nunca he permitido que una relación con una mujer triunfara sobre los negocios.

Aunque todo esto es nuevo para mí, se siente correcto. Y es jodidamente refrescante poder dejar el trabajo e ir a casa con una mujer de carne y hueso. Vale, quizás me estoy adelantando, pero ese es mi siguiente objetivo. Quiero que Bri se mude conmigo y quiero darle una oportunidad a esto que hay entre nosotros. Quiero que esa mujer asombrosa, preciosa, inteligente y descarada sea *mi* mujer. Mi novia, mi amante, mi otra mitad —obviamente la mejor mitad— y cualquier otro título que alguien quiera usar. Joder, quiero que sea mi mejor amiga.

Voy a hacerla mía. Por supuesto, ella todavía no lo sabe, pero ese es mi plan.

Levanto los pies y los dejo caer sobre la mesa de café, cruzando los tobillos. Una parte de mí está asustada y nerviosa como el demonio. ¿Y si no está en la misma página? Me gustaría pensar que podría encogerme de hombros y seguir adelante, pero esta es Gabriella Bianche, no una mujer cualquiera con la que salí brevemente. Si me rechaza, voy a quedar destrozado.

—No te va a rechazar —me digo a mí mismo y doy otro sorbo—. *No puede*.

Bueno, si huye, siempre podría usar una jugada del manual de Miceli. Prácticamente secuestró a Alessia, se la llevó a su casa y luego tenía un sacerdote allí a la mañana siguiente para casarse. Todo por su protección, dijo. Ajá, sí, claro.

Aunque no estoy seguro de que eso funcionara. Bri es demasiado feroz e inteligente. No digo que Alessia no lo sea, pero mi Gabriella es tan jodidamente testaruda. No se dejará obligar a hacer nada que no quiera hacer.

Sin embargo, siempre podría persuadirla con algunos orgasmos. Dios sabe que le gustan. La idea de ser el único que ha tenido su boca en su dulce coño me hace condenadamente feliz. Echando la cabeza hacia atrás, gimo, recordando lo mojada que estaba contra mis labios y mi lengua. Sabía a gloria y no puedo esperar para devorarla de nuevo. Antes de darme cuenta, tengo una erección incómoda.

Incorporándome, me reajusto y dejo la botella vacía de cerveza en la mesa. Ya son más de las cuatro, así que decido cambiarme a algo más cómodo y luego ir a su casa antes. Compraré algo de sopa por el camino en la cafetería de la calle. Tienen una sopa de verduras realmente buena que viene con un trozo de pan casero caliente. También pararé para comprarle una caja de galletas saladas y más agua con electrolitos para mantenerla hidratada.

Quitándome el traje, encuentro un par de vaqueros gastados y una camiseta y me los pongo. Luego preparo una bolsa para pasar la noche porque no planeo dejarla sola esta noche. Voy a asegurarme de que esté bien cuidada y voy a mimarla hasta que probablemente se moleste conmigo. Pero, oye, si ella no está cuidando su salud, entonces alguien tiene que hacerlo.

Pensando en nuestra conversación anterior, no estaba exactamente encantada de que yo abandonara la adquisición. Probablemente porque la parte competitiva de ella se esfuerza por ganar a toda costa. Entiendo eso mejor que nadie. Así que, imagina mi propia sorpresa cuando le dije a Doug que ya no estaba interesado. Siempre he elegido el trabajo y ganar dinero como las cosas más importantes en mi vida, solo por detrás de mi familia.

Bueno, si las cosas salen según mi plan, espero que Bri se convierta en familia más pronto que tarde. Es decir... mi esposa.

Me doy una fuerte sacudida en la cabeza, me echo la bolsa al hombro, y se me ocurre que podría estar dirigiéndome rápidamente hacia un territorio muy peligroso. Ya no hablo de enamorarme. Hablo de estar enamorado. Estoy pensando en ella como mía y la

mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, en las buenas y en las malas. Pensamientos como estos deberían hacerme sudar y entrar en pánico, pero está ocurriendo todo lo contrario.

Me llena una sensación de corrección, comodidad y tanto jodido amor. Y, por primera vez, entiendo cómo Miceli y Vin cayeron tan fuerte y tan rápido por sus mujeres. Ambos tenían problemas y cuestiones que resolver, por supuesto, pero no dudaron cuando se trató de proteger a las mujeres que aman. Y tampoco dudaron en convertirlas en sus esposas y, sorprendentemente, dejarlas embarazadas. Miceli y Alessia tienen un hijo guapo y ese pequeño es la niña de los ojos de toda mi familia. Hannah y Vin esperan gemelos y sé que será complicado, pero todos estamos preparados para ayudarles cuando lo necesiten.

Cuando pienso en tener un hijo o una hija, se me aprieta el pecho. No porque crea que estoy listo para tener hijos o que realmente quiera uno, sino porque imagino que será mitad yo y mitad Bri. ¿Y qué podría ser más asombroso que eso? ¿Crear algo tan preciado como un bebé de nuestro amor?

—Joder —siseo y cojo las llaves. O me he convertido en el mayor cursi del mundo o estoy tan enamorado de Gabriella que apenas puedo ver con claridad. De repente sonrío con la sonrisa más grande. Es tan enorme que mi pobre cara duele.

Estoy enamorado de Gabriella.

Es la única explicación para los locos sentimientos y emociones que dan vueltas dentro de mí. Nunca he estado enamorado antes, así que no tengo nada con qué comparar esto. Sin embargo, cuando pienso en Gabriella, todo parece iluminarse dentro y alrededor de mí y casi me siento... eufórico. Es como si no pudiera esperar a verla de nuevo y poder abrazarla entre mis brazos. Todo lo que quiero hacer es abrazarla, besarla y llevarla directamente a la cama. Pero también quiero hablar con ella y conocerla aún mejor. Quiero tener largas y pausadas conversaciones con ella y quiero descubrir sus secretos y

por qué es la persona que es. Quiero que comparta todo conmigo: su corazón, su mente, su cuerpo y su alma.

¿Estoy pidiendo demasiado, demasiado pronto? ¿Está dispuesta a correr este tipo de riesgo y abrirse a mí? Cristo, espero que sí. Porque cuando pienso en mi vida, Gabriella está en ella. Fin de la historia.

Como hombre de negocios, estoy acostumbrado a correr riesgos. Algunos están más calculados e investigados. Otros son una corazonada, y he descubierto que mis corazonadas rara vez se equivocan. Y, ahora mismo, mi instinto y mi corazón me dicen que Gabriella va a ser mía. Mi cerebro solo necesita ponerse al día y dejar de tener dudas.

Después de cerrar la puerta, bajo las escaleras hasta el garaje y pienso en cómo parecía un poco extraña antes. No puedo evitar preguntarme si está molesta conmigo, incluso enfadada, por retirarme del acuerdo con Holloway. No me importa, sin embargo. Quedarme y arriesgarme a perderla para siempre no valía la pena. A la mierda Doug Holloway y su club de chicos. No lo quiero ni lo necesito. Todo lo que necesito es a Bri.

Saco el teléfono del bolsillo y le envío un mensaje rápido a Gabriella: *¿Cómo te encuentras? Voy a buscarte algo de alimento y luego iré para asegurarme de que descanses. Aunque podrías convencerme para acompañarte en la cama... si te apetece.* (emoji de diablo)

Nunca he enviado un emoji en mi vida. ¿Qué me está pasando?

Completamente enredado en mis pensamientos sobre Gabriella, no estoy prestando atención a nada más. Incluyendo las dos sombras oscuras que se acercan a cada lado de mí. Apenas llevo cinco pasos dentro del garaje cuando algo me electrocuta y caigo con fuerza, soltando el teléfono, y el lado de mi cara golpea el pavimento.

¿Qué cojones?

Intento levantarme, listo para defenderme de mis atacantes, pero la confusión me invade cuando me doy cuenta de que no puedo moverme. Mis músculos se niegan a funcionar. El pánico me recorre y, por mucho que lo intente, mi cuerpo se niega a cooperar.

Incapaz de defenderme o moverme, veo un par de botas entrar en mi campo de visión. También oigo voces cuando comienzan a hablar y me lleva un segundo reconocer quiénes son mis atacantes: Tommaso y Romeo Bianche.

Cabrones. Una pesada bota me patea en las costillas antes de que me levanten del suelo y empiecen a arrastrarme hacia un SUV. Deben haberme golpeado con una pistola eléctrica. Estoy tan enfadado ahora mismo que mi visión se vuelve borrosa, con los bordes de un rojo nebuloso. Qué par de cobardes. No querían arriesgarse a luchar conmigo de nuevo porque soy mucho más duro de lo que parezco con mi traje de diseñador.

Quiero empezar a soltar mierda, pero los insultos se quedan en mi cabeza porque todavía no puedo hablar. Todos mis músculos se han cerrado y es una sensación aterradora. Pero, por lo que sé, los efectos no deberían durar más de...

Me empujan al asiento trasero y, una vez más, todo mi cuerpo se sacude al ser electrocutado por la pistola eléctrica por segunda vez. Los cabrones no se están arriesgando esta vez. Desafortunadamente, Angelo no está cerca para ayudarme.

Estoy solo.

—¿Cómo se siente eso, Rossi? —pregunta Tommaso con maldad—. Tienes suerte de que no te haya electrocutado la polla. Y lo haré. Así que pórtate bien o recibirás una descarga eléctrica justo en la entrepierna.

Se carcajea como si eso fuera lo más divertido del mundo y Romeo se une a la risa. No estoy seguro de cuánto tiempo va a durar esta

sensación paralizante, pero creo que debería empezar a desaparecer en unos minutos. Siempre que no me electrocuten de nuevo.

Me dan la vuelta y observo impotente cómo atan mis muñecas con bridas. Supongo que todavía tengo los pies libres, así que eso es bueno. Porque ahora mismo, estoy a un paso de patear a uno de estos dos en la boca y, con suerte, romperle un montón de dientes.

Sin embargo, todavía no puedo hacerlo, y es mejor si finjo permanecer inmóvil el mayor tiempo posible. En cuestión de minutos, comienzo a sentir un hormigueo en los dedos y logro apretar las manos en puños. No tengo ni idea de adónde vamos o qué plan loco se les ha ocurrido a estos dos psicópatas, pero confío en mis habilidades de lucha.

Por supuesto, necesitan darme una oportunidad para luchar o no iré a ninguna parte rápidamente. Justo cuando ese pensamiento pasa por mi cabeza, Romeo se da la vuelta en el asiento del pasajero, levanta la pistola eléctrica y le da una pequeña sacudida.

—¿Listo para más, Rossi? —se burla, y Tommaso aúlla a su lado en el asiento del conductor.

Quiero matar a estos dos gilipollas.

—Golpéale —dice Tommaso—. No podemos arriesgarnos a que recupere el movimiento.

—Está atado con bridas —afirma Romeo, lleno de confianza—. ¿A dónde crees que va a ir?

—No lo sé, pero es un hijo de puta escurridizo. Electrocútale otra vez.

Romeo se encoge de hombros y dice—: Lo siento, pero no lo siento.

Aprieta el botón y todo mi cuerpo se sacude cuando las puntas metálicas hacen contacto. Cierro los ojos y aguanto el dolor inicial. Esto es una mierda. Me alegro de que Gabriella esté a salvo porque no confío en estos dos payasos más de lo que puedo lanzarlos.

19

GABRIELLA

Después de que Lili se marcha, recibo el mensaje de Enzo y sonrío.

¿Cómo te encuentras? Voy a buscarte algo de sustento y luego pasaré para asegurarme de que descansas. Aunque quizás me dejaría convencer para acompañarte en la cama... si te encuentras con fuerzas. (emoji de diablillo)

No puedo evitar reírme. En primer lugar, Enzo nunca ha usado un emoji y este parece bastante apropiado. Y, en segundo lugar, ¿cuándo se ha vuelto tan dulce? Mi corazón se encoge. Realmente se preocupa por mí y lo demostró cuando rechazó la oferta de Doug Holloway.

Enzo ganó. Me venció y, al principio, me molestó. No hay duda. Estaba convencida de que necesitaba tener Holloway Corp. para demostrarme a mí misma y a mi familia que era una buena empresaria, que podía ser tan inteligente y exitosa como todos los hombres.

Pero, después de mucha reflexión, llegué a la conclusión de que no quiero ser la segunda opción de nadie. Soy lo suficientemente buena para ser la primera elección. Cuando Doug me llamó antes, me dijo

que Enzo se había retirado y me ofreció venderme Holloway, me quedé atónita. Ahora que he tenido tiempo para considerar lo que eso significa exactamente, alcanzo mi teléfono.

—¿Diga?

—Señor Holloway, soy Gabriella Bianche —utilizo intencionadamente mi apellido porque quiero recordarle quién soy, quién es mi familia y el poder que tenemos en esta ciudad. Quizás no seamos tan temidos como los Rossi o tan venerados como los Milano, pero cuando la gente oye Bianche, sabe que somos tan poderosos como los demás.

—Gabriella, qué agradable oírte. Seguimos firmando el papeleo mañana por la mañana, ¿verdad?

Puedo notar un poco de ansiedad en su voz y no puedo evitar sonreír.

—Señor Holloway, después de una cuidadosa consideración, he decidido rechazar la oferta. Lo siento, pero ya no estoy interesada en adquirir su empresa.

—¿C-cómo? —balbucea incrédulo.

—Así es —mantengo mi voz firme y profesional. Ya no me interesa escuchar sus mentiras sobre cómo no puede superar la pérdida de su querida esposa o lo importante que es la familia para él. Todo era un truco, una estrategia de venta para crear empatía.

—Pero pensaba que teníamos un acuerdo —su voz se eleva y puedo notar lo alterado que está, pero no me importa.

—Quiero dejarle una cosa muy clara: no soy la segunda opción de nadie y no me gusta que me manipulen.

Un profundo suspiro llena la línea.

—¿Has hablado con Enzo? Bueno, él malinterpretó completamente lo que yo estaba diciendo. Lo único que quería decir era...

—No me importa. Buena suerte vendiendo su tambaleante empresa, señor Holloway —cuelgo el teléfono y me dejo caer contra los cojines de mi sofá. Dios, se siente tan bien haberle hablado así. Mis manos cubren mi vientre plano y pienso en la vida que ahora crece dentro. No necesito a Holloway ni a su estúpida empresa. Mientras tenga a Enzo y a nuestro bebé, estoy perfectamente bien.

Aunque, ¿tengo a Enzo? Dejo escapar un pequeño suspiro. Vamos a tener una larga conversación esta noche. Él piensa que simplemente viene a cuidar a una persona enferma pero, en realidad, está a punto de descubrir que va a ser padre. Espero que reciba bien la noticia.

Miro mi reloj y veo que ya son casi las seis. Enzo nunca llega tarde, así que me sorprende un poco. Especialmente porque prometió estar aquí con la cena. Escribo un mensaje rápido y lo envío: *¿Llegas tarde? Date prisa... te echo de menos. Y definitivamente vas a acompañarme en la cama.*

No puedo resistirme a añadir el emoji del diablillo.

Normalmente me responde de inmediato, así que después de que pasen diez minutos y no haya tenido noticias suyas, empiezo a preocuparme. Supongo que podría haberse quedado atrapado en el tráfico o tal vez su teléfono no está a su alcance. Sin embargo, debería estar en su coche y casi aquí. Marco su número y pulso llamar. Suena y suena y luego me lleva al buzón de voz.

Vaya. Eso es extraño.

No debería entrar en pánico, pero por alguna extraña razón la preocupación me inunda. Enzo puede cuidar de sí mismo, así que ¿por qué de repente tengo pensamientos del peor escenario posible? Mi corazón se retuerce y sigo imaginándolo herido o en algún tipo de problema. Lo cual es una tontería, por supuesto. Enzo es el hombre más fuerte que conozco.

Pero mi intuición nunca falla.

Mierda. Lo llamo otra vez y luego otra vez.

—Por favor, contesta —susurro. Pero no, la llamada vuelve a caer en el buzón de voz. Un vistazo rápido a mi reloj y veo que son casi las 6:20 de la tarde. Llega casi una hora tarde y no ha llamado ni enviado ningún mensaje. Definitivamente algo va mal.

¿Qué debo hacer? Después de debatirlo durante un minuto, decido conducir hasta su casa. Estoy cogiendo mi bolso cuando mi teléfono empieza a sonar en mi mano. Mis esperanzas se disparan y miro hacia abajo, necesitando ver su nombre parpadeando en la pantalla, pero en su lugar, veo que es Lili.

—Hola, Lili —contesto, apresurándome hacia la puerta.

—¡Dios mío, Gabriella! —grita, sonando al borde de la histeria—. ¡Creo que Enzo está en peligro!

Mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho.

—¿Qué está pasando? —pregunto y me quedo helada.

—Romeo dijo algo que me hizo sospechar muchísimo.

Oh, no. —¿Qué?

—Bueno, le llamé y está con Tommaso. Pude notar que estaban en el coche y me dijo que esperara. Luego comenzó a hablar y les escuché decir algo sobre Enzo.

—¿Qué escuchaste exactamente, Lili?

—Oí a Tommaso decir: "Pégale otra vez. No queremos que Rossi tome ventaja". Y luego hubo un gemido y creo que Enzo está en problemas. Creo que le han hecho algo.

—Lili, ¿tienes alguna idea de adónde iban? Necesito averiguarlo para poder ayudar a Enzo.

—No lo sé —llora—. Pero, Gabs, sonaba tan enfadado y siniestro. Nunca había oído a Romeo sonar así antes.

—¡Mierda! —¿Cómo podría ayudarle si no sabía dónde estaba? Tenían que averiguarlo—. Lili, escucha atentamente. Necesito que llames a Romeo de nuevo. Dile que acabas de enterarte de que Enzo me desplazó por una empresa que yo quería comprar y ahora estoy furiosa. Dile que quiero venganza y hazles creer que haré cualquier cosa para lastimar a Enzo. Hazles pensar que quiero su ayuda. ¿Puedes hacer eso, Lili?

—Sí, te llamaré enseguida.

—Gracias —cuelgo y me apresuro hacia mi coche. Romeo no sospechará cuando Lili le llame con esa nueva noticia. Por primera vez, estoy tan feliz de que mi amiga sea una cotilla. Además, es muy buena sacando información a la gente.

Cruzando los dedos, me meto en mi Hellcat y espero a que ella me devuelva la llamada. Los minutos parecen alargarse y empiezo a tamborilear con los dedos en el volante. *Vamos, Lili. Puedes hacerlo. Sé que puedes.*

Cuando por fin suena mi teléfono, contesto tan rápido que casi lo dejo caer.

—¿Qué ha pasado?

—Están en Brooklyn, cerca de los muelles —me dice y enciendo mi coche y salgo rugiendo del garaje. No estoy segura de cómo lo ha descubierto tan rápido, pero estoy increíblemente agradecida. Supongo que algunas cosas jugaban a su favor. Uno, parece muy inofensiva, una completa no-amenaza. Y, dos, se está acostando, o *estaba* acostando, con mi idiota primo. Realmente no es tan listo y probablemente le sacó la información con un mínimo esfuerzo.

—¿Estás segura? —pregunto, dirigiéndome hacia Brooklyn.

—Sí. Le prometí la mejor felación de su vida si me decía dónde estaba y cuánto tiempo estaría fuera. Pero, Gabs, escucha esto: cuando mencioné cómo querías venganza, dijo que la familia

Bianche tendría su venganza más pronto que tarde. Trató de sonar como un gángster y dijo que Enzo Rossi iba a dormir con los peces.

—Dios mío. Lili, gracias, ¡pero tengo que irme! —cuelgo a mi amiga y rápidamente marco a Angelo Rossi. Cada miembro de las Cinco Familias está programado en mi teléfono, en el teléfono de todos, en caso de emergencia. Me cae bien Angelo y como él y Enzo parecen cercanos, es la persona más lógica a quien llamar.

—Angelo Rossi —contesta.

—Angelo, soy Gabriella Bianche —digo apresuradamente, tratando de no sonar demasiado histérica y fallando miserablemente—. Romeo y Tommaso se han llevado a Enzo y creo que están cerca de los muelles en Brooklyn. Me dirijo allí ahora...

—Espera, más despacio —me interrumpe—. ¿Crees que tienen a Enzo?

—Sí, y creo que van a matarlo como represalia por Rocco!

—¡Joder! ¿Dónde está exactamente?

—No lo sé —digo y luego le cuento todo lo que ha pasado, incluido lo que Lili acaba de averiguar.

—Voy para allá —me asegura Angelo. Nombra un muelle y me dice que me reúna con él allí—. Pero quédate en las sombras y no dejes que nadie te vea.

—De acuerdo.

—Nos vemos pronto.

Angelo cuelga y, aunque estoy loca de preocupación, me siento mejor sabiendo que él va a ayudar. El tiempo es esencial y presiono mi pie con más fuerza contra el acelerador. Nada puede pasarle a Enzo. Me niego a aceptar cualquier cosa que no sea irrumpir y sacarlo de allí. A partir de este momento, Romeo y Tommaso están muertos para mí. No puedo creer que hicieran esto. Están

rompiendo la Alianza entre las Cinco Familias y eso va a tener graves consecuencias. Sí, Miceli la rompió primero cuando mató a Rocco, pero fue en defensa propia. Era una situación completamente diferente.

Tommaso y Romeo serán excomulgados, despojados de todo poder que mi familia y las demás les hayan otorgado. ¿En qué demonios están pensando? ¿Tomando este tipo de venganza en sus manos y menospreciando las reglas? Sé que Rocco era el hermano de Tommaso, pero esta no es la respuesta. Intentar destruir a Enzo y al resto de la familia Rossi es demasiado atrevido y tendrá graves consecuencias. Pero, supongo que no les importa.

—Capullos —rechino. Estoy tan furiosa, tan asustada por Enzo, que todo mi cuerpo tiembla. No dejaré que le hagan daño. Necesito a Enzo en mi vida: hoy, mañana y todos los días. Es el padre de mi bebé y el amor de mi vida.

Es curioso cómo todo se vuelve de repente tan claro justo antes de ese aterrador momento de pérdida potencial. Solo ruego que no sea demasiado tarde y que Angelo y yo lleguemos a tiempo para salvar a mi hombre. Porque la alternativa es inaceptable. Me niego a aceptar cualquier cosa que no sea Enzo en mis brazos esta noche, su cuerpo cálido y firme pegado al mío.

Tenemos demasiadas cosas juntos y lo necesito de una manera que nunca he necesitado a otra persona. La conexión que compartimos es mucho más que simple química. Lo siento a un nivel tan profundo del alma y lo necesito en mi vida todos los días.

—Ya voy, Enzo —susurro, entrando finalmente en Brooklyn.

Nunca he rescatado a nadie antes en mi vida, pero allá vamos. Con el corazón en la garganta, la sangre vibrando por mis venas, aparco en las sombras cerca del muelle donde Angelo me dijo que lo encontrara. Estirándome, abro la guantera y saco el cuchillo que guardo allí. Por si acaso. Luego abro la puerta y salgo.

Por favor, ayúdame a encontrarlo, suplico y envío una pequeña oración a mi padre. Si alguien me amó y protegió tanto como Enzo, fue mi padre. Y estoy bastante segura de que querría que Enzo estuviera aquí para hacer lo mismo.

Por favor, papá. Necesito tu ayuda.

20

ENZO

No tengo ni idea de adónde me llevan Tommaso y Romeo, pero empiezo a sentir de nuevo el movimiento y aprieto las manos formando puños, agradecido de poder moverme otra vez. Por supuesto, no es ni de lejos suficiente para luchar o defenderme y me siento entumecido y con hormigueo por todas partes. No estoy seguro de cuántas veces me electrocutó ese cabrón de Romeo.

El todoterreno finalmente se detiene y las puertas se abren de golpe y luego se cierran rápidamente en la parte delantera. Cuando se abre la puerta trasera, finjo que todavía no puedo moverme. Un par de manos me sacan a tirones y me llevan medio a rastras, medio cargado hacia un oscuro cobertizo para botes. Un rápido vistazo a la zona me indica que estamos en los muelles. Oigo el chapoteo del agua y, de vez en cuando, el sonido melancólico de la bocina de un barco en algún lugar de la noche brumosa. Los barcos y tablones crujen cuando entramos en la pequeña cabaña.

Los primos me empujan hacia abajo, sentándome en una silla de madera. Estoy esperando pacientemente para ver cuál será su próximo movimiento. Y es exactamente lo que quiero. Romeo saca un cuchillo de una funda en su cinturón y corta las bridas de plástico alrededor de mis muñecas. Aprovechando el elemento sorpresa a mi

favor, cierro mis manos en puños y las balanceo hacia arriba con todas mis fuerzas. Todavía estoy un poco tembloroso por todas las descargas que recibí de la pistola eléctrica, pero acierto en el blanco y Romeo sale volando hacia atrás con un fuerte gruñido.

Levantándome de la silla, avanzo tambaleándome y pateo con fuerza, alcanzando a Romeo bajo la barbilla. Su cabeza se echa hacia atrás y cae de espaldas. Para entonces, Tommaso se ha dado cuenta de lo que está pasando y se lanza sobre mí, derribándome. Rodamos por el suelo, golpeándonos mutuamente. Logro tomar ventaja y asestar algunos buenos golpes antes de que Romeo se una a la pelea.

Maldita sea. Esta mierda de dos contra uno me cabrea. Aunque lucho con fuerza, logran agarrarme y arrastrarme de vuelta a la silla. Todavía estoy forcejeando cuando Tommaso saca una pistola y me la apunta a la cara.

—¡Lo haré! —grita, agitando el arma hacia mí, con el dedo en el gatillo.

Me desplomo en la silla de madera y le lanzo una mirada asesina.—¿De qué coño va todo esto? —pregunto, con voz baja y letal.

—¿De verdad tienes que preguntar? —Tommaso prácticamente escupe sus palabras. Están empapadas de veneno y sé que esto es por Rocco o alguna otra mierda, pero creo que es mejor mantenerlos hablando.

—Yo no maté a Rocco —les recuerdo, observando cómo Romeo da un paso adelante con una bobina de cuerda. Mientras comienza a atar mis muñecas a los brazos de la silla, respiro profundamente, intentando mantener la calma y el control. Soy más inteligente que estos dos idiotas juntos y encontraré una manera de vencerlos y escapar.

Ahora tengo demasiado por lo que vivir. Gabriella es mi mundo y no pienso perderla.

—Sí, lo hizo tu hermano —dice Romeo.

No me digas, quiero decir, pero mantengo la boca cerrada, sin querer provocarlos. Al menos, no todavía.

—*Tu* hermano —digo, dirigiendo mi atención a Tommaso—, secuestró a mi cuñada e intentó asesinar a mi hermano. Miceli reaccionó por autopreservación y amor a su esposa.

—¡Rocco debía casarse con Alessia! Ella le pertenecía y Miceli se la robó. Merecía ser castigado y Rocco debería haber tenido la esposa que se le prometió —insiste Tommaso.

Dios, está delirando.

—Miceli ama a Alessia —digo, esforzándome por sonar tranquilo y racional, pero mi control se está desvaneciendo rápidamente—. Tienen un bebé. Tu hermano intentó destruir todo eso. Era un imbécil narcisista y egoísta. Recibió lo que se merecía.

Vale, puede que me haya pasado un poco con eso. Pero me importa una mierda. Estos dos capullos me están cabreando.

—Ahí es donde discrepamos. Alessia pertenecía a Rocco...

—¡Ella no pertenecía a nadie! —grito—. No es una especie de ganado que va al mejor postor. —Eso encaja mejor con Hannah, la esposa de Vin, que con Alessia. Ah, la Subasta Blanca. Qué cosa más jodida resultó ser, pero me desvío.

—Su padre se la prometió a mi hermano. Y esa promesa fue rota y faltada al respeto por Miceli. Ahora mi familia quiere venganza. Empezando contigo.

Tommaso da un paso más cerca, con su pistola todavía apuntándome, pero no me estremezco ni le dejo ver ningún tipo de miedo o debilidad. Si cree que voy a caer sin luchar, está equivocado. Supongo que no puedo hacer mucho contra una bala, pero me niego a retroceder de ninguna manera. Levantando la barbilla, sostengo su mirada de frente.

—Dejadlo morir con Rocco —aconsejo, esperando que vean la razón. Pero no voy a contener la respiración.

—El único por aquí que va a morir esta noche eres tú —escupe Tommaso.

Sí, bueno, eso ya lo veremos, pienso, retorciendo discretamente las ataduras alrededor de mis muñecas.

—Trae las cosas —ordena Tommaso a su primo.

¿Cosas?

Observo a Romeo salir de nuevo al todoterreno y me pregunto qué están planeando.

—Pensé que ibas a dispararme —comento secamente.

—Eso es demasiado fácil, Rossi. Tengo algo mucho más divertido planeado para ti.

Genial. Exactamente lo que no quiero oír. Pero al menos me da más tiempo y una oportunidad de luchar. Una bala entre los ojos no.

Después de un par de minutos, Romeo reaparece cargando algunas cosas y entrecierro los ojos en la penumbra, tratando de identificar lo que hay en el gran cubo que lleva en los brazos. Todas mis preguntas quedan respondidas en el momento en que lo voltea y lo vuelca.

Guantes y mezcla de cemento. Oh, por el amor de Dios. ¿Qué es esto? ¿*El Padrino*?

Estoy a punto de hacer esa misma pregunta cuando ambos se vuelven hacia mí, con el odio brillando en sus ojos. Luego se lanzan contra mí y comienzan a golpearme con los puños como si fuera un saco de boxeo. Mis brazos están atados a la silla, así que no puedo hacer nada para bloquear sus viciosos golpes. Mi cabeza se inclina hacia un lado e intento girar el cuerpo, pero termino recibiendo un puñetazo en las costillas. Muy fuerte, joder. No se están conteniendo

y sus maldiciones llenan el aire mientras continúan golpeándome con puños furiosos.

Sin mucho espacio para maniobrar o defenderme, lanzo una pierna y logro patear a Romeo en la entrepierna. Jadea y cae al suelo, sujetándose los huevos. Luego lanzo mi pie de nuevo y alcanzo a Tommaso en el muslo superior, fallando por poco mi objetivo de golpearlo en la entrepierna. Sisea una palabrota, agarra mi tobillo y lo retuerce. Pateo de nuevo, liberándome de su agarre, y planto los pies firmes en el suelo, empujando hacia atrás con todas mis fuerzas. La silla se desliza hacia atrás y continúo moviéndome en esa dirección, con las patas raspando el suelo.

Estamos en una casa de botes, así que tengo dos formas de salir de aquí: por la puerta principal o saltar al agua y nadar. Pero con mis manos atadas a esta maldita silla, nadar no es una opción. Así que me estoy deslizando como loco hacia la puerta. Con cada golpe de las patas de la silla en el suelo, tiro con fuerza de la cuerda que rodea mis muñecas y se está aflojando un poco. Pero no lo suficiente. Si tan solo pudiera llegar a esa puerta, quizás podría gritar pidiendo ayuda y llamar la atención sobre la situación.

Mi objetivo se ve frustrado cuando Tommaso se acerca a grandes zancadas, agarra la silla y me arrastra hasta el borde del muelle. Inclina la silla hacia atrás, dejándome colgar sobre el agua, y no estoy seguro de si espera que me asuste o que suplique por mi vida o qué. No, ese no es mi estilo. En cambio, solo lo miro, con la mirada concentrada, desafiante y feroz. Internamente, estoy gritando: "¡Hazlo, hijo de puta!". Lo estoy desafiando con mis ojos: suelta la silla y envíame de espaldas al agua. *Adelante.*

¿Me hundiría como una piedra? Sí, probablemente. Pero quizás no tan rápido como lo haría si les dejara llegar al siguiente paso de su retorcido plan y cementarme los pies en ese maldito cubo.

Tommaso deja caer las patas delanteras de la silla sobre el muelle con un golpe sordo. Gruñe, mirándome con tanto odio, pero no le doy la satisfacción de reaccionar.

—Basta de esta mierda —gruñe—. ¡Romeo! ¡Trae el cubo aquí!

No estoy seguro de poder retrasarlos más, pero voy a intentarlo.

—Pensad en lo que estáis haciendo —digo—. Matarme no logrará nada excepto enviaros a los dos a la cárcel. ¿Es ahí donde queréis pasar el resto de vuestras vidas? ¿Pudriéndoos en alguna celda?

—Cállate —gruñe Tommaso.

Centro mi atención en Romeo, sabiendo que es el más débil de los dos primos. Si alguien va a escuchar la razón y posiblemente ceder, es él.

—Romeo, escúchame. Entiendo que estés molesto por lo que le pasó a Rocco, pero se ha ido. Nada de lo que hagas lo traerá de vuelta. Al matarme, solo te haces daño a ti mismo, a tu familia y a las personas que te quieren. ¿No tienes una nueva novia? ¿De verdad quieres perderla?

Puedo garantizar casi con total seguridad que cualquier cosa que estuviera ocurriendo entre Romeo y la amiga de Gabriella terminará después de que ella se entere de esto. Pero Bri mencionó a Lili y lo decepcionada que estaba de que los dos estuvieran saliendo. Sí, estuve de acuerdo con ella en que Romeo era un imbécil, pero Lili necesitaba aprenderlo por sí misma. Bueno, si esto no lo consigue, nada lo hará.

Veo cómo Romeo duda, así que insisto con él tal como lo haría si estuviera en una reunión. Como tiburón que soy, puedo oler cuando hay sangre en el agua y sé exactamente cuándo atacar. Y, ¿ahora mismo? Hay sangre en el agua, es decir, la cara de Romeo está llena de dudas.

Tommaso también debe verlo, porque empuja el cubo a las manos de su primo y le dice que vaya a llenarlo con agua. De nuevo, Romeo duda.

—Todavía no eres culpable de nada, Romeo —le recuerdo—. Pero serás arrestado como cómplice de asesinato si sigues obedeciendo a Tommaso. ¿Entiendes lo que eso significa? —Romeo dirige toda su atención hacia mí y vacila—. Significa que pasarás el resto de tu vida en una celda de prisión muy pequeña. ¿Es eso lo que quieres? ¿Lo es? Porque...

—¡He dicho que te calles! —Tommaso arremete, lanzando un puñetazo y golpeándome en la cabeza.

Joder. Mi visión se estrecha hasta un punto diminuto y veo estrellas sobre negro. *No te desmayes, no te desmayes, no te desmayes.* Me lo sigo repitiendo porque si lo hago, entonces se acabó el juego. Muy lentamente mi visión se restablece y la lúgubre casa de botes vuelve a aparecer.

Cuando Romeo regresa con un cubo lleno de agua, sé que estoy en problemas. No tengo mi teléfono, las cuerdas siguen demasiado apretadas para liberarme y me estoy quedando rápidamente sin opciones. Además, estoy empezando a sentir los efectos de la paliza que me dieron antes. Todo me duele y cuando me muevo en la silla, un dolor me atraviesa la sección media. Cabrones, probablemente me hayan magullado un par de costillas.

—Esto es lo que te mereces —gruñe Tommaso, rasgando la mezcla de cemento y vertiéndola en el cubo—. Miceli mató a mi hermano y tú te follaste a Gabriella. Lo sabemos todo sobre eso. Siempre he cuestionado sus decisiones, así que no puedo decir que me sorprenda. No es la más inteligente.

Ahora que está hablando mal de Gabriella, algo dentro de mí salta y al instante sale en su defensa. —No te atrevas a decir ni una sola palabra mala sobre ella. No sé cómo podéis compartir el apellido y mucho menos tener la misma sangre corriendo por vuestras venas. Ella es la mujer más inteligente y maravillosa que he tenido la buena fortuna de conocer. Cómo puedes reclamarla como pariente me deja atónito. Comparado con Gabriella, no eres nada. Eres una mierda.

Una vez que termino mi discurso, soy recompensado con otro puñetazo en la cara. *Encantador.* Mi cabeza cuelga entre mis hombros y muevo la mandíbula hacia adelante y hacia atrás, asegurándome de que no esté rota. Luego giro la cara hacia un lado y escupo un bocado de sangre.

Pero no me arrepiento de ni una palabra de lo que dije. Todo es verdad. Gabriella es una luz hermosa y estos dos cabrones no deberían tener permitido compartir el mismo aire que ella, mucho menos compartir el mismo apellido. Pero, si tengo algo que decir y logro sacar mi trasero de aquí de una pieza, entonces cambiaré su apellido. Pronto, ella será Gabriella Rossi. Mi esposa.

Tommaso señala mis piernas y Romeo se arrodilla, agarra mis tobillos y mete mis pies a la fuerza en el cubo ahora lleno de cemento húmedo. *Mierda, mierda, mierda*. Lucho contra el cemento que se endurece, haciendo todo lo posible por patear y seguir moviéndolo para que no tenga la oportunidad de congelar mis pies en su lugar. Pero entonces Tommaso también se agacha y los sujeta, y estoy librando una batalla perdida.

Una vez más, la idea de que Gabriella podría estar embarazada cruza mi mente. Eso me da un renovado propósito para luchar por mi vida y escapar. Pero ellos son tan fuertes, constantemente uniéndose contra mí, y pronto mi fuerza disminuye. Tampoco ayuda que me electrocutaran con una pistola eléctrica innumerables veces y mis músculos todavía se sienten débiles.

¿Qué demonios voy a hacer? No puedo dejar que me lastren y me arrojen al agua. Todo habrá terminado en unos minutos, pero esa no es la forma en que quiero irme. Todavía tengo demasiadas cosas que hacer.

Lo peor es que nunca tuve la oportunidad de decirle a Gabriella que la amo. Porque lo hago. Dios, amo tanto a esa mujer, que mi corazón y mi alma duelen por ella.

—Es hora de dormir con los peces, Rossi —dice Tommaso y me dedica una sonrisa malvada. Luego él y Romeo agarran mi silla y comienzan a arrastrarme hacia el borde del muelle.

Te amo, Bri. Y lo siento tanto por no haber podido decírtelo en persona.

21

GABRIELLA

Después de salir sigilosamente de mi coche, voy caminando de puntillas por la acera cuando oigo que alguien sisea mi nombre. Al darme la vuelta, veo a Angelo corriendo hacia mí.

—Oh, gracias a Dios —murmuro y agarro su brazo—. Tenemos que encontrar a Enzo cuanto antes.

Asiente y se lleva un dedo a los labios, mandándome callar. —¿Ves ese todoterreno cerca de la casa de botes?

—Es el de Romeo —confirmo en voz baja, fijándome en el coche.

—Sí, creo que están en la casa de botes. —Angelo se lleva la mano a la espalda y saca una pistola de la cintura de su pantalón—. Quédate cerca. Si están ahí dentro, tú te quedas fuera.

—No pienso quedarme fuera —protesto.

Angelo pone los ojos en blanco, pero luego sonríe. —Enzo dijo que eras un dolor de cabeza.

—Por supuesto. Ahora vamos a rescatar a mi hombre. —Levanto el cuchillo que llevo en la mano y cruzo la calle con decisión. Sus ojos

se abren momentáneamente por la sorpresa y corre para alcanzarme, agarrándome del codo.

—Con cuidado —me recuerda—. Y deja que el tío con la pistola vaya primero, ¿vale?

Aunque no quiero, reduzco el paso y me quedo detrás de él. Tiene razón, y entrar precipitadamente por la puerta blandiendo un cuchillo no va a servir de nada. Cuando llegamos a la puerta, él mira hacia dentro. Puedo oír voces y entrecierro los ojos, inclinando la cabeza, intentando escuchar mejor. Parece Tommaso y luego oigo a Enzo.

Gracias a Dios. Está vivo y tan cerca que juraría que puedo oler su colonia de sándalo. Me acerco más y Angelo levanta un brazo, bloqueándome. Me mira y niega con la cabeza. Todo en mí quiere irrumpir y detener a mis malvados primos, pero Angelo parece tener un plan, así que cedo, asintiendo en respuesta.

—Quédate aquí —sisea, y luego se desliza por la puerta, manteniéndose en las sombras. Con el corazón en la garganta, observo cómo avanza sigilosamente. Pero mi atención se dirige inmediatamente a Enzo. Está sentado en una silla, con las manos atadas, y ahora puedo oírlos claramente.

—Esto es lo que te mereces —gruñe Tommaso. Abre una bolsa y vierte algo en un cubo—. Miceli mató a mi hermano y tú te has follado a Gabriella. Lo sabemos todo sobre eso. Siempre he cuestionado sus decisiones, así que no puedo decir que me sorprenda. No es la más lista.

Entrecierro los ojos y estoy a un segundo de marchar hacia allí y abofetear su arrogante cara. Pero hago lo que Angelo dice y me mantengo en silencio.

Enzo mira a Tommaso y, incluso desde esta distancia, puedo ver cómo los ojos oscuros de mi hombre se vuelven lívidos. —No te atrevas a decir ni una sola palabra mala sobre ella. No sé cómo

podéis compartir el apellido y mucho menos tener la misma sangre corriendo por vuestras venas. Es la mujer más inteligente y asombrosa que he tenido la fortuna de conocer. Que puedas considerarte su familia me deja perplejo. Comparado con Gabriella, no eres nada. Eres una mierda.

Mi pecho se oprime al oír sus palabras y, por mucho que las agradezca, sé que Tommaso va a perder la cabeza por el insulto. Y lo hace, porque un momento después golpea a Enzo en la cara. Jadeo, cubriéndome rápidamente la boca para ahogar el sonido, pero no creo que nadie me oiga porque se desata un alboroto.

Mis primos están intentando meter los pies de Enzo en lo que debe ser una mezcla de cemento y me siento enferma. No puedo creer que esto esté ocurriendo y que estén intentando matar al hombre que amo. Me obligo a quedarme donde estoy mientras mi mirada busca desesperadamente a Angelo entre las sombras.

¿Dónde estás?, me pregunto, empezando a entrar en pánico. *¡Haz algo!*

—Es hora de dormir con los peces, Rossi —dice Tommaso. Luego él y Romeo agarran la silla y comienzan a arrastrar a Enzo hacia el borde del muelle.

Todo pensamiento racional abandona mi cabeza y lo único que sé es que no puedo dejar que arrojen a Enzo al agua o podría ahogarse. Irrumpiendo en la casa de botes, corro hacia ellos y grito: —¡Dejadlo en paz!

Todas las cabezas se giran para mirar en mi dirección y oigo a Angelo maldecir desde algún lugar cercano. No sé qué estaba planeando, pero no me importa. Se estaba moviendo demasiado lento y no voy a arriesgarme a que le pase algo malo a Enzo.

—Lárgate de aquí, Gabriella —espeta Tommaso. A su lado, Romeo maldice por lo bajo, pero no me importan ellos. Toda mi atención va

directamente hacia Enzo, que parece a la vez aliviado y asustado de verme.

Me gustaría creer que mis primos no me harán daño. De hecho, confío en eso mientras me acerco al trío, escondiendo el cuchillo tras mi espalda. De alguna manera, no se han dado cuenta de que Angelo también está aquí. O quizás es solo que tengo la esperanza de que sea así porque sigue fuera de la vista. —Soltadlo —digo, con tono profesional.

—Vete a casa, Gabriella —dice Romeo, ignorándome—. Esto no es asunto tuyo.

—¡Por supuesto que es asunto mío! —Les concierne más de lo que ellos se imaginan pero, por el momento, mantengo mis secretos en reserva—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?

—Vengando a Rocco —dice Tommaso sombríamente—. Empezamos con él y seguiremos con toda la familia Rossi. Hasta que estén todos destruidos.

—Estáis rompiendo la Alianza de las Cinco Familias —les recuerdo.

Tommaso se encoge de hombros. —¿Y qué? Miceli también lo hizo, y no fue castigado por derramar la sangre de Rocco. Y, si mal no recuerdo, tú fuiste el factor decisivo en esa estúpida decisión.

Es cierto. Yo emití el voto final que permitió a Miceli Rossi seguir en la mesa después de que mis primos votaran en su contra. Pero, ¿cómo podía castigarlo por salvar a la mujer que ama? Si acaso, oírlo hablar tan apasionadamente sobre el amor que siente por su esposa se ganó mi respeto aquel día. También se ganó mi voto y no me arrepiento en absoluto.

De repente, Tommaso suelta su agarre de la silla y apunta su pistola hacia mí. —Eres una traidora a tu propia familia —gruñe, y mi sangre se congela—. Deberías ser castigada igual que Rossi.

—No la toques —gruñe Enzo, forcejeando contra sus ataduras.

Al menos Tommaso ha soltado la silla y, como Enzo es tan pesado, Romeo también lo ha hecho. En el momento en que Tommaso se acerca, veo a Angelo por el rabillo del ojo. Sale de las sombras y rodea con un brazo el cuello de Romeo. También presiona su pistola contra la sien de Romeo.

—Baja el arma —ordena.

Tommaso se da la vuelta y cuando ve que Angelo tiene a su primo en una llave de cabeza, se enfurece aún más. Mi corazón se hunde cuando mete su pistola bajo la barbilla de Enzo, obligándole a echar la cabeza hacia atrás.

Estamos en punto muerto y el pánico me invade.

—¡Por favor, parad! —grito—. Si todos bajáis las armas, todavía podemos salir de esto. Nadie tiene que salir herido.

—Nadie va a salir de aquí —declara Tommaso sombríamente, y un escalofrío recorre mi cuerpo.

Justo cuando creo que toda esperanza está perdida, un punto láser rojo aparece en la frente de Tommaso al mismo tiempo que un fuerte ruido proviene de la esquina de la oscura casa de botes. Tommaso pierde la concentración, gira la cabeza hacia el alboroto, y en el momento en que su pistola baja ligeramente, ¡CRACK! Una bala le da en el centro de la frente.

Dios mío. De repente, todo se vuelve caótico y se mueve más rápido que la velocidad de la luz. El pesado cuerpo de Tommaso cae sobre Enzo y la fuerza del impacto hace que la silla se incline hacia un lado. Con ojos horrorizados, los veo a ambos caer por el borde del muelle y golpear el agua con un siniestro chapoteo.

¡NO! Sin pensarlo, corro hacia el muelle, ignorando el creciente clamor de voces, ignorando que alguien grita mi nombre. Todo lo que puedo pensar es en Enzo hundiéndose hasta el fondo del puerto. Si no logro desatar sus cuerdas, se va a ahogar.

Una vez que llego al borde, me lanzo del extremo del muelle sin dudarlo. El agua está fría y oscura. Saco mi móvil, enciendo la linterna, agradecida de que sea impermeable, y dirijo el haz de luz hacia abajo. Dando patadas con las piernas, nado directamente hasta el fondo, donde Enzo está luchando por liberarse. Gracias a Dios, traje el cuchillo, y lo abro y comienzo a cortar la cuerda alrededor de una de sus muñecas.

Justo cuando creo que estoy tardando demasiado, veo dos sombras oscuras nadando y quiero gritar de alivio cuando Miceli y Vin toman el relevo. Se mueven mucho más rápido que yo y sus músculos les ayudan fácilmente a completar el trabajo. Mientras las cuerdas caen, Miceli señala hacia la superficie y me da un pequeño empujón. Luego agarran a Enzo y dan fuertes patadas, arrastrándolo a él y al pesado cubo de cemento hacia la superficie.

Todos rompemos la superficie del agua, jadeando en busca de aire. Angelo se inclina, agarra mis brazos y me saca del agua. Tumbada en el muelle, respirando con dificultad, le veo ayudar a sus hermanos a subir también a Enzo sobre las tablas de madera.

Arrastrándome hasta incorporarme, me acerco gateando y le rodeo con mis brazos. —Dios mío, pensaba que te había perdido —lloro. Sus brazos me estrechan y nuestros labios chocan en un beso duro y agradecido.

—¿En qué estabas pensando? ¿Poniéndote en la línea de fuego de esa manera? —dice con voz ronca, apartando mi pelo mojado de mi cara—. Te habría matado.

—Os habría matado a los dos —dice Miceli secamente—. Apártate, Gabriella, para que podamos quitar este maldito cubo.

Miro y veo a Angelo sosteniendo un martillo de fragua y sonriendo. —Esto va a ser divertido.

—Cuidado con esa cosa —advierte Enzo.

—Sí, sí. Solo quédate quieto. —Angelo lo levanta y lo baja con precisión, agrietando el cemento y permitiendo que Enzo libere sus pies.

Sacudiéndose los trozos de hormigón, Enzo se mueve y me atrae a su regazo, dejando besos por toda mi cara. —No vuelvas a ponerte en peligro así. ¿Me oyes?

—Tú habrías hecho lo mismo por mí —digo. En la distancia, oigo el aullido de las sirenas y finalmente me percato de que Romeo está sentado en el suelo no muy lejos, con las manos y los pies atados. *Cabrón.* Tiene suerte de seguir vivo y me alegro de que así sea, porque ahora puede pasar mucho tiempo en la cárcel por secuestro, agresión e intento de asesinato.

—Bri —susurra Enzo, mirándome a los ojos, mientras sus dedos se deslizan por mi pelo—, te quiero. Muchísimo.

Mi corazón se eleva a la estratosfera con sus palabras susurradas y las lágrimas me pican los ojos. —Yo también te quiero —susurro y luego presiono mis labios contra los suyos. Mi mundo está completo y nunca he estado más feliz ni emocionada por el futuro.

22

ENZO

Una vez que la policía termina su trabajo y Romeo es llevado esposado, me vuelvo hacia mis hermanos. Gabriella está acurrucada bajo mi brazo y no tengo intención de soltarla en un buen rato.

—Gracias —murmuro mirando de Miceli a Vin y a Angelo—. Si no hubierais aparecido...

—Ni lo menciones —murmura Gabriella, y siento un escalofrío recorrer su cuerpo.

—Para eso estamos —afirma Vin—. Para mantenernos fuera de problemas y acudir al rescate cuando nos metemos en un berenjenal.

—Y menudo berenjenal ha sido este —coincide Angelo.

—¿Cómo supisteis Vin y tú que debíais venir? —pregunta Gabriella a Miceli.

—Les envié un mensaje —responde Angelo—. ¿Y recuerdas que se suponía que debías quedarte fuera? ¿Qué pasó con ese plan?

—Ese era tu plan, no el mío —dice ella, estrechando sus brazos alrededor de mi cintura—. Mi plan era salvar a mi hombre a toda costa.

Le doy un beso en la cabeza. ¿Cómo puedo enfadarme? Gabriella se puso en peligro, lo que no me hace feliz, pero me ama. Mi corazón se hincha al pensarlo. Además, yo habría hecho exactamente lo mismo si la situación hubiera sido al revés. Supongo que el amor te hace hacer locuras.

Amor. Maldita sea, estoy enamorado de Gabriella y ella está enamorada de mí. Por primera vez, estamos exactamente en la misma página y se siente increíblemente bien. Aunque, técnicamente, creo que siempre hemos estado en sintonía. Tenemos creencias, valores y ética similares. Siempre estuvimos de acuerdo durante las reuniones con las Cinco Familias y constantemente nos respaldamos mutuamente. Ambos fuimos tras la misma empresa porque reconocimos su potencial. Y sé con certeza que estamos perfectamente sincronizados cuando estamos en el dormitorio.

Sin duda alguna, Gabriella Bianche es mi pareja perfecta. Voy a casarme con esta mujer y pasar el resto de mi vida amándola.

—Te debía una —le dice Miceli a Gabriella—. Después de que votaras para que mantuviera mi lugar en la mesa, hice la promesa de devolverte el favor.

—Lo consideraré saldado —responde ella—. Gracias.

Miceli asiente con la cabeza y luego saca su teléfono vibrante del bolsillo. —Alessia está bombardeando mi teléfono, está muy preocupada. Tengo que irme, chicos.

Antes de que puedan marcharse, abrazo fuertemente a cada uno de mis hermanos y nos damos palmadas en la espalda. Luego me vuelvo hacia Gabriella y le doy otro beso en los labios. —Vendrás a casa conmigo, ¿verdad?

—Sí —susurra.

Su Hellcat está aparcado al otro lado de la calle y el viaje de vuelta a Hudson Yards es rápido porque es plena madrugada. En cuanto entramos en mi loft, cierro la puerta de una patada, la aseguro y atraigo a Gabriella hacia mis brazos.

—Me has salvado la vida —digo, escrutando sus ojos color caramelo —. De más formas de las que puedas imaginar.

—Te quiero, Enzo. No quiero estar sin ti. Nunca.

—No tienes por qué estarlo, cariño —le aseguro—. Soy tuyo durante todo el tiempo que me quieras.

—Te querré para siempre —dice y se pone de puntillas, uniendo su boca a la mía.

Durante un largo momento, nos besamos, nuestras lenguas encontrándose y explorándose, el calor entre nosotros aumentando. Sin decir palabra, comenzamos a desnudarnos mutuamente y una vez que estamos desnudos, la tomo en mis brazos. Me dirijo hacia las escaleras, subo al loft y luego la deposito suavemente en mi gran cama.

Ya puedo notar que esta noche va a ser diferente entre nosotros porque ambos hemos dicho que nos amamos. Las emociones son más intensas que nunca, provocadas por el peligro que enfrentamos, la pérdida que apenas evitamos y las emociones que hemos dejado al descubierto.

Ardo de deseo por esta mujer a la que amo más que a nada. Ella envuelve mis caderas con sus piernas, intentando acercarme más, y nos besamos profunda y apasionadamente. Extiendo una mano hacia abajo, acariciando entre sus piernas, asegurándome de que está lista, y la encuentro empapada y levantando ansiosamente sus caderas.

—Te necesito, Enzo —murmura—. Ahora.

Estoy dolorosamente duro y también la necesito. A todos los niveles. Acomodándome entre sus muslos, agarro mi miembro, nos alineo y me hundo en ella. Porque Gabriella es mi hogar. Es todo lo que siempre he deseado en secreto, pero nunca pensé que encontraría. Así que me conformé con el trabajo y huí de las relaciones. Cristo, soy un idiota.

Bueno, no realmente. Porque ahora estoy con mi mujer perfecta y no cambiaría nada.

Gemimos en el momento en que nuestros cuerpos se unen y, por un momento, no puedo moverme. Solo saboreo la sensación de su dulce sexo estrechándose alrededor de mi miembro, atrayéndome más profundamente.

—Muévete —me ordena.

Ah, ahí está. Mi ejecutiva mandona a la que tanto admiro.

—Espero que estés lista, cariño, porque esto va a ser duro y rápido —le advierto.

—Bien. —Se arquea, llevándome más profundo en su núcleo húmedo y una descarga eléctrica baja por mi columna vertebral haciendo que empiece a tensarse.

Sí, no voy a poder aguantar mucho cuando ya está pulsando a mi alrededor, apretando mi miembro con fuerza. Creo que ambos estamos al borde del clímax, pero me obligo a concentrarme y aprieto los dientes mientras empiezo a mover las caderas, embistiendo, llenándola por completo.

—Oh, Dios —grita, moviéndose conmigo, embestida tras gloriosa embestida.

Mi mano se desliza entre nuestros cuerpos y encuentro su clítoris, frotando con la presión justa hasta que está jadeando y gimiendo. —Córrete para mí, Bri. Quiero que te corras por todo mi miembro.

—Síííí —ronronea, arqueándose debajo de mí, sus uñas arañando mi espalda y clavándose en mi trasero. Con un grito, exclama mi nombre y pierdo el poco control que había logrado mantener—. ¡Enzo!

Su liberación llega un segundo antes que la mía y entonces todo a nuestro alrededor parece explotar en un destello brillante. Un estremecimiento recorre todo mi cuerpo y me vacío en su dulce interior, bombeando lentamente, prolongando su orgasmo y jugando con su clítoris hasta que vuelve a convulsionarse a mi alrededor.

—Oh, Dios mío... —Su cabeza cae hacia atrás contra la almohada y tiembla mientras el placer la recorre de nuevo.

Con nuestros cuerpos aún conectados, mi miembro enterrado tan profundamente dentro de ella, me inclino y la beso profundamente. Se siente como el cielo y sabe a la miel más dulce. Huele igual. Cuando finalmente salimos a respirar, miro en sus ojos color caramelo y susurro con voz ronca—: Te quiero, Bri.

—Yo también te quiero, Enzo. Muchísimo.

Salgo de su cuerpo, me tumbo de espaldas y la arrastro sobre mi pecho. Ella comienza a sembrar besos por mis pectorales, luego encuentra mi mirada y me da una sonrisa de gato Cheshire.

—Tengo algo que contarte —murmura, trazando círculos con la uña alrededor de mi pezón—. Un par de cosas, en realidad.

Levanto una ceja. —¿Qué?

—Llamé a Doug Holloway y le dije que podía meterse su empresa por el culo.

Mi mandíbula cae. —No lo hiciste.

Ella echa la cabeza hacia atrás y ríe. —Bueno, no con esas palabras exactas. Me conoces, siempre soy profesional.

—¿Le rechazaste? —Una parte de mí está sorprendida, pero no realmente. Mi feroz mujer—. ¿Qué le dijiste?

—Le dije que ya no estaba interesada. Dejé claro que no soy la segunda opción de nadie y que no aprecio que me tengan con falsas esperanzas.

—Dios, eres increíble. Una mujer jodidamente brillante. —La beso intensamente—. Dijiste un par de cosas.

Ella me sonríe de nuevo, pero no puedo perderme un ligero destello de lo que parece nerviosismo. —Sí —susurra, de repente muy seria.

Cuando duda, paso mi mano por su largo cabello oscuro y acuno la parte posterior de su cuello, apretando ligeramente. —Puedes contarme cualquier cosa, cariño. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Después de tomar una respiración profunda, pone su mano sobre mi corazón y dice—: Estoy embarazada.

Una pura euforia me invade y una alegría como nunca antes he conocido llena mi corazón. —La mejor noticia que he escuchado en todo el día.

—Para ser justos, no fue un día muy bueno. Ya sabes, con eso de que casi mueres y todo.

—Ha sido el mejor día —la corrijo y ella inclina la cabeza—. Me has dicho que me quieres y vas a tener a mi bebé. Cariño, no podría estar más emocionado.

—¿En serio? ¿Estás bien con que esto suceda tan pronto?

—Estoy más que bien con ello. Una parte de mí... —Dudo, esperando que no se moleste por lo que estoy a punto de revelar—. Una parte de mí tenía una extraña sensación de que podrías estarlo.

—¿Porque seguía enfermándome?

—Sí. Y también por algo que nunca te conté.

Ella entrecierra los ojos, tratando de descifrar de qué estoy hablando. —¿Algo que nunca me contaste? —repite, frunciendo el ceño confundida.

—La primera noche que estuvimos juntos, bueno, después de la primera vez, fui al baño para tirar el condón y algo no parecía estar bien.

—¿Qué quieres decir? ¿Como que se rompió?

—No. —Niego con la cabeza—. Simplemente se salió más fácilmente de lo que esperaba y cuando miré hacia abajo, el anillo de la parte superior estaba un poco rasgado. No parecía gran cosa y nada se salió. O, al menos, no pensé que lo hubiera hecho.

—Algo se salió —afirma, y ambos reímos.

—Sí, un pequeño tipo muy determinado definitivamente se escapó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Sinceramente pensé que solo estaba defectuoso y no quería preocuparte. Lo siento por no mencionarlo. Te prometo que no estaba tratando de mantenerlo en secreto ni nada por el estilo.

—Te perdono. —Presiona un beso sobre mi corazón—. ¿Tienes miedo?

—¿Miedo?

—De ser padre.

—No —afirmo con toda sinceridad—. Estoy listo para el desafío y prometo ser el mejor papá del mundo entero.

Extiendo la mano y la coloco sobre su vientre plano.

—Es difícil creer que hay una pequeña vida creciendo ahí dentro, ¿eh?

—Una vida que creamos juntos —murmuro, con la voz llena de asombro—. Mitad tú y mitad yo.

—Vaya, vamos a tener las manos llenas, ¿eh?

—Podremos manejarlo.

—¿Tú crees?

—Mientras estemos juntos, no tengo dudas. —Y lo digo con cada fibra de mi ser. Capturo los labios de Gabriella en un largo y apasionado beso. Luego ella se incorpora y se sienta a horcajadas sobre mí. Ya puedo sentir mi miembro endureciéndose de nuevo.

—Llénname, Enzo —dice, bajando la mano y acariciándome.

—Lo que quieras, cariño. —Empujo mis caderas hacia arriba y ella desciende, tomándome completamente dentro de su dulce sexo—. Toma lo que es tuyo.

Y mi hermosa mujer hace exactamente eso.

23

GABRIELLA

Enzo y yo pasamos el resto de la noche haciendo el amor y diciéndonos "te quiero" una y otra vez. Ahora que hemos empezado a decirlo y hemos admitido nuestros verdaderos sentimientos, parece que no podemos parar. Por primera vez, mi vida se siente equilibrada y nunca he sido más feliz. Tengo muchas más cosas que me mantienen ocupada y satisfecha, no solo el trabajo. Me encanta trabajar y no tengo intención de dejarlo, pero es agradable saber que mi vida entera ya no va a girar únicamente en torno a ese aspecto.

En algún momento, bajamos a la cocina y preparamos un plato lleno de queso, galletas saladas y algo de fruta. Necesito sustento después de todas las cosas deliciosas que Enzo le ha hecho a mi cuerpo esta noche. Sin embargo, estar embarazada me está agotando, y Enzo se asegura de que coma y me hidrate entre todos los encuentros sexuales.

Estamos sentados en la isla, picoteando, cuando le propongo una idea que ha estado rondando por mi cabeza durante mucho tiempo. —Sé que las cosas están un poco locas ahora mismo, pero ¿recuerdas cuando mencioné que quería apoyar a pequeñas empresas?

Enzo se mete una galleta en la boca y asiente. —Parecías bastante apasionada al respecto, si no recuerdo mal.

—Estoy muy apasionada con ello —declaro—, y quiero crear un fondo.

—¿Qué tipo de fondo? —pregunta, entrando en modo empresarial, con su ágil mente completamente concentrada y ya tomando notas mentales.

Me encanta ver este lado suyo y ladeo la cabeza, lista para presentar mi idea con la esperanza de que quiera unirse a mí. —Bueno, como ya no tendré que preocuparme por resucitar la empresa de Holloway, me gustaría centrarme en apoyar a algunas pequeñas empresas locales que podrían estar en problemas.

—De acuerdo. Te escucho. ¿Qué ideas tienes?

—Me gustaría desarrollar un fondo que pueda proporcionar el dinero que puedan necesitar, pero también la formación, el asesoramiento y el liderazgo necesarios para que estas empresas tengan éxito a largo plazo. Eso incluiría consejos de marketing y relaciones públicas, y una presencia digital en línea. Algunas personas podrían ni siquiera darse cuenta de que no necesitan necesariamente una tienda física. Hoy en día, muchos servicios se pueden gestionar online.

Entro en algunos planes muy específicos que he estado dándole vueltas en mi cabeza y Enzo ofrece algunas sugerencias excelentes que hacen que mis ideas sean aún mejores. Somos un gran equipo y trabajamos juntos a la perfección. Es tan inspirador y no puedo esperar a que las cosas empiecen a suceder y ver cómo todo da fruto.

—Entonces, ¿quieres hacer esto conmigo? —le pregunto una hora después, tan motivada por todo lo que acabamos de discutir que apenas puedo quedarme quieta.

—Quiero hacerlo todo contigo, Gabriella —murmura, con la mirada fija en la mía—. Trabajemos juntos, formemos una familia juntos y

amémonos de todas las maneras posibles. Sean cuales sean tus sueños, quiero conocerlos y quiero compartirlos contigo y ayudar a hacerlos realidad como pueda. Verte brillar, saber que eres feliz... es todo lo que quiero.

—Gracias —susurro—. Eres el mejor compañero que podría desear.

Enzo gira mi taburete hacia él, lo acerca y me besa hasta que se me encogen los dedos de los pies. Ya he comido suficiente y estoy lista para volver arriba. —¿Estás listo para la segunda ronda? —pregunto, posando mi mano sobre su abdomen liso y suave y dejando que se deslice hacia abajo, más abajo, más abajo.

Enzo aspira bruscamente mientras mi palma lo acuna. Apretando, provocando, incitando a su miembro a crecer y alargarse en mi mano. Gime. —Creo que ya hemos pasado la segunda ronda —dice con voz ronca, embistiendo ligeramente—. ¿No vamos ya por la quinta o algo así?

Dejo escapar una risa baja y gutural. —Probablemente. Sea cual sea el número, estoy lista para más.

—Nunca tienes que decírmelo dos veces. —Se levanta de su taburete, se recoloca rápidamente y me agarra, levantándome en sus brazos—. Vamos, cariño.

Rodeo su cuello con mis brazos y me inclino para comenzar a lamer y mordisquear la piel de su garganta.

—Ah, Dios, Bri —gruñe, acelerando el paso—. Vas a hacer que explote antes de que lleguemos arriba.

—Entonces, quedémonos abajo —sugiero—. Hay muchos sitios donde aún no lo hemos hecho.

Enzo niega con la cabeza, da media vuelta, cruza la habitación a zancadas y me deja caer en su sofá. Me río, reboto un poco en los cojines y miro hacia sus ojos oscuros. Están tan llenos de calor y anhelo. Por encima de todo, están desbordados de amor. Extiendo la

mano, engancho mis dedos en la cintura de su pantalón y bajo su pijama. Lamiéndome los labios, admiro su hermoso miembro por un momento y luego doy unas palmadas en el sofá.

—Ahora ven aquí y llénname —digo. Por supuesto, él obedece al instante y no pasa mucho tiempo antes de que ambos estemos gritando en éxtasis, prácticamente haciendo temblar las vigas sobre nosotros.

Dios, amo a este hombre, pienso.

Realmente me siento como la mujer más afortunada del mundo. Tener a Enzo y un bebé me mantendrá en vilo. No hay duda de ello. Pero él me completa de una manera que nadie más lo ha hecho antes. Estoy deseando que llegue todo lo que está por venir. Sea lo que sea que me depare el futuro, sé que será brillante y hermoso porque Enzo es parte de él. Una parte de mí.

Bueno, todo parece brillante y hermoso hasta el día siguiente, cuando las Cinco Familias descubren lo que pasó y anuncian una reunión de emergencia, muy obligatoria. Sé que tenemos que ir, pero también sé que estamos en un gran problema y nos someterán a un interrogatorio del peor tipo.

También sé que Miceli es quien disparó y mató a Tommaso. Como si mi familia no lo odiara lo suficiente por matar a Rocco, ahora se ha encargado de ambos hermanos. *Mierda.* Nadie planea compartir esa información, sin embargo. Por lo que la Alianza sabe, Tommaso está muerto y Romeo fue arrestado por intento de asesinato. Nadie ha culpado a nadie todavía y haremos todo lo posible para asegurarnos de que Miceli no cargue con la culpa. No bajo mi vigilancia. Salvó nuestras vidas: la mía, la de Enzo y la de nuestro bebé, y siempre le estaré agradecida por eso.

—¿Qué ocurre? —murmura Enzo, acercándose y rodeándome con sus brazos.

—Estoy preocupada. No viste lo intensas que se pusieron las cosas cuando Miceli estuvo bajo el punto de mira cuando murió Rocco. Fue como la Inquisición española. —No se permitió a los Rossi en esa reunión para apoyar a su hermano, pero sé lo seria que fue y lo intensa que puede ser este tipo de situación.

—Nadie sabrá quién disparó el tiro que mató a Tommaso.

—Lo sé. Solo espero que las otras familias lo entiendan.

—Tommaso y Romeo actuaron por venganza. Todavía no estoy seguro de cómo fui yo el afortunado en capturar su ira primero...

—Por mí. A Lili se le escapó lo de nuestra aventura de una noche pero, en su defensa, también es quien descubrió que estabas en problemas y nos condujo a la casa del bote.

—Gracias a Dios por eso. De lo contrario, realmente estaría durmiendo con los peces ahora mismo.

Un escalofrío me recorre. —Ni siquiera digas eso —le regaño y le doy un beso en los labios.

Enzo mira su reloj y frunce el ceño. —Bueno, supongo que será mejor que vayamos. No queremos llegar tarde a la inquisición.

Uf. —Esto no va a ser divertido —le advierto.

Poco sé en ese momento, pero eso es quedarse corta. La reunión tiene lugar en la sala trasera de un hotel elegante en el centro de Manhattan. Es un poco más llamativo y a la vista que los lugares habituales que eligen. Enzo y yo entramos en la sala sin ventanas, cogidos de la mano, un frente unido. Todas las miradas se fijan en nuestros dedos entrelazados.

—Tomad asiento —dice el jefe de la familia Caparelli y hace un gesto hacia la gran mesa redonda.

Al menos no nos alinearon frente a los demás como habían hecho con Miceli. Fue como si hubiera estado frente a un pelotón de

fusilamiento. Eso me da esperanzas, pero son efímeras. Al mirar alrededor de la mesa a las otras familias, nadie parece contento ni como si pudieran venir en nuestra defensa. Y eso me enfurece. ¿Por qué somos nosotros los que están bajo el punto de mira después de lo que hicieron mis primos? ¿No deberían ser ellos los que están equivocados?

Mordiéndome la lengua, pero preparándome para atacar, espero a que Caparelli inicie la reunión porque claramente es él quien dirige las cosas hoy. Nunca me ha caído demasiado bien. Tiene una cabeza de pelo blanco impactante y le gusta ordenar que maten a sus enemigos al estilo de una ejecución sin siquiera mantener una conversación primero. Difícilmente lo llamaría justo o buen oyente, y creo que es tan empático como un ladrillo.

Al menos todos los hermanos Rossi están aquí, incluida su hermana menor Carlotta, y eso me hace sentir mejor. Todavía quiero conocerla mejor porque me recuerda mucho a mí: una pistola absoluta que intenta no ser eclipsada por sus hermanos mayores, muy protectores y extremadamente alfa. Me envía una pequeña sonrisa y le devuelvo la sonrisa.

—Ahora que todos estamos aquí, me gustaría saber qué coño pasó anoche —declara Caparelli, su voz afilada como una daga—. Miceli, tu puta familia se está saliendo de los malditos rieles y se está convirtiendo en un serio problema.

—¡Eso no es cierto! —suelto y Enzo aprieta mi mano debajo de la mesa.

—Entonces, ¿por qué no nos explicas qué es verdad, Gabriella? —dice el jefe de la familia Milano. Está en sus cincuenta, calvo, y sus dos hijos se sientan a cada lado de él. Todos me miran, con rostros inexpresivos, esperando algún tipo de explicación.

—Empecé a ver a Enzo —declaro con calma—, y como soy una mujer adulta, no veo cómo eso es asunto de nadie. Pero Tommaso y Romeo lo hicieron su asunto.

—Tus primos estaban cuidando de ti. —Miro a mi tío abuelo Sal. Rara vez viene a reuniones ahora y ha pasado la responsabilidad a mí, Tommaso y Romeo. Siempre nos hemos llevado bien en el pasado, pero sus ojos oscuros están llenos de confusión y no tengo idea de cómo va a ir esto, si estará de mi lado o del de ellos.

—Lo entiendo —digo cuidadosamente—, y lo habría apreciado si hubieran venido a hablar conmigo si tenían preocupaciones. Pero, en lugar de eso, atacaron brutalmente a Enzo frente a su apartamento.

—Lo hicieron —dice Angelo, respaldándome—. Conduje hasta allí y vi que habían saltado sobre mi hermano, así que intervine para ayudar.

—Luego vinieron por mí otra vez el otro día —informa Enzo a todos —. Iba a ir a ver a Gabriella porque no se sentía bien cuando aparecieron, me electrocutaron con una pistola eléctrica y me metieron en su coche. No había mucho que pudiera hacer contra los repetidos ataques con la pistola eléctrica y cuando mis músculos finalmente empezaron a cooperar de nuevo, Tommaso y Romeo me habían llevado a una casa junto al agua y me habían atado a una silla. Estaban furiosos de que estuviera con Gabriella y seguían diciendo que no pararían hasta que hubieran eliminado a toda mi familia. Querían retribución por Rocco y dijeron que estaban empezando conmigo.

—Mi amiga Lili descubrió que Enzo estaba en problemas y me llamó. Consiguió su ubicación y salí inmediatamente, llamando a Angelo para pedir ayuda —informo a la mesa.

—Tommaso y Romeo se habían desquiciado —declara Angelo—. Llamé a Miceli y a Vincentius para refuerzos. Para cuando llegamos, estaban vertiendo cemento en un cubo y planeando arrojar a mi hermano al puerto.

—Los rodeamos, les dijimos que pararan, pero no escucharon —dice Vin—. Fue entonces cuando todo se descontroló y empezaron a dispararnos.

—¿Qué se suponía que debíamos hacer? —pregunta Miceli. Es una pregunta retórica y nadie habla—. Devolvimos el fuego. Protegernos unos a otros, a las personas que amamos, es lo más importante.

—Tommaso recibió un disparo y empujó a Enzo al agua —continúo, respaldando a los demás con un asentimiento—. Miceli, Vin y yo saltamos al agua y nadamos para salvarlo.

Por un largo momento, nadie dice nada. *Quizás se pondrán de nuestro lado*, pienso esperanzada.

—¿Por qué se llamó a la policía? —pregunta Aldo DeLuca—. Se supone que debemos manejar las cosas nosotros mismos, no involucrar a extraños. Y especialmente no a las fuerzas del orden.

—Porque Romeo seguía vivo —declara Miceli—. No había forma de que lo dejáramos escapar después de lo que él y Tommaso hicieron.

—¿Quién mató a Tommaso? —pregunta el tío Sal, mirando a los hermanos Rossi, estrechando los ojos hasta convertirlos en rendijas.

Nadie pronuncia una palabra.

—Se ha derramado demasiada sangre entre nuestras familias —declara Caparelli enojado—. No puede quedar impune. De lo contrario, se está convirtiendo en un puto hábito.

—Eso es por culpa de la familia Bianche —exclamo, lanzando a mi propia familia bajo el autobús—. Los Rossi no hicieron nada más que defender a las personas que aman. Pero Rocco, Tommaso y Romeo son culpables de secuestro e intento de asesinato. Si hicieran eso a tus hijos, ¿los dejarías salirse con la suya?

Me centro en Milano, quien frunce los labios y luego lentamente niega con la cabeza.

—Ni de coña —gruñe su hijo mayor—. Pondría a esos cabrones dos metros bajo tierra.

—Estarían muertos —coincide el hijo menor—. Pero no involucraría a la policía.

—¿Entonces qué estáis diciendo? ¿Que deberíamos haber matado a Romeo también? —pregunta Angelo—. ¿Incluso aunque hubiera bajado su arma y ya no fuera una amenaza?

La tensión en la habitación es tan espesa, tan tensa, que se siente como una goma elástica a punto de romperse.

—¿Quién disparó el tiro mortal? —pregunta de nuevo el tío Sal.

Mierda. —No importa —digo, volviéndome hacia mi tío abuelo con ojos suplicantes—. Lo que importa es que mi vida y la vida de Enzo estaban en peligro. Tommaso me apuntó con su pistola, tío Sal, y me habría disparado y matado. Y no solo a mí.

Todos me están mirando y tomo una respiración profunda y estabilizadora.

—También habría matado al bebé que llevo dentro —finalizo.

Bueno, eso lo hace. El caos estalla y todos empiezan a hablar por encima de los demás. Excepto por mí y Enzo, nadie más sabía que estaba embarazada, así que esto es una especie de bomba. Y espero que de buena manera.

Por supuesto, todos los Rossi se levantan y me abrazan y dan palmadas en la espalda a Enzo, llenos de buenos deseos. Carlotta me atrae en un cálido abrazo, con lágrimas en los ojos. —Estoy tan feliz por vosotros dos —exclama.

—¡Sentaos! —exige el tío Sal y golpea una mano contra la mesa haciendo que todo se agite. Mi mirada se dirige hacia él y no tengo idea de lo que está pensando—. Gabriella Maria Bianche, ¿amas a Enzo Rossi?

—Sí, mucho —declaro en voz alta para que todos lo escuchen.

Mi tío abuelo dirige su atención a Enzo. —Y Enzo, ¿amas a mi sobrina nieta?

—Con todo mi corazón —responde sin vacilar—. Y, con su permiso, voy a casarme con ella.

—Permiso concedido —responde inmediatamente el tío Sal con voz áspera y mi mandíbula cae.

Enzo se arrodilla, toma mi mano entre las suyas y me mira. Mientras tanto, mi cabeza da vueltas. ¿Qué está pasando? Todo está sucediendo tan rápido y todo lo que puedo hacer es parpadear y cerrar mi boca abierta.

—Gabriella Bianche, desde el momento en que te vi por primera vez, quedé cautivado —dice Enzo, con ojos oscuros brillando con tanto amor que hace que mi corazón se contraiga—. Tu fuego me atrajo y supe que tenía que conocerte mejor. Casi me quemé algunas veces... —Algunas personas se ríen—. ...pero aprendí lo especial que eres y ahora sé que eres la única mujer para mí. No puedo imaginar mi vida sin ti, Bri, y no voy a dejarte ir. Nunca. Espero que eso esté bien.

La comisura de su boca se eleva y sonrío tanto que me duele la cara. —Creo que estará bien —susurro y aprieto su mano.

—¿Eso significa que te casarás conmigo?

—Aún no has preguntado —digo en tono juguetón.

—Gabriella Maria Bianche, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, me encantaría casarme contigo —digo y él se levanta de un salto, me levanta del suelo y me hace girar en círculo. Echo la cabeza hacia atrás y me río, olvidándome de todos los demás en la habitación. Ahora mismo, solo somos yo y el hombre que amo. El hombre con el que voy a pasar el resto de mi vida, y no puedo esperar.

—Bueno, todo esto está muy bien —dice el hijo mayor de Caparelli —, pero derramar sangre familiar debe ser castigado. Es inaceptable. ¿Quién mató a Tommaso? Nadie respondió nunca a la pregunta.

—No es necesario —declara el tío Sal y lo miro, conteniendo la respiración mientras Enzo me baja lentamente al suelo—. Tommaso, al igual que Rocco, son los únicos responsables de sus propios destinos. Eligieron atacar a otros miembros de esta Alianza y no tuvieron éxito. Por mucho que odie decirlo, eso es culpa suya. Y Romeo fue lo suficientemente tonto como para involucrarse y ahora puede lidiar con la ley. Sugiero que el resto de nosotros aprendamos a llevarnos mejor para que esto no vuelva a suceder. *¿Capisce?*

Se intercambian miradas cautelosas por toda la habitación y luego la gente asiente lentamente en acuerdo. No creo que todos nos llevemos perfectamente alguna vez, pero ahora que las manzanas podridas se han ido, creo que hay muy buenas posibilidades de que las Cinco Familias puedan avanzar juntas y, al mismo tiempo, aprender a proteger los intereses de los demás y respetarse mutuamente.

Mi tío Sal se acerca a nosotros y me siento como una niña pequeña otra vez, esperando no ser regañada. —Sabes, las mujeres que realmente cambian el juego son aquellas con las que nadie sabe qué hacer al principio. ¿Sabes qué hacer con mi sobrina nieta, Rossi?

Enzo dirige su atención hacia mí y sonríe. —Ahora sí, señor.

—Muy bien —dice el tío Sal con aspereza. Entonces Enzo se inclina y me besa frente a todos, mostrándoles que soy su mujer, futura esposa, y que nadie se meta con nosotros nunca más.

Dios, amo a este hombre.

24

ENZO

—Bueno, eso ha ido mejor de lo esperado —murmuro contra el oído de Gabriella, mordisqueándolo suavemente.

Ella se ríe y se aparta.

—¡Me hace cosquillas! —Vamos cogidos de la mano y caminando de regreso a mi coche, que está aparcado justo delante de la entrada del hotel.

—Espera a que te tenga a solas —le advierto con una sonrisa pícara.

—¿Cómo es que Enzo Rossi puede aparcar donde quiera en esta ciudad sin que le pongan una multa o se lleven el coche?

Le lanzo una sonrisa burlona mientras discretamente le entrego al aparcacoches un billete nuevo de cien dólares. Es el segundo billete de cien dólares que le he dado al tipo.

—Porque doy propinas muy generosas a las personas adecuadas.

—Muy generosas, desde luego —comenta arqueando una ceja—. ¿Tienes algo en contra de los aparcamientos?

—No. Solo de caminar.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Eres único, ¿lo sabías?

Le doy un beso en los labios, luego rodeo su cuerpo con el brazo y abro la puerta del coche.

—Entra, mi hermosa prometida. Tenemos cosas que hacer.

Una vez que está acomodada, cierro la puerta y camino alrededor, deslizándome en el asiento del conductor.

—Entonces... ¿qué sigue? —pregunta, girándose en su asiento para mirarme.

—Creo que dejamos eso bastante claro cuando te pedí que te casaras conmigo y dijiste que sí.

—Me refiero a ¿qué sigue *ahora*? Tenemos muchas cosas que decidir, ¿no crees?

—Cariño, mientras estemos juntos, eso es lo único importante. Pero, mientras tanto, creo que deberíamos ir directamente a la joyería y encontrarte el diamante más grande que el dinero pueda comprar.

Sus ojos se abren cómicamente.

—No necesito el diamante más grande, Enzo. Solo te necesito a ti.

—Me alegra oírlo. Pero, sí, cariño, vas a tener lo más grande y lo mejor que el dinero pueda comprar porque te lo mereces. Te mereces todas las cosas buenas y voy a asegurarme de que las tengas porque te quiero. Te quiero tanto que duele.

—Enzo... —Coloca una mano en mi mejilla y sonríe—. Yo también.

Nuestras bocas colisionan, calientes y hambrientas, y tengo que obligarme a separarme antes de que las cosas vayan demasiado lejos. Respirando con dificultad, pongo el coche en marcha e intento ignorar el latido en mis pantalones. *Más tarde, amigo. Ahora mismo, tengo que comprar un anillo de compromiso. Quiero que cada*

hombre vea ese anillo en su dedo y sepa, sin lugar a dudas, que ella me pertenece.

Nos llevo a una pequeña joyería local dirigida por un enorme italiano que nos recibe con una sonrisa jovial en el momento en que entramos por la puerta.

—¿Ha caído otro hombre Rossi? —pregunta y se ríe.

Alfonso Cirillo ha proporcionado todos los anillos de compromiso y alianzas de boda para mi familia. Primero cayó Miceli, luego Vin y ahora yo. Se siente surrealista. Al mismo tiempo, nada se ha sentido tan correcto.

—Me gustaría presentarte a Gabriella Bianche, pronto será Gabriella Rossi. Bri, este es Alfonso Cirillo.

—Hola —dice ella, y se dan la mano.

—Vosotros, los hombres Rossi, sabéis dónde encontrar a las mujeres más hermosas —afirma Alfonso.

—Sí, así es —digo y le doy un beso en la sien a Gabriella—. Bueno, necesito un anillo para mi encantadora prometida, Alfonso. ¿Qué tienes?

Alfonso nos guía hasta un mostrador y examinamos los anillos. Todos son muy bonitos, pero no estoy buscando algo bonito. Quiero algo perfecto. Necesito algo que represente nuestro amor.

—Todos son preciosos —dice ella, inclinándose sobre el cristal y estudiándolos.

Puedo notar que ninguno le llama la atención. Todos parecen iguales.

—Necesitamos algo más único —le digo a Alfonso.

Alfonso asiente con conocimiento.

—Puede que tenga justo lo que buscáis. Esperad, vuelvo enseguida.

Lo vemos caminar con dificultad hacia la trastienda y cuando regresa un minuto después, lleva una pequeña caja de terciopelo negro. En el momento en que la abre, lo sé. Y cuando Gabriella aspira bruscamente, confirma que ambos estamos en la misma página.

—Oh, vaya —susurra, casi con reverencia, mientras Alfonso saca el anillo de su lecho de terciopelo y se lo entrega. Observo cómo se lo desliza en el dedo y suspira. Le queda perfectamente.

—Es un diamante de talla esmeralda engastado en un delicado halo de oro rosa que está decorado con detalles de milgrain inspirados en el art-deco.

—¿Cuántos quilates? —pregunto, yendo al grano.

—Más de cuatro.

Asiento y también le pregunto sobre el corte, el color y la claridad. Una vez cubiertas las cuatro C, estoy satisfecho de que este es un diamante muy valioso y raro. Igual que Gabriella es preciosa y única para mí. La observo mientras mueve la mano de un lado a otro, permitiendo que las facetas del diamante capturen la luz, completamente enamorada de él.

—¿Qué te parece, Bri?

—Es impresionante —murmura.

—Ese es, Alfonso. Nos lo llevamos —declaro.

—Oh, Enzo, es tan hermoso. —Gabriella se gira y me echa los brazos al cuello, besándome fuertemente en la boca. Se aparta y juro que veo estrellas en sus ojos. Estoy seguro de que tengo toda una galaxia de ellas en los míos también, brillando justo hacia ella.

—Te quiero, Bri, y quiero casarme contigo lo antes posible.

Ella asiente, con los ojos de repente llenos de lágrimas.

—Sí, por favor —murmura, y ambos nos reímos.

Ambos lo decimos en serio y exactamente dos semanas después, estoy parado en el altar de San Miguel y apenas puedo respirar profundamente porque estoy tan nervioso. Me limpio las palmas sudorosas en la parte delantera de mis pantalones negros y luego tiro de mi corbata que de repente siento como si me estuviera ahogando.

—Puedes hacerlo, hermano —dice Angelo alentadoramente. Está parado directamente a mi lado y junto a él está Vin y luego Miceli. Todos son mis padrinos y están tratando de calmarme—. Pero si sigues tirando de tu corbata así, vas a ahogarte.

Mis hermanos idiotas se ríen, pareciendo frescos como lechugas.

—No sé —comenta Miceli—. Te ves un poco pálido, Enzo.

—¿Tienes miedo de que te deje plantado? —pregunta Vin en tono de broma.

—Joder, ni siquiera digas eso —gruño y me paso una mano por el pelo.

—No digas palabrotas ante el altar de Dios —me reprende el Padre Piero.

—Lo siento, Padre —murmuro y trago con dificultad. He asistido y hablado en las reuniones más importantes, frente a las multitudes más grandes; he cenado con la realeza; y, he codeado con celebridades y otras personas famosas. Pero nunca, en toda mi vida, he estado tan insanamente nervioso.

Mirando hacia el pequeño grupo de familiares y amigos en los primeros bancos, veo sonrisas y rostros tranquilizadores. Carlotta está sonriendo de oreja a oreja y me hace un pequeño gesto con la mano. A su lado está sentada Alessia sosteniendo al bebé Nico. Hannah, que está muy embarazada, parece estar creciendo cada día y no puedo evitar pensar en Gabriella y en cómo ella también está llevando a nuestro bebé ahora mismo. Me encanta que los hijos de

mis hermanos y el mío vayan a crecer juntos. Estoy seguro de que serán cercanos y causarán todo tipo de problemas.

Mi mirada se mueve por la fila, deteniéndose en nuestros asistentes. Marco y Trista parecen llevarse muy bien. Más que bien, en realidad. *Hmm.* Tendré que recordar preguntarle a Gabriella qué está pasando con ellos. Noto que Leo Amato, el amigo y guardaespaldas de Miceli, está susurrando algo a Gia DeLuca, la hermana mayor de Alessia. Han estado muy unidos últimamente y ella lo ayudó a recuperarse de una herida de bala el año pasado. Gia se sonroja lindamente y empuja juguetonamente el brazo de Leo. Aunque mantienen su relación en secreto, es bastante fácil ver el amor en sus ojos. También estoy muy feliz por ellos.

Incluso mis padres vinieron para el evento. Salvatore y Carmela Rossi pasan la mayor parte de su tiempo en Sicilia, viviendo en el viñedo familiar, pero como no vieron casarse a Miceli o a Vin, estaban decididos a estar aquí para mi boda. Ahora, están en primera fila, tomados de la mano y todavía enamorados después de treinta años de matrimonio. Es asombroso verlos y espero ser como ellos dentro de treinta años más o menos.

En el momento en que comienza la música, mi corazón cae a mi estómago. Me aclaro la garganta y dirijo mi atención a la parte posterior de la iglesia donde aparece Lili. Sostiene una canasta de pétalos de flores y los lanza mientras avanza por el pasillo.

Por muy hermosa que se vea Lili hoy, mi mirada pasa de largo, buscando a mi novia. La música cambia a la Marcha Nupcial y, en el momento en que aparece, aspiro bruscamente. Gabriella nunca se ha visto tan hermosa y la observo caminar lentamente hacia mí, con su brazo entrelazado con el de su madre, luciendo como una absoluta visión en blanco.

El vestido es sin mangas y acentúa sus curvas. Hay satén, hay encaje, hay infinidad de botones de perlas. No sé nada sobre vestidos de novia, pero sé que este no podría ser más perfecto y ella parece un ángel. Flores rosadas suaves y claras están esparcidas por

su cabello recogido y sostiene un ramo de peonías rosadas. Al menos, así es como las llamó Carlotta. Tampoco sé mucho sobre flores. Dame acciones cualquier día. ¿Vestidos y flores? Bueno, estoy perdido.

En el momento en que Gabriella y su madre llegan al altar, se abrazan. Luego, Ariana entrega a mi hermosa novia a mí y la subo por las escaleras para que estemos uno al lado del otro. No puedo apartar mis ojos de ella.

—Te ves tan hermosa —susurro.

—Tú también —susurra ella, y nos apretamos las manos.

—Comencemos —dice el Padre Piero.

Estoy tan perdido en Gabriella, mirando sus ojos color caramelo, que apenas registro lo que está diciendo el Padre Piero. En algún momento, sin embargo, colocamos las alianzas en los dedos del otro y recitamos nuestros votos, prometiendo amarnos para siempre. Sinceramente, nunca pensé que diría "Sí quiero" y aquí estoy.

Todo parece pasar volando y, antes de darme cuenta, escucho la frase que he estado esperando: "Puedes besar a la novia".

Bajo mi rostro y capturo los labios de Gabriella, enviando un agradecimiento muy sincero a los poderes que nos unieron. Que me bendijeron con esta increíble mujer y el bebé que lleva dentro. Sin duda, sé que soy el hijo de puta más afortunado del mundo.

Los vítores llenan el aire y finalmente nos separamos y nos giramos para enfrentar a nuestra familia y amigos.

—Es con el mayor placer que presento al Sr. y la Sra. Enzo Rossi —dice el Padre Piero, y los aplausos y silbidos se hacen más fuertes.

—Vamos, Sra. Rossi —digo, guiándola por las escaleras y pasando junto a todos—. Tenemos que celebrar.

Después de la ceremonia en la iglesia de San Miguel, todos se dirigen al restaurante italiano que todos amamos. Mario Agresti es prácticamente de la familia y cerró el lugar para nosotros hoy para que pudiéramos comer, beber y bailar hasta que oscurezca.

Tan pronto como entramos en Agresti's, Gabriella jadea. Carlotta estaba a cargo de la decoración y no me sorprende que haya hecho un trabajo sobresaliente. Luces de hadas cuelgan del techo y los manteles a cuadros rojos y blancos han sido reemplazados por manteles blancos con bordes plateados. Velas parpadeantes en tarros y flores sirven como centros de mesa, y cada mesa tiene una botella de vino del Viñedo Rossi esperando con un lazo plateado atado a su alrededor.

—Se ve tan bonito —dice Gabriella, y asiento.

—Carlotta es genial organizando eventos y decorando.

—Adoro a tu hermana —dice—, y no puedo esperar para conocerla mejor. A tus padres también.

—¿Sabes a quién amo yo? —La acerco más, haciéndola girar para que me mire.

Ella inclina la cabeza, fingiendo pensar, y deslizo mi mano hacia abajo y sobre su trasero cubierto de satén, apretando.

—¿A quién? —pregunta, con ojos color caramelo llenos de alegría.

—A ti, Sra. Rossi. —La beso completamente—. Nunca lo dudes.

Gabriella me regala una sonrisa más brillante que el sol.

—Lo mismo digo, Sr. Rossi.

—¡Es hora de un brindis! —grita Angelo.

—Por favor, todos llenen su copa —dice Carlotta, dirigiendo a los invitados a sentarse—. Enzo y Gabriella, estáis aquí.

Seguimos a mi hermana hasta la mesa principal y nos sentamos para mirar a todos. Luego aparece Angelo y no me sorprende que sea él quien ofrezca el brindis. Mi hermano menor está tan lleno de vida y siempre nos hace reír.

Vierto agua con gas en la copa de Gabriella y vino en la mía, luego dirigimos nuestra atención a Angelo y espero que no sea demasiado duro conmigo. Como si leyera mi mente, Angelo me mira y sonríe como el diablo a punto de causar todo tipo de estragos.

—Una advertencia justa, Ang —digo antes de que pueda comenzar —. Un día estarás en mi posición. Recordaré este momento.

—Oh, no seas tan mafioso, Sr. Rossi —dice Gabriella con una risita.

—Soy mafioso, cariño. Ambos lo somos. —Le planto un rápido beso en los labios.

—Primero que nada, hay una posibilidad entre mínima y nula de que alguna vez esté en tu posición. No me malinterpretes. Estoy encantado de que hayas encontrado tu media naranja —Angelo le guiña un ojo a Gabriella—, pero esta no es mi escena.

—Tengo la sensación de que Angelo se fugaría —dice Gabriella.

—Nunca. ¿Una sola mujer? No. Me gusta tener opciones.

—Nunca digas nunca, hermanito —le advierto—. Es como tentar al destino.

—Bueno, basta de hablar de mí. —Angelo se dirige a la multitud y sonríe maliciosamente—. Quiero felicitar a mi hermano mayor porque, seamos sinceros, ninguno de nosotros pensó que hubiera espacio para una mujer de carne y hueso en su vida, ya que estaba casado con su trabajo.

Un coro de acuerdo llena el aire y frunzo el ceño.

—Cuidado, Ang —le advierto—, o puede que tu cartera no vaya tan bien el próximo trimestre.

Angelo simplemente se ríe, desestimando mi amenaza.

—Sí, este hombre sabe cómo hacer dinero. Joder, gana millones incluso antes de levantarse de la cama por la mañana. ¿Por qué creéis que le dejo administrar mi dinero?

Todos se ríen.

—También el mío —grita Vin.

—Tiene el toque de Midas cuando se trata de finanzas y, ahora, cuando se trata de encontrar a la mujer adecuada —afirma Angelo —. No estoy seguro de cómo lo hiciste, Enzo, pero eres un hombre afortunado. Creo que todos vimos las chispas volando, sin embargo, desde el momento en que os conocisteis.

—¿Qué? —exclama Gabriella—. No sé de qué estás hablando.

—Oh, vamos, cariño. Todos se dieron cuenta de que me mirabas desde el otro lado de la mesa en nuestras reuniones.

Gabriella me golpea en el hombro y me río.

—Todos notamos los folleteos visuales... —Angelo se contiene y sonríe tímidamente—, quiero decir, las miradas enamoradas entre vosotros dos. Así que no me sorprende que os hayáis compenetrado. Claro, hubo algunos baches... y ahora hay una barriguita de embarazo.

Suspiro, sacudiendo la cabeza, y la gente se ríe.

Angelo se inclina y susurra en voz alta:

—Voy a parar mientras voy bien.

—Buena idea —respondo secamente.

—El futuro es tan brillante para mi hermano, su nueva esposa y su pequeño paquete de alegría que viene y... —Levanta su copa—. No podría estar más feliz por vosotros. Os quiero y estoy deseando conocer a mi nuevo sobrino o sobrina.

Angelo me hace un saludo y todos levantan su copa, exclamando:

—¡Salud!

Toco mi copa contra la de Gabriella y ambos tomamos un sorbo. El sonido de cubiertos tintineando contra las copas de repente llena el aire y sé lo que eso significa. Con una sonrisa lobuna, me inclino y digo:

—Ven aquí y besa a tu marido, cariño.

Y entonces nos besamos y besamos y besamos aún más.

25

EPÍLOGO

GABRIELLA

Treinta y dos semanas después...

Camino con dificultad por el sendero de adoquines, descalza y grande como una maldita casa. Hoy estoy exactamente en la semana cuarenta de embarazo y estoy a punto de estallar. Aunque he disfrutado de este viaje, estas últimas semanas han sido bastante miserables porque me siento incómoda casi todo el tiempo. Es difícil dormir, no puedo dejar de comer, tengo los pies hinchados, me duele la espalda...

Es una larga lista de quejas, pero sé que en el momento en que nazca nuestro bebé, cada molestia, dolor y sensación de náusea que he experimentado durante mi embarazo habrá valido la pena.

Estirar la mano, intentando coger mi portátil de la mesa sin perder el equilibrio es todo un desafío. Cuando estás tan grande como yo, tu equilibrio y coordinación se descontrolan por completo. Estaré feliz de volver a mi tamaño normal una vez que dé a luz. Me he descargado un montón de aplicaciones de ejercicio y estoy lista para empezar a perder este peso del embarazo rápidamente. También echo de menos mis tacones altos y estoy deseando librarme de los

incesantes tobillos y pies hinchados que llevan meses atormentándome.

—Ay, cariño, yo lo habría cogido por ti —dice Enzo, apresurándose a coger mi portátil. Estamos en Sicilia, en la finca y viñedo de sus padres. Es absolutamente impresionante aquí y, en el momento en que llegamos, supe que no quería marcharme. Me enamoré por completo de la isla, la gente, el idioma. Todo sobre Sicilia es encantador y sabía que quería dar a luz aquí.

Por suerte, Enzo y yo podemos trabajar desde cualquier lugar, así que este último trimestre lo hemos pasado rodeados de la belleza de Sicilia y las uvas, las flores y las vistas impresionantes. Sus padres han sido nada menos que maravillosos, mimándome hasta el infinito, y he disfrutado enormemente de nuestro tiempo aquí. Es tan relajado en comparación con el ajetreo de Nueva York y es exactamente lo que necesitaba estos últimos meses. Era muy importante para mí evitar cualquier estrés adicional y terminar mi embarazo en un lugar tranquilo con energía calmada y relajante. Además, Trista y Marco se están asegurando de que todo esté bajo control y son bastante fiables. También creo que están saliendo en secreto, pero ninguno me ha confesado nada ni a mí ni a Enzo. Sin embargo, estoy totalmente de acuerdo con ello y creo que hacen una pareja adorable.

—De todos modos, no deberías estar trabajando —me reprende, volviendo a dejar mi portátil sobre la mesa de cristal, pero más cerca.

Me dejo caer en el sofá de ratán y suspiro. Moverse se está volviendo cada vez más difícil. Mucho más complicado de lo que nunca pensé que sería. —Lo sé, pero solo quería revisar rápidamente mi correo electrónico.

—Rápidamente. Y luego, ¿qué tal una siesta? —sugiere.

—No puedo dormir. Es demasiado difícil encontrar una posición cómoda y ella está pateando todo el tiempo. Te juro que va a crecer

y convertirse en boxeadora o futbolista. —Rodeo con mis manos mi enorme barriga y, efectivamente, está atacando como si yo fuera un saco de boxeo.

Enzo se sienta a mi lado y desliza sus manos sobre mi barriga vibrante. Observo cómo su boca se curva en una gran sonrisa y cubro sus manos con las mías. No podíamos esperar a saber si íbamos a tener un niño o una niña. Tan pronto como el médico pudo determinar con precisión el sexo del bebé, descubrimos que llevaba una niña. Después de que nos lo dijera, yo estaba entusiasmada y Enzo... bueno, mi grande, fuerte y duro marido puede que derramara una lágrima o dos. Nunca olvidaré ese momento mientras viva.

—Quizás deberíamos llamarla Rocky —bromea.

Pero niego con la cabeza. —No, me encanta Luna. Es bastante apropiado, además, ya que fue concebida bajo la luz de la luna.

—Benditos sean los condones defectuosos.

—Bueno... no queremos que se convierta en un hábito.

—¿Qué? ¿No estás lista para quedarte preñada de nuevo después de esto?

—Inténtalo. Te haré daño —le amenazo—. Echo de menos ver mis pies.

Enzo me envía una sonrisa seductora, su mano deslizándose más abajo, metiéndose entre mis muslos. —¿Cuánto tiempo después de dar a luz hasta que podamos tener sexo de nuevo? Porque me voy a morir.

Resoplo. —¿Tú? ¿Qué hay de mí? Soy yo quien tendrá que empujar a un bebé fuera de su vagina. Vas a tener un par de meses de celibato, señor Rossi. Así que vas a tener que ocuparte de esa cosa rebelde tú mismo.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. —¿Desde cuándo mi polla es una cosa rebelde?

Estoy a punto de darle una respuesta insolente cuando sus dedos empiezan a acariciarme y todo lo que puedo expresar en respuesta es un gemido.

—Recuéstate, Bri. Deja que te haga sentir bien.

—¿Y tus padres? —lanzo una mirada preocupada hacia la puerta trasera. Aunque estamos en el patio trasero, rodeados de flores y plantas, algo ocultos de la vista, sigo nerviosa porque podrían aparecer en cualquier momento.

—Saben que tenemos sexo todo el tiempo —murmura, deslizando su mano bajo mi vestido—. Somos recién casados y es nuestro derecho. Además, el secreto ya está revelado, cariño, ya que esperamos un bebé en cualquier momento. Y, admitámoslo, puedes ser bastante ruidosa.

—¿Yo? Tú eras el que prácticamente estaba gritando anoche. Pensé que iba a tener que meterte una funda de almohada en la boca.

Se ríe, deslizando mis bragas hacia un lado. —No puedo evitarlo. Ese podría haber sido el mejor orgasmo que he tenido nunca.

—¿Podría haber sido? —repito. Su dedo índice se desliza arriba y abajo por mi húmeda hendidura, provocando, tanteando. Mi respiración aumenta y clavo mis dedos en un cojín cercano.

—El mejor hasta ahora, pero estoy dispuesto a apostar a que esta noche será aún mejor —murmura, con voz ronca—. Porque cada vez contigo me vuela aún más la cabeza.

Ahora está metiendo dos dedos dentro de mí y masajeando mi clítoris con el pulgar. —Ohhh —grito, tratando de estar callada, pero es difícil cuando sabe exactamente cómo tocarme y qué me lleva al límite—. Enzo... oh, Dios...

A estas alturas, Enzo conoce mi cuerpo mejor que yo. Mis músculos internos se contraen y palpitan, tratando de atraer sus dedos más profundamente. Nunca supe que estar embarazada me haría estar tan cachonda y he estado saltando sobre Enzo todos los días. Normalmente varias veces al día. Por supuesto, él no tiene quejas y siempre está listo para un revolcón.

El orgasmo me golpea con fuerza y Enzo ahoga mi grito con un beso profundo y apasionado. Ya he decidido arrastrarlo a nuestro dormitorio y hacer lo que quiera con él cuando mis ojos se abren de repente, y me doy cuenta de que acaba de suceder algo extraño. Enzo siempre me hace tener orgasmos intensos, pero lo que está sucediendo ahí abajo parece mucho más húmedo de lo habitual.

—Um, Brie...

Miro hacia abajo y mi vestido está empapado.

—Oh, Dios mío, creo que acabo de romper aguas —digo y trago saliva.

—¡Joder! —Enzo se levanta del sofá como si tuviera el culo en llamas —. Llamaré al Dr. Adami.

—¿Podrías ayudarme a levantarme primero? Uf, he mojado el cojín. Mierda, lo siento.

Enzo agarra mis brazos y me levanta del sofá. —No te preocupes por eso. ¡Vas a tener un bebé! Dios.

Intento no reírme mientras se pasa una mano por el pelo, despeinándolo todo, y me lanza una mirada muy angustiada.

—Sí, yo, no tú. ¿Por qué demonios estás tan preocupado?

—Porque eres lo más importante en mi vida y te amo con todo lo que soy, Bri.

—Oh —susurro, llenándose mis ojos de lágrimas, su respuesta me conmueve profundamente. Las emociones se apoderan de mí y las

lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas—. Enzo, yo también te amo muchísimo.

Intenta abrazarme, pero mi barriga es demasiado grande, y simplemente acabamos chocando y alcanzándonos mutuamente. Riendo a través de mis lágrimas, me inclino hacia delante y él me besa con fuerza. —Vamos a hacerlo —susurro y él asiente.

Casi veinticuatro horas después, no estoy segura de qué demonios estaba pensando cuando decidí tener a mi bebé en Sicilia, en casa, y usando un médico local. Sí, vale, ha traído al mundo a todos los niños del pueblo durante los últimos treinta años. Eso es genial. Pero, nadie me dijo que el parto podría durar tanto tiempo y aquí estoy diciendo que no necesito medicamentos y que soy muy dura.

Llorando, agarrada al brazo de Enzo, no estoy segura de poder soportar mucho más esta tortura. Estoy agotada, sudorosa y siento que voy a morir.

—Ya casi estás —me dice el Dr. Adami—. Un empujón más realmente bueno.

—No puedo —gimo. Estoy apretando la mano de Enzo tan fuerte que probablemente le estoy cortando la circulación, pero no puedo evitarlo. Él es mi ancla ahora mismo y no podría soltarme aunque mi vida dependiera de ello.

—Esto es todo, Bri —susurra en mi oído—. Solo un empujón más y conoceremos a nuestra hija.

Mi corazón se contrae y sus palabras me dan la fuerza que necesito. Con un grito, empujo tan fuerte como puedo, mis uñas clavándose en la piel de Enzo. Aprieta la mandíbula, pero es un valiente. Y ciertamente no puede doler más que lo que yo estoy pasando ahora mismo.

—¡Enhorabuena! —exclama el Dr. Adamo y levanta a un bebé lloroso y viscoso en el aire. Le entrega a Enzo unas tijeras y mi marido se pone un poco pálido mientras corta el cordón umbilical. Enzo

rápidamente vuelve a mi lado mientras el Dr. Adamo la limpia, la envuelve en una manta y la coloca sobre mi pecho.

Durante un momento aturdido, miro a la pequeña personita que descansa sobre mi pecho y me golpea con fuerza que ella es mitad yo y mitad el hombre que amo. Un pequeño milagro perfecto que hemos creado. Las lágrimas comienzan a fluir de nuevo y cuando miro a Enzo, que está inusualmente callado, veo que a él también le caen lágrimas de los ojos. Y, por supuesto, eso me hace llorar aún más fuerte.

Nos miramos y nos reímos. —Vaya desastre que somos —digo, sorbiéndome la nariz.

—Eres perfecta —me dice, presionando un beso en mi sien—. Y ella también lo es.

—Nuestra encantadora Luna. Es tan agradable conocerte por fin, mi pequeña luchadora.

—¿Qué esperabas? —pregunta Enzo con una sonrisa—. Tiene el carácter y el temperamento de su madre. Nadie se va a meter con ella.

Nos está mirando con los ojos muy abiertos y me sorprende que se vean tan claros, ya que ambos tenemos los ojos marrones.

—¿De qué color son sus ojos? —pregunto, tratando de descifrar la extraña combinación de azul, verde y marrón.

—¿No nacen todos los bebés con los ojos azules? —pregunta Enzo.

El Dr. Adamo echa un vistazo. —No, eso es un mito. Algunos bebés pueden tener ojos que parecen grises o azules debido a la falta de pigmento. Pero, por lo general, la mayoría nacen con ojos marrones. Si tuviera que adivinar, vuestra niña va a tener los ojos verdes.

—¿Verdes?

—Como Vin —dice Enzo—. Es el único de nosotros que no tiene los ojos marrones.

Vincentius tiene unos impresionantes ojos verdes y presiono un beso en la suave cabecita de Luna, que ya está llena de pelo oscuro y fino. Sí, tengo la sensación de que nuestra hija va a ser una belleza. ¿Me sorprende? No realmente, porque Enzo es el hombre más hermoso que he visto jamás. Todos sus hijos, *nuestros* hijos, van a tener sus genes y su buen aspecto. Dejando la modestia a un lado, mis genes también son bastante buenos.

—Tengo la sensación de que voy a tener que espantar a los chicos con un palo —dice sombríamente, y me río.

—Puedes intentarlo, pero si nuestra pequeña es como su testaruda mamá, entonces va a hacer lo que quiera. Y eso significa que probablemente acabará con un hombre como su papá.

—Oh, que Dios nos ayude —gime.

—Enzo, si Luna es tan afortunada como yo y acaba con alguien como tú, entonces será la mujer más feliz del mundo. Igual que yo. —Se inclina y nos besamos sobre nuestra hija.

—Gracias —susurra, con su frente presionada contra la mía.

—¿Por qué?

—Por decir que sí cuando te pedí tomar una copa. Por dejar que te dejara embarazada después de nuestra primera vez juntos...

—¡Enzo! —me río.

—Por perdonarme después de que fuera un imbécil. Por salvarme la vida. Por casarte conmigo. Por tener a nuestro bebé... La lista continúa, cariño. Una y otra vez.

—Te amo, Enzo Rossi —declaro, mirando a sus profundos ojos marrones. Ojos tan llenos de amor y felicidad.

—Y, sobre todo, gracias por amarme, Bri.

—Siempre —susurro.

Nuestros labios se encuentran de nuevo y creo que nunca experimentaré una alegría tan pura como la que siento justo en este momento, con los labios de mi marido moviéndose contra los míos y nuestra bebé en mis brazos. La vida es hermosa y maravillosa, y sé que nuestro futuro estará lleno de todo lo brillante y hermoso.

¿Cómo no podría serlo? Tengo todo lo que necesito justo aquí.

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Capos de la Mafia Serie

Suyo para Reclamar || Suyo para Ganar

Un Imperio Criminal de Nueva York Serie

La Redención Irlandesa || La Retribución Rusa

Escandalosamente Tuyo Serie

Pecado en Bata Blanca

Los votos navideños de la Bratva Serie

El secreto navideño de la Bratva || Atados por los votos de Navidad

El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva || Capturada por la Bratva || Cautivada por la Bratva || Atrapada por la Bratva

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi || Off Limits (SPANISH Edition)

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara || El Regalo de Nochebuena || San Valentín con el Zorro Plateado || Su bebé prohibido de San Valentín

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen